

EL FERRO-CARRIL.
BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

NOVELA ESCRITA

POR

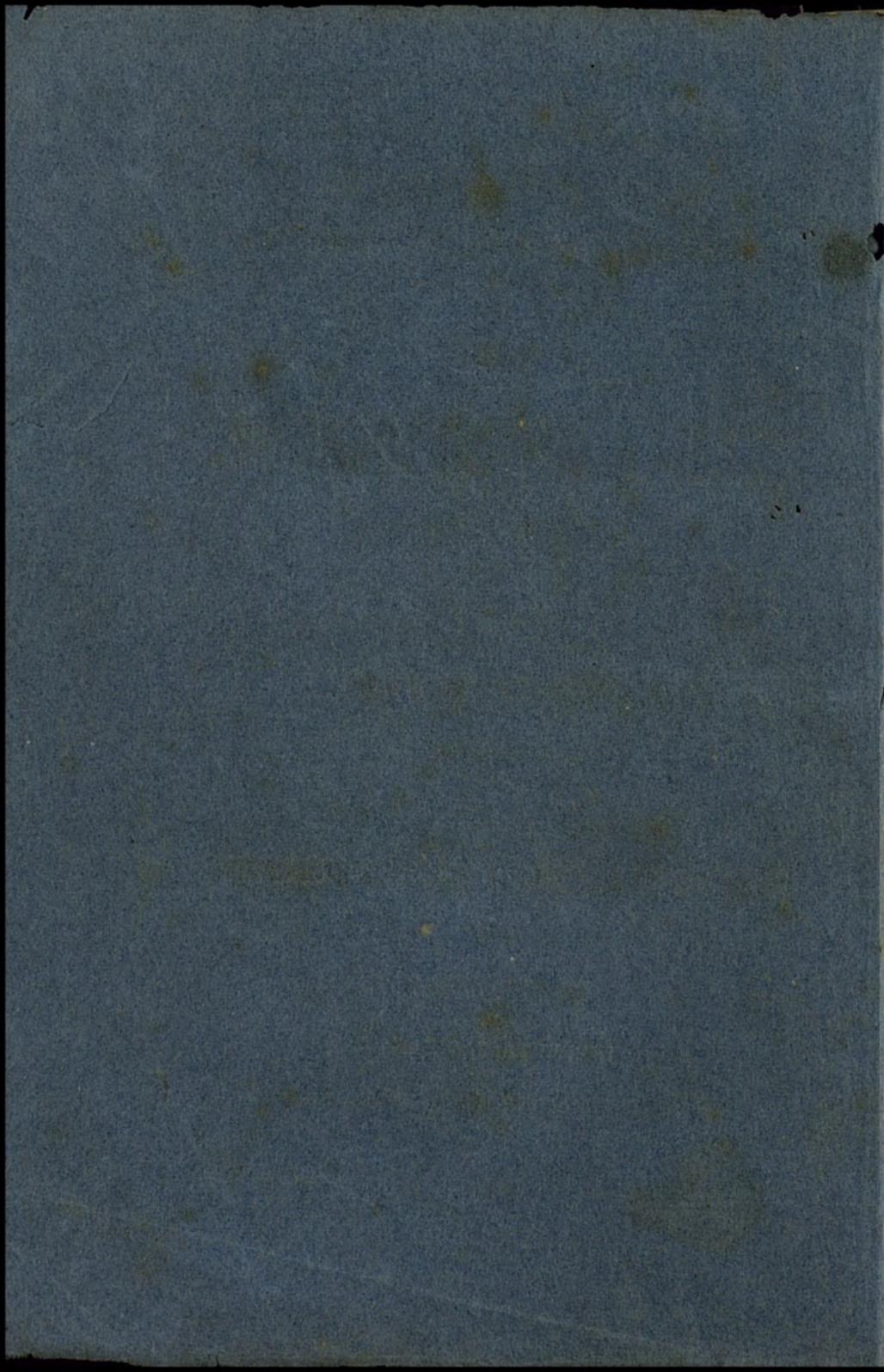
FEDERICO SOULIE.

TOMO VII DE LA OBRA, Y VII DE LA BIBLIOTECA.

CADIZ.—1867.

IMPRESA MADRILEÑA,

calle de Santa Inés, num. 14.



LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

102

DR. JAMES W. ESCOBAR

EL FERRO-CARRIL.
BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

NOVELA ESCRITA

POR

FEDERICO SOULIE.

TOMO VII.

CADIZ.—1867.

IMPRESA GADITANA,

calle de Santa Inés, núm. 14.

EL FERRO-CARRIL.
BIBLIOTECA ECONOMICA POPULAR.

103

DRAMAS DESCONOCIDOS.

NOVELA ESCRITA

POR

FEDERICO SOLÍS.

TOMO VII.

CARIL - 1887.

IMPRESA CARILIANA.

Calle de Santa Rosa, núm. 14.

XXVIII.

Debo confesar que era tan grande mi estupidez que hasta la quinta ó sesta vez que lo leí no comprendí que este proyecto de melodrama estaba enteramente fundado en la historia de Mad. de Belnunce, de Caristia y del príncipe de Morden; tan escasa era mi inteligencia dramática, que si el autor no hubiera disfrazado tan poco algunos nombres como el de Caristia, convirtiéndole en Caristia, y el de Mad. Lambert en la señora Lamberti, no hubiera comprendido ni una sola palabra.

Sin embargo, una vez que habia formado esta idea, fué para mí como una luz que brilló de repente en medio de aquella máquina teatral. Conoci que era muy posible que por algun interés pecuniario quisiera M. de Belnunce reconocer como hija suya

la de M. de Favreuse y me acordé de la visita que habia hecho à Victor el principe de Morden, en que le habia aconsejado que digese á su padre que era necesario casar cuanto antes á Caristia.

Pero ¿por qué deseaba tanto aquel casamiento el principe de Montenegro ó el principe de Morden, el traidor del melodrama ó el tirano efectivo de aquella familia? Eso era lo que podía comprender y lo que me enseñó el resto del plan del melodrama de mi amigo Morinlaid.

Continué, pues en la lectura con un interés que no hubiera podido tener otro lector que yo, y pasé al

ACTO SEGUNDO.

Escena primera.

El teatro representa un salon oscuro en que hay colocados en varios nichos algunas estatuas de santos y entre otras se nota una que representá á San Miguel, completamente armado.

El desconocido, que ya se sabe que es el marqués de Palestrino, se halla en la escena con Ursino, y está agobiado por la inquietud y el dolor. Conoce el peligro de su hija y de la duquesa, y desea salvar á entrambas, pero no sabe qué partido tomar. Si no consiente en que Caristia pase por hija del duque, este se declara su mortal enemigo y es indudable que la pobre niña morirá y la duquesa volverá al hor-

rible cautiverio de que ha salido hace muy pocos días.

Por otra parte, si deja que el duque obre á su gusto, Montenegro se declarará contra Caristia, tratará de prenderla por cualquier medio y es capaz de los crímenes mas abominables. Hace todas estas reflexiones á Ursino, y luego añade:

—Lo sé mejor que nadie, pues me ha faltado muy poco para ser victima suya.

—¡Cómo!

—Ya te lo explicaré Por ahora basta que sepas que me ha dado una cita en este parage y que tal vez valiendose de sus mismos crímenes podré impedirle que cometa otros nuevos. Tú, jóven generoso, á quien debo la vida de mi hija, no te alejes de aquí, y está dispuesto á ejecutar mis órdenes.

—Está bien, señor.

Se oye un silbido que anuncia la llegada de Montenegro; Ursino se oculta para escuchar lo que digan.

Sale Montenegro, observa que Ursino se halla presente aunque escondido, y dice aparte:

—¡Bueno! Asi es mas seguro el efecto de mi plan.

—¿Por qué me has citado aquí, principe de Montenegro (dice el marqués), tú, cuya infame vida es el oprobio de tu familia?

—Dejémonos de injurias, marqués de Palestrino; vengo á proponerte un tratado.

—¿Yo habia de tratar con un hombre como tú? ¿Has olvidado acaso las montañas de los Apeninos?

—¡Dios mio!

¡Te turbas! ¿Creías acaso que no había conocido yo al gefe de asesinos que cubierto con una sangrienta máscara detenida á los viajeros que atravesaban aquellas montañas peligrosas, cuando despues de un combate sangriento en que hizo morder la tierra á muchos de los suyos, se inclinó sobre mí, que estaba cubierto de heridas, y poniendo la mano sobre mi corazon, que apenas palpitaba, dijo con feroz alegria: «Está muerto?»

—Y ¿á qué viene ahora esa historia? A que ese miserable perseguido por las leyes, ese facineroso pregonado con el nomhre de Maltamoro, ese malvado eres tú.

El principe (aparte) y Ursino que está oculto esclaman á un mismo tiempo.

—¡Cielos!

El principe quiere negarlo, pero Palestrino le dice:
—Habiendo quedado por muerto en el campo de batalla, pude arrastrarme detrás de vosotros hasta la caverna que os servia de refugio, y en ella sorprendí el secreto de vuestra terrible asociacion, el nombre de tus cómplices, los sitios á donde se retiraban, y todas las pruebas necesarias para perderle á tí y á los tuyos.

El principe dirige alrededor de sí una mirada siniestra; el marqués sigue afrentándole; él rechina los dientes; y saca con disimulo un puñal. Palestrino en un momento de noble indignacion, levanta las manos al cielo deseando atraer la maldicion de Dios sobre los

criminales. El cruel Montenegro aprovecha aquel momento, se acerca á Palestrino como una serpiente, y levantando el puñal le dice:

—Y sabiendo todo eso, te has atrevido á venir!
¡Y has osado decirmelo! Pues muere.

(Al ir á herirle se adelanta Ursino y le arranca el puñal; quiere matar con él al príncipe. Mas Palestrino le detiene. Generosidad de Palestrino.)

El príncipe se vuelve hácia Ursino, y le dice:

—¡Insensato! ¿Te armas contra mí cuando venia à traerte la felicidad?

—¡Cielos! ¡A mí!

—Sí; pero la rabia de este hombre no me ha dado lugar á que le diga bajo qué condiciones consiento en dejar vivir à Caristia.

—Habla, dice Montenegro.

—(Creo que esta escena hará un efecto enteramente nuevo. Un hombre que se alaba de sus crímenes y se sirve de ellos para engañar, es bastante raro.)

Hé aqui la escena como yo la entiendo.

—Sí, continúa el príncipe, soy muy culpado, soy un criminal endurecido; tengo sed de oro y de riquezas, pero no he querido adquirirlas como el vulgo por medio de un trabajo honrado. Eso no convenia á un hombre de mi nacimiento, y he preferido el crimen que es mas noble. (Todo esto es para el pueblo y debe producir mucho efecto.) Si, he preferido el crimen; y despues de esta confesion, podeis creer todo cuanto os diga.

=Habla.

—Deseo oro, quiero tenerle, y no os debe admirar que habiendo querido adquirir el ajeno por medio del crimen, traté de ofender por el mismo medio el que legitimamente me pertenece y me quieren arrebatarse con una infame astucia.

=Tienes razon.

—Pues hay un medio de salvar á tu hija y conservar mi riqueza.

—¿Cuál?

=Casarla inmediatamente.

(Ursino se estremece.)

=Casarla con algun hombre á quien ella quiera.

—¡Dios mio! dice Ursino.

—Pero se ha de casar como hijo de la señora Lamberti. Cabalmente esta perdió una hija de la misma edad de Caristia; que sostenga atrevidamente que es su hija.

—Y ¿qué mas?

—La partida de bautismo de la niña que murió servirá para el casamiento.

=Te entiendo.

—Caristia será entonces á los ojos de todos hija de la señora Lamberti, y queda burlada la infame trama con que el duque de Santa Cróce quiere arrebatarme la herencia del cardenal.

=Es cierto.

—Y en vez de perseguir á tu hija seré yo su protector, así como del hombre con quien se haya casado.

—Justo cielo! esclama Ursino; tanta felicidad! ¡Ah! señor! consentid, y jamás hijo mas respetuoso.....

(Palestrino vacila, Ursino le insta.)

—Pero ¿qué será de la duquesa, cuyo bárbaro marido....?

—Yo sabré proteger á mi hermana; dice el príncipe.

Ruegan al marqués, Ursino por un lado y el príncipe por otro, hasta que al fin dice:

—Bien; consiento en ello.

(Grande alegría de Ursino; satisfaccion maligna de Montenegro.)

—¡Oh Caristia! Seré tu esposo.

—¡Al fin consigo mi venganza! dice aparte el príncipe.

—Mi hija á lo menos será feliz; dice aparte Palestrino.

Convienen en las medidas que han de tomar, y luego dice el príncipe:

—Tú, Ursino, vé á buscar á Caristia y á su madre. La duquesa la has confiado al cuidado de tu padre; tráelas aquí, pues sabes que mañana por la mañana quiere el duque hacer reconocer á Caristia por hija suya.

—Lo sé.

—Pues corre. En cuanto á tí, Palestrino, ¿no crees que seria conveniente advertir á la duquesa de nuestra conferencia?

—Sin duda.

—Y ¿cómo se la comunicaremos?

—Tú, que eres hermano ¿no puedes entrar á verla?

—¿Olvidas que el duque me mira como su mas mortal enemigo?

—Pues ¿qué haremos?

—Tú, que la has amado, tú que mientras estaba ausente su esposo, entrabas ocultamente hasta su gabinete, ¿no conoces algun medio de introducirte en él?

—Qué te atreves á proponerme?

—Como quieras, pero sin eso, la duquesa ignorará nuestros proyectos y.....

El príncipe insta á Palestrino y al fin destruye sus escrúpulos y sus dudas; el marqués consiente entrar á la habitacion de la duquesa, se acerca á la estatua de S. Miguel y toca un resorte oculto, la estatua gira sobre su pedestal y deja ver una entrada oscura por la cual se introduce Palestrino. Apenas ha entrado, vuelve á su sitio la estatua empujada por Montenegro, el cual esclama con una alegría infernal:

—Muere en ese sepulcro, de que no saldrás mas, soberbio Palestrino. Hace dos horas que hice tabicar la salida del otro lado, y la estatua permanecerá inmóvil porque solo se la puede hacer girar por esta parte. (Escucha si da voces Palestrino, y no oyendo nada se queda triunfante.)

—Ahora, añade, vamos á dar la señal á los míos, Dentro de pocos instantes se hallarán aquí y arrebataré á Caristia, á quien en vano querrá defender Ursino,

pues sorprendido de repente, caerá muerto á puñaladas si se atreve á resistir... y aun á ella misma.... ¿Qué importa un crimen mas ó menos cuando ya se ha emprendido ese camino?

Se va. Se oye una música lúgubre terrible, que se va cambiando en tierna y suave. Al fin se presenta Caristia, alegre, y conmovida, pues la duquesa le ha enviado á decir con una de sus criadas que venga por la noche á aquel pabellon separado, y su madre va á venir tambien á regnirse con ella. ¡Qué felicidad!

Monólogo de esperanza.

En medio de aquella dulce conmocion, cree percibir algun ruido sorprendente y como gemidos que salen de debajo de la tierra; tiemblan, procura saber la causa; y de pronto se abre una puerta y se presenta la duquesa. Caristia se arroja á sus pies, y ella la estrecha entre sus brazos.

Escena de amor maternal y filial, tiernas confianzas; no olvidarse hablar del amor de Ursino. Cuando están en lo mejor de su alegría oyen un murmullo de voces y la duquesa reconoce la de su hermano. Se apodera de ella un terror invencible; apaga la lámpara que alumbraba el pabellon y se retira á un lado. El príncipe, con una docena de bandidos envueltos en sus capas, entra á tientas y se admira de aquella oscuridad; llama á Ursino y Caristia, pero nadie le responde.

—¿Me habrán engañado? esclama. Que encienda la lámpara.

Uno de los bandidos la enciende con la piedra de su

carabina, en tanto que el príncipe les dice:

—Aquí es donde habeis de matar á Ursino y robar la jóven.

Empieza á registrarlo todo, cuando de pronto se presenta Ursino pálido, trémulo y desesperado.

—¿Qué hay? pregunta el príncipe.

—Que Caristia há desaparecido. Ya no está en casa de mi padre.

—Cielos! esclama Montenegro. (1)

Al fin habia descubiertó en aquel miserable fárrago la razon de la conducta de M. de Morden. Lo que era una necedad en el melodrama de Morinlaid, me pareció de mucha importancia en la historia de Caristia. Establecer legalmente que era hija de Mad. Lambert, casándola con este nombre y aplicándole una partida de bautismo que no la pertenecia, era impedir que M. de Belnunce hiciera con Caristia lo que el duque del melodrama queria ejecutar con Caristia. Celebrado aquel matrimonio era absolutamente imposible que Mad. Belnunce la reconociese por hija, cálculo é infamia de que era muy capaz M. de Belnunce, segun lo que yo sabia de él por lo que me habia contado el conde de Favreuse.

El sentido de esta primera parte de la historia de

(1) No hemos creido necesario publicar el plan entero de este melodrama, pero si alguno de los autores que acostumbran apropiarse las ideas de otros quieren comprar esta, les advertimos que tenemos el plan entero á su disposicion, por un precio moderado.

Caristia estaba, pues, completo y terminado para mí, nada faltaba en él, pues llegaba hasta el casamiento, desenlase vulgar de casi todas las comedias escritas. Pero habia en mi una curiosidad que no se contentaba solamente con saber los acontecimientos.

Lo que me habia interesado mal al leer la primera parte de la correspondencia, era la pintura de los vigorosos esfuerzos con que una jóven habia conseguido sustraerse de las impuras costumbres en que se habia criado, y deseaba saber por qué miserable abandono de sí misma habia vuelto á caer en el mismo abismo de donde saliera; cómo despues de haber subido penosamente á la altura que debia separarla de su vida pasada, habia vuelto á bajar de ella, sin duda con una rapidez espantosa. Me decidí, pues, á continuar mi lectura.

NUMERO 43.

Morinlaid á M. Deslaurieres.

Querido Leopoldo: ayer he sabido una cosa que me ha sorprendido mucho. ¿Es cierto que hace dos dias entraste en el cuarto de Varez, en la administracion del teatro de la Gaité? ¿Es verdad que te habló de un plan de melodrama que yo le habia enviado, y que tú le pediste, como burlándote, que te le dejara ver diciéndole que tenias deseos de conocer las producciones de mi ingenio? ¿Es cierto que cuando Varez, cediendo

á tus instancias te le enseñó. le leiste con mucha atención y esclamaste en seguida: «¡Parece imposible! ¡Es una infamia! Yo no puedo permitirlo;» y esto he dicho de una manera que podia dar motivo á creer que yo te habia robado el asunto de mi composicion? ¿Es cierto, en fin, que á pesar de todas sus reclamaciones no pudo conseguir Varez que le devolvieses el plan, y le tienes todavia en tu poder? Si todo eso es cierto te ruego que esplique tu conducta, para saber qué debo pensar al ver que me quitas *una idea mia* que parece que quieres apropiarte.

Espero que tu respuesta no me dejará la menor duda sobre la falcedad de la mala intencion que te suponen y que esta misma noche podré ir á decir á Varez que tu objeto no ha sido otro que el de chancearte conmigo. Tu amigo, á pesar de todo.

NICOLAS MORINLAID.

NUMERO 44.

Deslaurieres á Morinlaid.

Mi querido Nicolas Morinlaid: demasiado bien sabes como has *inventado* el plan de tu melodrama, gracias á mis confiancias. Esto supuesto, mi respuesta á tu carta es la siguiente:

Monsieur Morinlaid: es Vd. un tunante y un pillo, y si se atreve á leer á quien quiera que sea, una sola palabra de la pieza que ha tenido la imprudencia de

proponer al director de la Gaité, le daré de bofetadas donde quiera que le encuentre.

Tengo la honra de ser con el respeto que á Vd. se debe su seguro servidor.

LEOPOLDO DESLAURIERES.

NUMERO 45.

Victor Bonsenne á su hermana Alicia.

Querida Alicia:

Todo me falta y las promesas que me habian hecho no se realizan. El dinero que M. Meylan tuvo la bondad de prestarme, desapareció bien pronto, y me hallo absolutamente sin recursos. Me he dirigido á varios amigos de nuestras familias, y ninguno de ellos ha querido comprender las razones que tengo para no acudir á mi padre; todos se han negado á servirme, y me encuentro en el mismo estado en que me hallaba hace un año, cuando M. Meylan me prestó los diez mil francos con que debia tener para vivir los tres años que me quedaban de estudios de leyes.

He sido muy imprudente y muy loco, lo sé, pero tú que sufres sin que nada venga á consolarte, debes comprender que yo que puedo hacerlo, habré buscado medios de distraerme del profundo dolor que me devora.

Esas distracciones han sido locas é insensatas, pero

¡ah! Solo en medio de esas bulliciosas disipaciones conseguia dejar de oír el grito de mi corazón.

He querido ahogar con nuevas pasiones la pasión que sin tregua me devoraba, y puedo confesártelo á tí, Alicia, cuya alma es tan pura y elevada que podrá contaminarse con la confesion de las acciones mas vergonzosas, creí que la imágen de Caristia no me seguiria en medio de las turbulentas orgías de mis discípulos, pero me engañé; en todas partes y á todas horas me perseguia y la veia sentarse á mi lado.

¡Oh, hermana mia! ¡Pobre hermana mia! Estoy loco, estoy perdido.

Y cuando yo me avergüenzo de lo que he hecho, cuando deseo arrancarme á cualquier costa de lo que creí un consuelo y no ha sido sino una desesperacion mas, ¿es cierto que Caristia vive alegre y dichosa? ¿Es verdad que seducida y arrebatada por el amor á los placeres vive en medio de una fiesta continua? Ella es feliz, y lo es sin remordimiento porque, segun me han dicho, su marido mismo es quien la ha impelido á entrar en esa vida, cuya primera ley es reirse de todo lo que habia aprendido á respetar.

¿Para qué he de intentar, pues, causarla un pesar por haberme sacrificado á la voluntad de una familia que no ha pensado en ella sino para arrojarla de su seno?

Pero ¿para qué he de tratar tampoco de ser yo algo bueno? ¿Será por mi padre á quien ninguna sumision mia habria hecho ceder, puesto que no le ha ablandado

tu desesperacion? ¿Serà por complacer á mi madre, que no ha tenido valor para defendernos á uno ni á otro? Deberia ser á lo menos por tí, Alicia, por tí, cuya aprobacion seria una recompensa suficiente de mis esfuerzos.

Sí, es cierto; si te hallares á mi lado, si al volver de los trabajos de un dia laboriosamente ocupado encontrase tu amistosa sonrisa; ó si despues de haber cometido alguna falta te viese triste y enfadada, no lo dudes, Alicia, seria muy diferente de lo que soy; pero estar siempre solo sin tener nada que le anime á uno al bien, no ver á su lado á nadie á quien poder decir: «Haré lo que te agrade, obtendrás lo que deseas, me gustará lo que te guste,» no tener una persona á quien consagrar uno su vida y quiera aceptarla, es una soledad espantosa, pobre hermana mia, es la vida del infeliz abandonado en un árido desierto, atormentado por el hambre y la sed, à quien se la turba la vista, pierde la cabeza, no sabe ya cuál es el buen camino, y sigue embriagado por el dolor y las voces lejanas que le llaman por todas partes.

Eso es lo que yo hago.

Algunas voces me llaman al mal y las sigo.

Por lo menos, cuando obedecia á su criminal tentacion, encontraba frentes alegres y bocas risueñas, y me decia á mí mismo: Me mandan obrar mal; pero me pagan alegremente ese mal.

Mas cuando he querido obrar bien he hallado por pago la desesperacion.

Te estremeces, ¿no es verdad? Lloras, sin duda, al leer esta carta. ¿Qué quieres que te diga, Alicia? Vivo en una especie de delirio espantoso en que dudo de todo, de mí mismo, de mi padre, de mi madre, y hasta de tí.

Y ¿de qué te han servido tu noble resignacion y la intrépida obediencia con que te has sometido á las desgracias que te han impuesto?

Mira á Caristia.

Te ha robado indignamente el corazon del hombre á quien amabas, y ha introducido la desesperacion en la familia que la habia recibido y educado como si fuese digna de ser hermana tuya.

No la hecho en cara el haber olvidado mi amor; ese es un crimen tan fácil en las mugeres, que nada supone al lado del mal que te ha hecho.

Pues bien: ¿acaso ninguna de todas esas cosas turba la tranquilidad de su vida? No por cierto. Se la ve en los bailes, en los teatros, olvidada de lo que fué, se la cita como una de las mas hermosas, de las mas coquetas, de las mas risueñas; se ha acostumbrado muy pronto á la filosofía epicúrea de su señor marido, y los estribillos de las canciones báquicas no encuentran, segun dicen, eco mas sonoro que el de esa dulce voz que tantas veces has oido dirigirse á Dios castamente á tu lado. Oh! Este pensamiento me exaspera y me mata. Ven á socorrerme, Alicia, ven á socorrerme. Es preciso que me marche, es preciso que me salga de

Francia, es preciso que me aleje de ese ejemplo fatal de felicidad y olvido de los deberes.

Yo tambien quisiera olvidar lo que ella ha hecho, y pedir á los placeres la felicidad que le proporcionan; pero como la desesperacion de haberla perdido, ha obrado mucho mas en mi corazon que en el suyo, solo podria arrojarla de él á costa de esfuerzos muy violentos, y no me encuentro con bastante fuerza para hacerlos.

Favoréceme, pues, Alicia.

Habla á mi madre, pídele los medios necesarios para que yo pueda alejarme por mucho tiempo de este pueblo, en que no soy dueño de mi mismo, porque has de saber, hermana mia, que el vicio es una esclavitud mas terrible que cualquiera otra; la falta de ayer te hace cometer otra hoy y otra mañana, lo pasado compromete el porvenir, y ahora conozco yo la verdad de aquel axioma que me parecia tan neciamente absoluto en la brutalidad de mi padre, de que es mucho mas dificil salir del vicio que no entrar jamás en él.

Oh! Cuando mi padre escribia esta frase á M. Meylan, añadiendo que el que tolera la primera falta autoriza la segunda, no sabia yo que presagiaba la verdad; aunque por otra parte me atrevo á pensar todavia bastante bien de mi mismo para creer que no habria sucedido asi si no hubiera sido tan severo conmigo. Si en vez de abandonarme al extravio de mi primer resentimiento me hubiese llamado á su lado, me hubiese ilustrado con sus consejos, me

hubiese sostenido con su presencia y la de mi madre, no me veria reducido al estado en que me encuentro, y ya que tuviese que llorar mi desgracia, no tendria á lo menos que lamentar mi degradacion.

Ven á socorrerme, Alicia; aprovecha esta última hora de arrepentimiento que me permitirá escucharte. Dime lo que debo hacer, y sobre todo trata de no hacer que tus consejos sean demasiado difíciles de seguir, dejándome en posibilidad de obrar de otro modo, porque te vuelvo á decir que no me pertenezco á mi mismo.

Pero no quiero que te abochorne mas mi vergüenza. Espero una respuesta tuya; piensa donde la aguardo.

Tu hermano.

VICTOR.

NUMERO 46.

Alicia Bonsenne á su hermano Victor.

Mi querido Victor:

He recibido tu carta, que verdaderamente me ha espantado, y que acabo de enviar á mi padre para que en ella vea tus faltas, lea tus quejas y oiga reconversiones, porque es necesario. En ella encon-

trará al mismo tiempo tu resolución de detenerte en la funesta senda por donde caminas, y de huir de la vida detestable que estas teniendo. A él le corresponde antes que á mi ni á mi madre el verte y el ayudarte á volver á ser hombre honrado; si no lo hace, todo cuanto pueda economizar una pobre madre, á quien su marido da bien poco, todo lo que pueda producir la ocupacion de una infeliz jóven á quien no ha quedado mas consuelo que el trabajo, todo será para tí, pero haz de ello un buen uso, Victor y no añadas á mi desesperacion el desconsuelo de oír que mi padre habla de tí con desprecio, y de tener que reconocer que no le falta razon para ello.

Soy contigo sincera y dura, hermano mio, pero ¿qué quieres? No teniendo compasion para conmigo misma, es muy difícil que la tenga con los demas; sin embargo, te compadezco porque seguramente eres mas desgraciado de lo que dices, pues has llegado á despreciar á la que has amado tanto. Yo que me encuentro, por desgracia en el mismo caso, sé que no tiene comparacion el dolor que esa idea me causa con el que me ha hecho sufrir su abandono, el de mi madre, y la constante é implicable dureza de mi padre. Despreciar al hombre á quien se ha querido, es un tormento cuya crueldad nunca hubiera yo podido figurarme. Sin duda hago mal, porque otras mil en mi lugar se hubieran ya consolado; un nuevo amor habria ocupado el puesto de la passion tan cruelmente burlada, y hubieran florecido

nuevas esperanzas y una nueva fé en su corazon, sobre las cenizas de una fé apagada y entre las ruinas de una esperanza destruida, pero yo no soy asi. Mi corazon, lo digo con orgullo, no es como el de la mayor parte de las mugeres, una habitacion hábilmente destruida, en que cada nuevo amor encuentra un sitio nuevo y que todavia no ha sido ocupado; una especie de convento en que se vá cerrando cada celda á medida que sale de ella el amor que la ocupaba.

Mi alma era un templo que no estaba abierto sino por una sola puerta, y que no tenia mas que un Dios, un altar, y una nave; se ha profanado el santuario y destruido el altar, el Dios ha caido y el templo se ha cerrado; la duda y la desconfianza velan á la entrada, y no me figuro que haya un hombre á quien pueda creer despues de haber amado como amaba y de haber sido engañada como lo he sido.

Y ¿crees, Victor, que se pueda sufrir dos veces en la vida semejante humillacion? Haber entregado una todos sus sueños del porvenir y toda su ternura á un hombre, á quien cree que podrá hacer valer mas de lo que vale, y encontrarse en seguida abandonada! Y no abandonada por otra mas linda, ni por una coqueta que sabe estraviar el corazon del hombre á quien una ama, no por el estímulo de una grande y noble ambicion, porque todo eso, pasion ó debilidad seria disculpable: sino ver-

se abandonada por una miserable cantidad de dinero por un cálculo vil y bajo que hace entrar en cuenta los muebles mas elegantes que podrán adornar su sala, el lecho mas blando y cómodo en que dormirá su pereza, el plato mas delicado que podrá servirse en su mesa, es la mayor vergüenza y degradacion posible y el esponerse á sufrirlo segunda vez, es una desgracia de que no puede consolar ni la misma muerte, porque debemos avergonzarnos de nuestras acciones en presencia del eterno juez.

Pues por eso me han abandonado, Victor, preciso es que lo sepas. Caristia no ha tenido parte alguna en la traicion de Leopoldo; en nada ha influido el que sea hermosa y encantadora como es, pues lo mismo hubiera sucedido con cualquiera otra. Deslaurieres amaba bajo el nombre de Caristia, á un pedazo de papel en que estaba escrito con letras mayúscula, veinte y seis mil seiscientos setenta y seis francos y sesenta y seis francos y sesenta y seis centésimos, y aunque ese papel hubiera tenido el nombre de la mas abyecta de las prostitutas con quien pasas tu juventud, le hubiera adorado del mismo modo. Caristia no ha contribuido de manera alguna al abandono de Leopoldo, te lo vuelvo á decir, y si en un momento de delirio ó de cólera pensó acaso quitármele, despues han sido necesarias todas las precauciones de ese miserable y todas las instancias de mi padre, para decidirla á consentir

en un matrimonio que detestaba tanto como yo, y que consideraba como un crimen.

No, Victor, no; tu no eres tan desgraciado como yo, y aun suponiendo que Caristia hubiese llegado á ser lo que supones, no tendríais derecho para despreciar á la pobre jóven á quien han perdido, y que por lo menos merecia tu amor cuando le aceptaba. No, no has sufrido la terrible vergüenza de prostituir tus sueños, tus esperanzas, tus deseos, toda tu alma, á un hombre que se reía de tu pasion, de la sencillez de declaraciones y de la sinceridad de tu fé.

En fin, puesto que has sentido una buena resolucion quiero afirmarte en ella diciéndote que Caristia no se ha engañado, y que no se habia perdido verdaderamente para tí, hasta que tu te perdiste para ella.

Ignoro todavia el misterio de vuestra desavenencia, porque no sé lo que contenia la carta que envió, y cuya lectura te decidió á dejar de amarla. No quiero saber á que se referia la palabra que me dijiste que la repitiera, porque sé que un juramento que hiciste á mi padre te impide revelármelo, y no seré yo por cierto quien trate de arrancar de tu corazon el último de los muchos vínculos que ligan á un hombre al honor; pero yo que no he prometido ocultar nada, yo que puedo hablar libremente, quiero decir lo que pasó entre Leopoldo, Caristia y yo, la noche en que mi madre y tu me hallasteis inmó-

vil y loca á la puerta de la habitacion de que acababan de arrojarme con la mayor insolencia.

Aquella escena, Victor, es el espectáculo que continúa é inevitablemente se ofrece á mi pensamiento. En los primeros dias de mi desgracia me acosaba sin cesar, ahora soy yo quien le invoco, quien le trae sin cesar ante mi vista, quien se alimenta con él, y quien busca y halla en él mismo la fuerza necesaria para vivir en la soledad á que me he condenado.

¡Quiera Dios, Victor mio, que asi como la injuria que he sufrido me sostiene en mi buena resolucion, los pesares que te han dado te hagan persistir en la que acabas de tomar! Escúchame. No ignoras, pero te lo recuerdo porque no sé lo que habrás podido olvidar desde aquel dia, no ignoras que por instancias tuyas me decidí á subir á casa de Caristia, y recordarás tambien, que lo hice á pesar de la prohibicion espresa de mi padre, y de la afrenta aunque pueril, de haberseme negado ya otras veces la entrada en su casa. Te cito estas circunstancias para que comprendas con que temblor en el corazon, y con cuanta timidez debia proceder.

Por una parte desobedecia á mi padre, por otra iba á esponerme acaso á una groseria innecesaria, porque ya sabes lo que es Mad. Lambert, y que era muy capaz de darme á conocer mi importunidad en términos sumamente insolentes. Entonces era una pobre jóven que temia todas esas triste hadas de la

vida, porque la desgracia no me habia elevado todavía á la altura en que no pueden llegarlos; así es que me hallaba trémula y confusa cuando llamé á la puerta de Caristia. Una muger desconocida salió á abrirme y no mostró ninguna dificultad para dejarme entrar, únicamente me dijo que era casi imposible hablar á la señorita Lambert, por el mal estado en que se hallaba. Pregunté donde estaba madama Lambert, y me dijo que habia salido para ir á la botica.

Imaginé entonces que Caristia debia estar verdaderamente muy mala, y manifestando mi inquietud, me dijo la mujer que entrase con cuidado á ver si dormia.

Entré con efecto de puntillas y la muger se dirigió hácia otra parte de la habitacion. Como nada oia al principio, dudaba si entraria ó no, cuando de repente oí la voz de un hombre que hablaba en el cuarto de Caristia; escuché con atencion y era la voz de Leopoldo. El mal que me hizo fué espantoso; empecé á temblar, me quedé como helada, y si el dolor atroz que sufría no me hubiese privado completamente de las fuerzas y toda presencia de espíritu, hubiera huido de allí para ir á morir lejos de ellos.

Si, Victor, en aquel momento me sentí, por decirlo así, muerta. La vida se suspendió, mi corazón no palpitaba, y si hubiese podido alejarme de allí hubiera muerto. Pero me sacó de aquella

especie de estupor en que me parecía que iba á terminar mi vida, otro dolor todavia mas cruel. ¿Te acuerdas que hace algunos años sacaron á mi padre de la postracion é insensibilidad en que le habia dejado una caida; aplicándole algunas moxas encendidas? Pues de la misma manera las palabras que oí penetraron por entre el letargo á que succumbia, y me volvieron á la vida, pero para sentir un dolor mas intenso.

—Si, Caristia, decia Leopoldo, la amo á Vd. y nada debe importarle el que haya obsequiado á otra. Entonces no hacia mas que obedecer á la voluntad de mi padre moribundo, pero previendo ya mi desgracia al lado de una muger sin talento ni sencibilidad, limitado al cumplimiento de los deberes que constituyen lo que se llama una muger casera, y que son exactamente las cualidades que se exigen en una buena criada.

Volví en mí como sobresaltada al oir estas últimas palabras y me puse á escuchar con furor. Caristia respondió alguna cosa, pero su débil voz no llegó hasta mis oidos, y solo percibí que Leopoldo replicó:

—¡Vd. tener celos de la señorita Alicia! Quite Vd. allá.

—Sin embargo, Vd. la ha querido.

—No lo crea Vd., jamás.

—Pues sus cuidados de Vd., sus atenciones.....

—Ya he dicho á Vd. que no hacia mas que cum-

plir con un deber. Y ademas, ¡si Vd. supiese cuán difícil es librarse de una familia que le persigue á uno, y de una muger que se le mete por los ojos!

—Sin embargo, Alicia es muy buena.

—Alguna cosa ha de ser.

—Y yo voy á causar su desgracia.

—¡Qué disparate! Las muchachas á quienes sus novios no cumplen las palabras que les han dado, no se mueren por eso.

—¡Pero ella le queria á Vd. tanto!

Entonces, Victor, aquel hombre á quien yo amaba todavia, replicó con acento burlon, cuya expresion insolente seria imposible que yo te pintase:

—Y seguramente, en mi ha estado el que no me haya querido mas todavia.

Ignoro si levanté el picaporte ó si le rompí, lo que sé es que entré en el cuarto de pronto. Caristia se ocultó entre la ropa de su cama, porque estaba acostada, y Leopoldo sentado junto á ella.

—¡Es Vd. un miserable! exclamé. ¡Es Vd...!

La cólera me sofocaba y no podia hablar. Sin duda aquel estado de desesperacion fué el que dió á Deslaurieres tiempo para reponerse del asombro que le habia causado mi repentina aparicion. Me habia caido en una silla, haciendo inútiles esfuerzos para calmar la agitacion que me ahogaba. El se levantó muy tranquilamente y me dijo con el tono mas desdenoso:

—Retírese Vd., señorita, y no venga á dar es-

cándalos. ¿Es posible que despues que el infame abandono de su hermano de Vd. y la brutalidad de su padre, han reducido á la señorita Lambert al estado en que se encuentra, venga Vd. con sus violencias á acabar de poner su vida en peligro?

Yo no tenía fuerza suficiente para responderle ni para moverme del sitio en que estaba, y Leopoldo continuó:

—Retírese Vd., yo se lo suplico. ¿No han recibido Vd. y su familia bastantes beneficios del protector de la señorita Lambert, para que Vd. venga ahora en pago del bien que ella ha hecho á todos Vds., á amenazarla é injuriarla?

—No, exclamé al fin. Yo no me humillo hasta ese punto. Dejo á Vds. solos, pues son muy dignos uno de otro.

Habia respondido asi al acaso y sin saber, porque no lo sé ni aun ahora mismo, la interpretacion que podria darse á mis palabras, mas apenas las pronuncié, sacó Caristia la cabeza de entre las sábanas con que se habia cubierto y exclamó:

¡Válgame Dios! ¡Desprecio y siempre desprecio! ¡Desprecio del padre, desprecio del hijo, y hasta el tuyo tambien, Alicia! ¡Y eso despues de cuanto he hecho, despues de lo que me he atrevido á decir.

Yo la escuchaba con asombro, y acaso si hubiésemos estado solas hubiera mediado alguna explicacion que me diese á conocer como era que Caristia

se creia con derecho para acusarme, cuando ella sola parecia culpada; pero antes que yo hubiese podido decir una palabra ni hacer una pregunta, interpuso Leopoldo su voz de serpiente entre nosotras y dirigiéndose á Caristia, dijo:

—El desprecio de tales gentes es el mas cumplido elogio que se puede hacer de usted. ¿Qué se puede esperar de una familia que vivia de lo que á Vd. pertenece y le habian encomendado, y vé que lo va á perder de repente? Cólera, arrebatos de rábia, y un fingido desprecio para atemorizar á Vd. y destruir las animosas resoluciones que ha tomado.

—Destruirlas! replicó Caristia, Oh! No, eso nunca.

—Sin embargo, repuso él, todavia piensan conservarla á Vd. porque produce una buena renta.

Aquel hombre que nos insultaba tratando de ponernos al nivel suyo, me pareció tan indecente que no encontré palabras que pudieran bajar hasta él. Los hombres pueden castigar á otro hombre que les hace tales injurias, pueden darle de bofetadas, escupirle á la cara... pero una muger es preciso que calle.

—¿No mandará Vd. á esa muger que salga de su casa? añadió Leopoldo.

Habia yo llegado á un estado en que la cabeza parece que se quiere hacer pedazos, y en que para dar salida al espantoso torbellino que la despedazase la romperia uno de buena gana contra las pare-

des. Yo la conocia, pero todavia tuve fuerza suficiente para no darles el gusto de que lo percibieran.

—Les deajo á Vds. dije. El hombre que puede decir cosas semejantes es muy digno de la muger que consiente en oirlas. No se le disputo á Vd. Caristia; Vd. debe conocerle ya, y para haberse atrevido á hacer lo que ha hecho y á decir lo que ha dicho, debe conocerla á Vd. tambien.

==;Todavia! exclamó Caristia. Pues bien, si, me conoce, lo sabe todo: pero ¿por quién lo sabe? Por su hermano de Vd. por ese infame á quien ha faltado tiempo para entregarme á la curiosidad de un hombre desconocido para mi. Si, sí; Victor, á quien yo lo sacrificaba todo, á quien consagraba mi corazon, es quien me ha entregado al hombre á quien Vd. amaba... Y ese hombre no ha podido menos de despreciar á todos Vds. por esa vileza; he encontrado en él la compasion que ninguno de Vds. me ha mostrado... Me ha amado al verme tan desgraciada, y yo tambien le amo á él.

La miré atentamente á la cara... y ví que mentia. Sin embargo, continuó dirigiéndome unas miradas llenas de fuego.

==Si, le amo porque ha sido bueno, noble, generoso conmigo... y si es cierto que quiere darme su nombre...

==Oh! si, si, exclamó Leopoldo. Lo deseo porque nunca hubiera podido ofrecerle á una alma mas elevada y mas pura.

---Pues bien, respondió Caristía, no vacilo mas; Leopoldo, si Vd. tiene ánimo para aceptar...

El fin de la frase no se percibió por la esclamacion que hizo entusiasmado Leopoldo diciendo:

---Oh! gracias, gracias Caristia. Si, seré su marido de Vd. y desde este mismo instante me corresponde proteger su existencia.

---¿Vd? dije yo.

---Yo, replicó volviéndose hácia mi. Y para hacer á Vd. ver que nadie la insultará en lo sucesivo, la mando que salga de aqui inmediatamente.

Me levanté, casi sin poder sostenerme, pero Dios me dió fuerzas hasta que cerraron la puerta de aquella maldita casa; y entonces caí en la escalera en que me encontrasteis mi madre y tú.

Lo que pasó despues tu lo sabes, y estos recuerdos que acabo de referirte, deben mostrarte, Victor, la verdad de lo que te he dicho: Caristía no es la mas culpable; Caristia (y sin duda tú debes conocer el secreto de su posicion) perseguida por alguna desgraciã terrible, ha sucumbido cediendo al pensamiento de su venganza. ¿No la habiais abandonado mi padre y tú? ¿No me lo has echado en cara tú mismo, como si yo supiera las razones que habia para ello ó pudiera negarlo?... Luego ¡era verdad!

Pues bien, Victor; si era verdad se ha vengado, y ni tú ni yo somos tan humildes que no concibamos hasta donde pueda arrastrar la necesidad de

vengarse, y que no debamos perdonar á quien no ha podido resistir á esa sed abrasadora de volver á la humillacion á quien nos humilla, y de causar la infelicidad de quien nos hace infelices. El infame en todo esto... el verdaderamente bajo, el culpado sin razon, y sin pasion que es todavia mas vil... es Leopoldo.

¡Y yo he amado á ese hombre! ¡Yo le he amado! Cuando me ocurre este pensamiento me encuentro tan envilecida, tan miserable... ¡Y haber sido juguete de un ente tan digno de desprecio! Eso me mata, y es verdaderamente una desgracia irreparable.

No te quejes, pues, ni quieras disculpar tus locas resoluciones con el abandono y la traicion con Caristia; mi padre y tú sois los que la habeis causado. Y si es cierto que ahora haga lo mismo que tú, si busca ó ha buscado en una vida disipada el olvido de sus padecimientos, no creas que yo lo considero como una venganza; lejos de eso, compadezco á Caristia, porque estoy segura de que ella es ó será todavia la víctima. Si su carácter, su vida pasada, ó el misterio que preside á su existencia han podido inclinarla al mal, no era ciertamente la mano de un miserable como Leopoldo la que hubiera podido separarle de él. ¿Quién sabe si se habrá quitado la máscara delante de ella luego que ha conquistado la riqueza que apetecia?

Pero ¿qué me importa todo esto? Aunque me di-

jeran que uno y otro habian llegado á la última miseria y al último grado de envilecimiento, me seria indiferente. Vivo, pero mi vida no tiene mas que un objeto que es la muerte. Si no me muero, es porque Dios no lo quiere, y yo no me mato porque es un crimen que no quiero cometer... pero me he borrado completamente de la lista de los vivientes. He buscado un camino aparte, un camino desierto y uniforme que seguiré hasta el sepulcro. Tú carta ha venido á encontrarme en él; te compadezco, Victor, pero si es necesario que te diga el estado en que me hallo para darte á conocer cuán estinguido está todo en mí, te diré que tu carta ni me conmovió ni me asustó al principio, y solo despues de haberla leído varias veces me dije á misma que esa carta me hubiera causado en otro tiempo un violento pesar. Me he visto obligada, por decirlo así, á recordar mi corazon de otros tiempos, mi amistad de otra época. No te lo puedo explicar, pero es un hecho que la he juzgado con el recuerdo de lo que pensaba en otro tiempo: la he sentido en el supuesto del mal que me hubiese causado hace un año... y mi razon me ha aconsejado que haga lo que he hecho.

Mi corazon me manda que te diga que es justificar á Leopoldo, á Caristia y á mi padre, proceder como procedes. Despierta, pues, de tu letargo, tú que todavia eres capaz de sentir deseos y remordimientos. En cuanto á mi, ya no siento, ya no recuerdo; estoy como aquellos paralíticos que si reci-

ben un golpe en la parte muerta de su cuerpo, se dicen á si mismos: «Esto me hubiera hecho mucho mal en otro tiempo.»

Tal es el estado en que me encuentro. Todo lo que conozco es que antes me hubiera hecho muy desgraciada tu conducta; todo lo que puedo hacer es darme cuenta de lo que hubiera ejecutado en una circunstancia semejante, y obrar conforme á mis recuerdos.

No cuentes, pues, sino contigo mismo, Victor; tu pobre Alicia ha muerto; su cuerpo no es mas que un sepulcro en que su corazon y su espíritu están enterrados para siempre. Tú que vives todavía con el alma, aun en medio del mal, sé fuerte y levántate. No me atrevo á decirte que será una felicidad para mi... sin embargo, deseo verte honrado... Es lo único de que debemos ocuparnos. Por lo que hace á ser feliz, es un sueño de que he despertado para siempre.

Adios.

ALICIA.

NUMERO 47.

Morinlaid a madama Deslaurieres.

Señora:

He recibido una carta muy amable de Vd. en

que me hace cariñosas reconvenciones porque no voy á verla, así como á M. Deslaurieres. Creía que le habria dicho á Vd. su marido que una disputa desagradable con motivo de una pieza dramática, nos tenia casi reñidos, y me ha escrito una carta que he mirado como fruto de un momento de locura.

No se la enseñaré á Vd., señora, así como otras que tienen relacion con Vd.; pero puede estar segura de que no hubiera dejado sin castigo una carta semejante, si no supiese que hay momentos en que M. Deslaurieres es capaz de decir las mayores infamias de las personas á quien mas quiere. No trato de decir mas, ni alterar el confiado amor que Vd. le profesa; cuando me desconocen, me retiro, porque es el único papel digno de un hombre honrado.

Resiba Vd., señora, la seguridad de mi mas profundo respeto.

NICOLAS MORINLAID.

NUMERO 48.

Leopoldo á Morinlaid.

M. Morinlaid: Acabo de leer una carta que ha escrito Vd. á mi muger y que merece un castigo ejemplar. Si no es Vd. el hombre mas vil y cobarde, espero que se hallará mañana á las seis en su

casa, á donde iré á buscarle con dos testigos.

LEOPOLDO DESLAURIERES.

NUMERO 49.

Morinlaid á Deslaurieres.

Monsieur Deslaurieres:

Mañana á las seis estará en mi casa, y espero que Vd. vendrá á ella, trayéndome una carta en que se disculpe muy seriamente de lo que ha escrito; de lo contrario, M. Deslaurieres, haré que lleguen á manos de su señora esposa copias de ciertas cartas confidenciales que Vd. me escribió, relativamente á la campaña dirigida á conquistar los veinte y seis mil seiscientos sesenta y seis francos y sesenta y seis centésimos de renta que le han hecho á Vd. persona de importancia, y estoy seguro de que la gustarán mucho y la edificarán con respecto á Vd.

Tambien podré enseñarles confidencialmente á algunos amigos, y poner los nombres á cierta historia que cuenta de la manera mas graciosa una figurante del *ambigú* que se llama Justina. Habla de su encuentro con una hermosa señora, á quien acompañaba un jóven elegante y con la cruz de la legion de honor y que estaba hace quince dias en el teatro de la ópera, en el palco número 26, viendo la pri-

mera representacion de *Céfiro y Flora*... Supone Justina que aquella señora fué compañera suya hace algunos años en una compañía de saltimbanquis, etc., etc. ¿Quiere Vd. que dé á luz esa novela? Me será muy fácil, porque tengo otras muchas noticias. Pero ¡vea Vd. qué cosas tan raras hace la casualidad! Hay en Paris una vieja á quien llaman la *marquesa*, que es amiga mia íntima de Justina, la cual vieja se hallaba de enfermera de la señorita Caristia Lambert una noche que ocurrió cierta escena bastante innoble, en que un jóven, de cuyo nombre no se acuerda, arrojó de la casa á una señorita que habia ido a ver á Caristia. Yo no puedo muy bien decirle el nombre de aquel jóven, á quien yo esperaba en la calle de Provenza, para auxiliarle *en caso de un rapto*. Puedo tambien... pero creo que no necesito decir á Vd. mas, para decirle á que proceda como debió haber procedido desde luego.

Soy de Vd. afectísimo amigo.

MORINLAID.

NUMERO 50.

Deslaurieres á Morinlaid.

(Dos dias despues que las anteriores.)

Mi querido Morinlaid:

¿Qué es de tu vida? Mi muger me está riñendo

porque no vienes. Hoy tenemos una comida de algunos amigos: ¿querrás que tu puesto se quede desocupado?

Tuyo de corazon.

LEOPOLDO DESLAURIERES

NUMERO 31.

Madama Deslaurieres á su marido.

Amigo mio: es preciso que te escriba, es indispensable, porque hace ocho dias que este horrible secreto me pesa sobre el corazon. Inútilmente me afaño, en vano busco en las distracciones el medio de no pensar en él, porque constantemente se presenta á mi imaginacion. Seguramente no estoy en el caso de querer ser rigorista; la esperiencia y tus consejos me han enseñado á conocer el vacio y la hipocresía de esa falsa virtud que quiere que la vida sea un continuo sacrificio á deberes facticios. He aprendido á buscarla risueña, llena de placeres y cuando veo cuán rápidamente llega á nosotros la vejez con su séquito de enfermedades y miserias, conozco la prudencia de tu alegre y jovial filosofia.

Sin embargo, amigo mio, en esta vida debe haber un punto de partida que no sea una mentira. Cuando me amaste, cuando me pediste mi mano creí que te habias compadecido de mi; despues, cuando

me digiste con tu amable franqueza que se lucha contra el pesar por medio del placer, y con un pasado que no entristece con un presente que le haga olvidar; que no se puede matar á ese pasado, pero se le puede enterrar entre flores, te creí, Leopoldo; seguí tus consejos y me persuadiste de que hice bien. En esa nueva vida en que me hiciste entrar, me vi muy apurada al principio, porque no estaba acostumbrada á reirme de todo y á mirar las cosas con tanta frivolidad. Me habian hablado siempre de deberes tan pesados que tuve miedo, pero no tardé en conocer que era culpa mia el ser lo que era, hice lo que quisiste y has hecho tanto que no me ha quedado ni una hora para pensar en lo que fui, pensamiento que antes me asediaba sin cesar.

Te debo, pues Leopoldo, la única felicidad que he gozado en este mundo; pero si me hubiese engañado, si ese amor en que me apoyo con tanta confianza no fuese sino un cálculo, si la riqueza que me ha dado una mano desconocida hubiese sido la única cosa que te hubiera seducido y atraído á mí..... ¡Ah! se destruirá de un golpe todo el edificio de mi felicidad!

Es forzoso que te lo diga todo, Leopoldo. Un amigo tuyo, un hombre con quien creías que podías contar, se ha atrevido á declararme su amor; ya puedes figurarte como habré recibido su declaración. Mi primera defensa ha sido hablar de tu amor á quien ofenderia, y el hombre se ha echado á reir.

¡Oh, Leopoldo! Me ha hecho un mal terrible. Me ha hablado el mismo lenguaje que me hablaste tú hace un año, me ha dicho que la compasion que le inspiraba mi desgracia le ha impelido á hacerme la declaracion de su amor, añadiendo que al verme tan cruelmente abandonada habia querido ser mi amigo.

Ese hombre me ha espantado. Le he preguntado y he visto que sabe mi secreto; ¿quién se le ha dicho? Segun él asegura has sido tú, en la época en que tratabas de casarte conmigo, para remediar el mal estado de tus negocios y adquirir alguna riqueza. He rechazado con horror semejante imputacion, y entonces... me ha referido hechos... me ha leído cartas... ¿Son tuyas con efecto esas cartas? ¿No las ha inventado ese hombre? ¿No ha imitado tu letra?

Leopoldo, necesito que me respondas, necesito que me digas que ese hombre ha mentido... porque si hubiese dicho la verdad... ¿qué serias? ¡Dios mio! No me atrevo á pensarlo. Pero no es verdad, desmentirás á ese hombre, le probarás su calumnia, es preciso... yo te lo pido de rodillas. Estoy segura de que lo harás, porque no has de querer que yo viva con el pensamiento de que eres... Oh! No, no quiero escribir la palabra, porque seria una injuria y estoy cierta de que ese hombre ha mentido. Ah! compadécete de mi, amigo mio.

CARISTIA.

NUMERO 12.

M. Deslaurieres á Morinlaid.

Monsieur Morinlaid: Es Vd. el hombre mas infame, y esta vez no le perdono.

Hasta mañana,

DESLAURIERES.

NUMERO 53.

M. Morinlaid á M. Deslaurieres.

Es Vd. tan mentecato como siempre. Lo que he dicho á su mujer de Vd. no lo he dicho á ninguna otra persona, pero lo que no he dicho tampoco á aquella es que no solo tiene vengarse de los cálculos pasados de Vd., sino de su presente mala conducta. Ayer comí con Carlos y me dijo que llevaba vendidos por cuenta de usted hasta seis mil francos de renta. Su mujer de usted sabe ya que usted se casó con su dinero; me reservo darle á conocer el uso que hace usted de él.

Adios.

NICOLAS MORINLAID.

NUMERO 54.

Mad. Deslaurieres á su marido.

Querido mio: hace tres días que te escribí y otros tantos que no has vuelto por casa... Ayer, si, ayer me han dicho que te habian visto.... ¿con quién, Dios mio, con quién?... con M. Morinlaid y dos mujeres, y que los cuatro iban ustedes á comer al campo.

Yo no creo que eso sea cierto, porque me parece imposible. Estás enfadado conmigo, te has incomodado porque he suscitado recuerdos que conozco que deben degradarte y sobre los cuales me has invitado tú mismo á que corra un velo. Pues bien, te pido perdon, no creo nada de lo que dice ese Morinlaid, que es un malvado á quien nunca volverás á ver... Oh! Yo te lo pido, no me castigues por haber dudado de tí, por haber sufrido.... Tú me amas ¿no es verdad, Leopoldo? Piénsalo bien; si tu me abandonases ¿quién habia de sostenerme? Vuelve... vuelve; yo te lo ruego. Te envio esta carta á la oficina, porque no sé dónde estás, ni á donde vas, en tanto que yo espero, sufro, y no tengo una persona, una madre, á quien confiar mi pesar y mi desesperación. Hasta la tarde ¿no es verdad?

Tu esposa,

CARISTIA.

NUMERÓ 53.

La misma al mismo.

Envio á usted bajo este sobre la carta que le escribia esta mañana y que me han devuelto porque no le han encontrado en la secretaría. Y ¿dónde estaba Vd? Ah! Demasiado lo sé. Con dos mozelas perdidas y con ese miserable que ha insultado á Vd. en mi persona, con ese Morinlaid, que siempre ha sido su cómplice. ¡Dios mio! ¡Es posible que me hayan engañado de ese modo! Ah! si, M. Bonsenne tenia razon cuando me dijo que el hombre que solicitase mi mano tardaria muy poco en mostrarme toda la bajeza y fealdad de su alma.

No le importa á Vd., segun parece, que diga públicamente lo que es, y sin embargo, ya lo ve Vd., queria hacerme ilusion todavia, y esta mañana misma le escribia, confiando en un amor que tantas veces me habia jurado.

Ahora sé ya á que debo atenerme, y á mi vez conozco la gratitud que le debo, y los miramientos que debo tener con Vd... el respeto que debe inspirarme la honra de su nombre... Pues bien; se lo juro á Vd. sucederá lo que desea.

CARISTIA.

NUMERO 56.

Deslaurieres á su mujer.

Acabo de recibir la impertinente carta que Vd. me ha escrito, señora, y si respondo á ella es para rogarla que no me vuelva á escribir otra semejante.

¿Es culpa mia, acaso, que mis amigos, sabiendo lo que Vd. ha sido, no la tengan un respeto que no merece? La han dicho á usted que me he casado por el dinero; ¿tan atrasada está Vd. de noticias que no sabe que de cada cien casamientos que se hacen, los noventa y nueve no tienen otro motivo?

Me reconviene Vd. de que no la profeso ya aquel afecto que la habia prometido; ¿qué quiere Vd. que suceda? Si el amor tiene alas, ¿para qué las quiere sino para revoletear? En la época en que nos casamos, es cierto que estuve bastante romántico, pero es propio de los espíritus algo vivos y de las imaginaciones exaltadas, entrar de buena fé en el papel que representan é identificarse con él hasta el punto de creer aquello mismo que aparentan. Cuando estaba al lado de Vd. sentia todo lo que espresaba.... una hora despues me parecia ridículo y me burlaba de mi mismo; ese es todo mi crimen. Luego ha pasado el tiempo y ha acabado de disipar aquel juego fátuo.

Y Vd. misma no ha contribuido poco á ello. A decir la verdad, no sé lo que hubiera hecho y lo que hubiera llegado á ser, si siempre se hubiera Vd. mantenido siendo la muger severa y llena de dignidad y noble resignacion que me alborotó la cabeza; pero antes que pasase mucho tiempo vi que no deseaba Vd. otra cosa sino ser como todas las demas y que el teatro y el baile estaban muy lejos de causarla miedo. No era Vd. la última que se reia de una chanza algo libre y no se necesitaron mucho tiempo ni muchos esfuerzos para que repitiese Vd. con nuestros convidados el alegre estribillo de mis canciones.

De ahí he deducido yo que todos esos sentimientos exaltados, no son sino necedades y que á veces forma la persona una especie de atmósfera facticia, en que se obstina en vivir porque no puedo hacerlo en otra parte. No me he incomodado con Vd. al verla tan fácil de consolar, pero todos aquellos elevados y magníficos sentimientos que se hubieran asustado con la suposicion de un cambio, si se les hubiese atacado abiertamente hace dos años, han ido poco á poco haciendo como los mios, se han desvanecido como el humo y no ha quedado otra cosa que lo que es una verdad para todo el mundo, pero que en otro tiempo hubiera Vd. tratado de opiniones vulgares, á saber: que lo que conviene es vivir lo mejor que se pueda, sin tomarse penas por lo que ha sido ni pensar en lo que será. Vd. ha sido pru-

dente, esa es la verdad; Vd. olvidaba y yo tambien, y era el mejor partido que podiamos tomar en-
trambos.

Pero mire Vd. lo que hace. Hoy se imagina que cometido una falta de respeto á Vd. y sin reflexion ni prudencia, se propasa á recordarme cosas... que no quiero calificar. A Vd. le conviene detener los recuerdos en el momento en que empecé á conocerla, y tomando mi resolucion de casarme con Vd. por efecto de un cálculo infame, me tiene Vd. por mas bajo que uno de los hombres mas despreciables.

Pero ¿ha pensado Vd., Caristia, que yo podria seguirla por el camino que me ha indicado y no detenerme precisamente en el punto en que Vd. se ha detenido? ¿Qué ya que Vd. se complase en referir mi vida pasada, podria yo tomarme la libertad de referir la suya? Considere Vd. al ver el punto á que ha llegado con respecto á mí, cuál seria aquel á que yo llegase con respecto á Vd. Nos pondríamos los dos en el caso de mirarme Vd. como un miserable, y de considerarla yo como la pordiosera gitana..... No quiero pasar de aqui.

Caristia, hablo á Vd. ahora seriamente. Lo pasado, pasado. No nos conviene á nosotros discutirlo, y mucho menos, con recriminaciones imprudentes, que producen otras mas imprudentes todavia, llamar la atencion de los demas hácia algunos antecedentes que no es posible destruir, pero que se pueden muy

bien ocultar. Ya ve Vd. que hace un año que nadie piensa en lo que era Vd. antes que nos casásemos; debe Vd. haber observado que cuando se tiene una casa bien puesta y una buena mesa no se carece de sociedad de convidados ni de amigos. ¿Qué mejor posición podía Vd. esperar que la que tiene? ¿En qué he faltado á las consideraciones que debo á Vd. mientras Vd. las ha tenido conmigo? He faltado de casa algunos días y me lo echa Vd. en cara; sin embargo, era lo mejor que podía hacer.

Aborrezco y temo las escenas, los gritos, las esplicaciones, porque es muy difícil que cuando se discute verbalmente una cuestión tan delicada y abrazadora como la que nos divide, no se escapen algunas palabras que despues pesa haberlas dicho, y eso es lo que he querido evitar.

Yo no hubiera podido responder con sangre fría á una pregunta que, despojada de los términos cariñosos que la rodean, se reduce á estas palabras: «Marido mio, ¿es verdad que eres un infame? Un amigo tuyo me lo ha dicho, etc.» Indudablemente una cuestión entablada de esta manera, nos hubiera llevado muy lejos á uno y otro, y yo he preferido ausentarme. Pensé que la reflexión la llevaria á Vd. á tener mas prudencia, pero ha sido lo contrario y el mal ha empeorado; por eso me he decidido á responder á Vd., y creo haberlo hecho de manera que haya evitado el que se repitan tales torpezas por su parte. Lo que tampoco quiero que se repro-

duzca es el que dé Vd. epitetos injuriosos con bastante atolondramiento á mugeres á quien no conoce; supongo que me comprende Vd., y por lo mismo no tenemos que hablar mas de eso.

Esta noche iré á casa, y creo que me recibirá Vd. bien; yo no diré ni una palabra que pueda recordar la disension que ha mediado entre nosotros; Vd. imitará mi prudencia, y eso bastará por ahora.

Para lo sucesivo, créame Vd. Caristia, vuelva á ser la que era hace ocho dias, es decir, buena y tratable, porque si hay alguna felicidad en la tierra, se halla en la alegre filosofia de los que cogen al vuelo los placeres, seguros de que el pesar no necesita que se le llame para venir. Ya ve Vd. cómo se ha introducido entre nosotros cuando menos lo pensábamos, y ha venido por un hombre á quien yo debia creer amigo nuestro y que ha abusado de una de aquellas cosas que se dicen en confianza, ya seriamente, ya en tono de juego, segun el carácter de la persona con quien se habla.

Es cosa muy triste el corazon humano, Caristia, no tanto por sus vicios como por sus pequenezes. Hay muchas gentes que tienen mas miedo á la ridiculez que al crimen; se necesita un valor casi heroico para ser virtuoso en ciertas posiciones, y yo conozco mas de un hombre que no se ha atrevido á sostener una buena accion contra una chanza algo viva y que se burla de sí mismo por haber cumplido un deber, para evitar que se burlen los demas. Pero

esta es una discusion que nos llevaria demasiado lejos. Reflexione Vd. sobre todo lo que acabo de escribirla, y arregle á ello su conducta.

Hasta la noche, y no olvide Vd. que lo mejor que podemos hacer es no hablar de nada de eso. Se lo ruego á Vd. por la tranquilidad de entrambos,

LEOPOLDO.



XXX.

Nuevos sucesos, antiguos personajes

Esta carta me causó horror, porque revelaba la depravacion mas desvergonzada que habia conocido.

Si las personas que hayan leído este manuscrito se admiran de encontrar aqui esta frase despues de las muchas narraciones de crímenes en que abunda esta historia, es porque no comprenden el verdadero poder de la desmoralizacion.

No son ciertamente las pinturas de los vicios y de los crímenes, por mas enérgicas que sean, las que mas daño hacen á las costumbres de un pueblo; son las discusiones que se suscitan sobre esos crímenes, son los principios de una filosofia execrable en que se apoyan, son los sofismas vergonzosos con

que se esplican, son las distinciones sutiles con que se clasifican, y se les dan distintas categorias, elevando algunos lo bastante para quitarles el horror que siempre inspira la bajeza, y escusando los otros por esa bajeza misma.

Con el asesinato de Enrique IV hará un jesuita á Ravailac mártir de la fé, y fanatizará á las fieras católicas; con la muerte del duque de Berry, un republicano puro presentará á Louvel como el héroe de la libertad, y estraviará á los estúpidos hasta el punto de imitarle.

(Nota de 1840.) «No, seguramente no está la inmoralidad en la representacion de los crímenes. Si fuese preciso sondear las llagas sociales de nuestra época, pensaria hoy del mismo modo que pensaba en 1829. He leído con atencion todos los libros que se suponen malos y á los cuales se imputa la desmoralizacion actual, y no quiero entrar en la discusion de si nuestro siglo es ó no mas desmoralizado que los que le han precedido. No sé que nuestro siglo haya producido nada mas asqueroso que las infamias del reinado de Francisco I por no ir mas lejos, de ese principe de quien no se ha probado que fuese un cumplido caballero, pero si que fué un *feroz* libertino. El que lo dude, que lea lo que ha escrito Sauval, á quien seguramente no se acusará de haber sido educado en el odio de los reyes.

«¿Qué cloaca mas innoble é impura de todos los crímenes y vicios puede haber, que los reinados de

su hijo y de los tres Valois, últimos vástagos de aquella podrida rama? Pero ¿para qué he de continuar? El que se ha tomado el trabajo de observarlo duda, por lo menos, en favor de nuestra época. Pero lo que verdaderamente me sorprende es el ver partir de lugares muy elevados las acusaciones que atribuyen á los escritores todos los males que ocurren en Francia.

Unos se arrellanan bien en sus sillas de magistrados y quieren hacer los Lamoignon, despues de haber estado la anoche anterior en la ópera; los otros gesticulan en la Cámara de los diputados y declaman contra los malos libros. Mas yo apelo á todo hombre indiferente é imparcial, si es que los hay: la legislacion actual ¿no ha hecho por si sola mas mal á la sociedad en diez años, que todas las novelas y dramas posibles? Cuando he gastado tanto dinero para alimentar, alojar y abrigar bien á los ladrones y asesinos, ¿no habrá suscitado, sin quererlo, en muchos ánimos la deduccion de que á personas con quienes se tienen tantas consideraciones no se les puede mirar como tan malos, y que á todo evento la cárcel es un buen refugio en caso de desgracia? Es preciso decirlo, la profesion de ladron conduce á un buen alojamiento y á una buena caja de ahorros.

Se me querrá imputar á crimen el hacer estos raciocinios, mas yo diré que los culpados son los que establecen las primeras premisas. Por una parte ¿no empieza Francia á avergonzarse de la sublime

invencción de las circunstancias atenuantes introducidas en la ley? ¡Cuántos clamores hubiera suscitado contra sí hace diez años el que hubiera dicho que ese era un principio desorganizador y corruptor! En el día ha vencido la experiencia.

El juez, llámase jurado ó de otro modo; porque el nombre nada importa, no ha querido ser menos humano que el legislador y ha acompañado sus sentencias con el apéndice de circunstancias atenuantes.

Y ¿qué ha podido deducir el pueblo de ellas sino que uno puede ser hasta cierto punto excusable de asesinar á su muger, de romper los miembros á sus hijos, de envenenar á su marido, de matar á su padre á golpes? ¿Qué se ha de inferir de una conversacion semejante á esta? Mad.... ha cometido el crimen de envenenar á su marido.

— Bueno; tambien á ella la quitarán la vida.

— No, porque hay circunstancias atenuantes.

— Pues ¿qué harán de ella?

— La condenarán á prision.

— ¿Pues no es criminal?

— No tanto como lo seria otra.

— ¿Por qué?

— Porque hay circunstancias atenuantes.

— Cuales? ¿Qué circunstancias son esas?

— Desde luego; su marido era viejo.

— ¡Ah! — Y feo. — ¡Ojga! — Brutal. — ¡Ola! — Y olia mal.

—Eso es otra cosa.

—¿Comprende Vd. ahora?

—Comprendo que seria todo eso; pero ¿qué se saca de ahí?

—Que habia circunstancias atenuantes.

—¿Es decir?...—Que hasta cierto punto, es disculpable de haber envenenado á su marido.

Resulta que se puede ser disculpable de envenenar á otro con ciertas condiciones; y como cada mujer es juez en su esfera de las faltas que puede tener su marido, y la pasion puede hacérselas parecer mayores de lo que son, el dia que juzga que su marido debe ser envenenado, le envenena muy frescamente, porque á mal correr se ha provisto de circunstancias atenuantes, y ha hecho que su marido la dé bofetadas ú otra cosa parecida. Eso es estúpido.

«Pero se me dirá que antes de inventarse las circunstancias atenuantes, la ley reconocia á veces cierta disculpa á los delitos. Es verdad, la falta de premeditacion, la defensa personal, el adulterio sorprendido en fragante delito, mas la ley habia definido y determinado exactamente ese corto número de casos excepcionales, y no dejaba que la imaginacion de cada uno se pasease á su gusto por el campo ilimitado de las circunstancias atenuantes.»

«Pero á la verdad, ¿á qué vienen estas largas reflexiones, con motivo de la carta de M. Deslaurieres, de una carta en que aquel hombre no habia he-

cho mas que atreversè á escribir lo que otros mil dicen sin cesar?»

(1829.) «Esta carta era tanto mas peligrosa cuanto, hasta cierto punto, ocultaba la depravacion bajo el aspecto de razones que parecian admisibles, y confundia hábilmente los sentimientos verdaderos y puros de una alma elevada, con el charlatanismo de aquellas falsas ideas que han producido tantos personajes ridículos.

«Necesariamente habia de introducir la duda en el alma de una mujer que habiendo experimentado el mal y el bien no habia hallado ninguna recompensa por el bien que habia hecho; en fin, debia ser el punto de partida de la marcha que habia conducido á madama Deslaurieres al punto de que habia salido.»

Al tomar el paquete de cartas que seguia á este, observé que además de las cartas que se me habían confiado, habia un gran número de papeles que me pareció que ninguna relacion tenian con madama Deslaurieres. Los puse á un lado, y busqué el número de la carta que, segun el orden con que se habian clasificado, debia seguir á la que habia leído. No pude hallarle de pronto, y al pasar la vista por los papeles que se me presentaban, quedé no poco sorprendido de encontrar varios de los nombres que hacia algun tiempo ocupaban mi atencion. Asi vi en ellos el nombre de M. de Frobental, el de madama de Premontzé, y una luz repentina iluminó

para mi el nombre de Justina que habia encontrado varias veces en aquella correspondencia. La Justina de que hablaba Morinlaid, la vieja enfermera que llamaban *la marquesa*, eran sin duda las mismas en cuya casa habia sido yo testigo de la horrible escena de reconocimiento entre la madre y la hija infanticidas.

Esta circunstancia, que probablemente no se habrá escapado á los que lean este manuscrito, habia pasado sin que yo la percibiese siquiera. El interés que tomaba en la historia de Mad. Deslaurieres me habia impedido sin duda que reparase en ello. Miré aquellos papeles con mas atencion y estaban en un completo desórden, de suerte que no alcancé á descubrir nada que pudiera ilustrarme; solamente vi que eran pruebas irrecusables del nacimiento de aquella Justina que habia desaparecido, como referí en su lugar de la habitacion que ocupaba encima de la mia. Permanecí un instante indeciso entre el deseo de saber algo de aquella estraña historia y el de conocer el fin de la correspondencia relativa á Mad. Deslaurieres, pero no encontré sino una carta muy insignificante de Morinlaid en que la hacia una declaracion de amor en toda forma. Iba, por fin, á renunciar á mis investigaciones, cuando dentro de una cubierta que varias veces habia dejado porque no tenia sobre ninguno, encontré una nueva coleccion de cartas sin nombre, pero cuyos números correspondian exactamente con los de las

que acababa de leer. Todas eran escritas por Victor, de letra casi imperceptible y en un papel tan fino, que juzgué que habian sido necesarias todas aquellas precauciones para hacerlas llegar á su destino por el pequeño volúmen que ocupaban, y además estaban arrugadas, como si hubieran hecho con cada una de ellas una bolita.

Lo pequeño de la letra y las muchas roturas del papel, que relucia como seda, no dejaban que se leyese sino con mucha dificultad; sin embargo, trataba de hacerlo cuando me distrajo de aquella ocupacion el ruido de la campanilla de la habitacion de Victor, meti de pronto todos aquellos papeles en el bolsillo y salí á abrir, encontrándome en presencia de dos individuos de mala cara y de traje sospechoso, á quienes pregunté qué querian.

Buscamos á Victor Bonsenne; respondió uno de ellos.

—Pues podian haber dicho á Vds. abajo, repliqué, que Victor ha muerto.

—Nos lo han dicho, repuso el polizone, que olia á su oficio desde una legua, pero no es la primera vez que esa buena alhaja engaña á la policia. Lo que es este medio es demasiado conocido, conque asi, déjenos Vd. pasar, amigo.

Conducido siempre por el espíritu de rebelion que me llevaba á no dejar que las cosas fuesen derechas á su conclusion natural, me opuse á la entrada de aquellos dos hombres, y les pregunté con

qué derecho trataban de introducirse así en casa de M. Victor Bonsenne.

El que me había hablado dió un paso atrás y me miró de los pies á la cabeza como si esperase el instante oportuno para agarrarme por el cuello, mas al momento pareció que renunciaba á su pensamiento, é inclinándose sobre la barandilla dió dos ó tres silbidos. Al momento oí el ruido de botas de montar que subían la escalera, y que no podían pertenecer sino á gendarmes, y con efecto no tardé en ver dos, con sus sombreros galoneados.

—Agárrenme Vds. á ese mocito, dijo el de la policía señalándome con la mano, y al fin habremos cogido ya alguno.

—¿Con qué derecho? exclamé yo.

—Dime con quien andas y te diré quien eres, me respondió. Todo el que esté en casa de un hombre como el tal Victor debe ser buena presa, porque Dios los cria y ellos se juntan. Vamos, cójanle ustedes.

—Entren Vds., dije entonces; aunque debo decirles que pudieran haberme mostrado el mandato en virtud del cual proceden.

—El mandato, eh? Ola! Esto huele á estudiante de leyes, carbonario puro... Vamos, vamos; agárrenle Vds. y le registraremos.

Esta amenaza me causó un miedo terrible. Tenía en aquel momento sobre mi, papeles que podían comprometer á M. Deslaurières y su mujer y tam-

bien á M. Bonsenne, papeles en que no se hallaban solamente secretos de familia, sino indicios de una accion que las leyes pudieran castigar, á saber, el uso que se habia hecho de la partida de bautismo de la hija que se habia muerto á Mad. Lambert, para casar á Caristia.

Por otra parte, ignoraba yo hasta qué punto los papeles en que habia leído el nombre de madama de Frobental podrian comprometerme, y por vigésima vez de mi vida me arrepentí de aquel modo de proceder mio que me hacia siempre embrollar las cosas que debian caminar solas á su fin. Sabia además que por desgracia el nombre de mi padre se hallaba mezclado en la historia de Justina, é ignoraba si en los papeles se encontraria algun indicio de aquella odiosa historia; todo aquel peligro se ofreció á mi imaginacion, en tanto que el agente de policia entraba en el cuarto de Victor. Le seguí, pues, entre los dos gendarmes, que por curiosidad me dejaron entrar.

—Vamos, le dije mostrándole el sofá en que yacia el cadáver de Victor; ¿se convence Vd. ahora de que no le engañaba?

—Oh! replicó él; le conozco y es muy capaz de hacerse el muerto.

Dió con el pié al cadáver de Victor, y le dijo:

—Vamos, vamos, arriba amiguito.

—Miserable! mírele Vd.; esclamé:

Levantó la capa que cubria el rostro de Victor é

inclinándose hácia él, le miró con mucha atencion. Volvióse en seguida hácia uno de sus acólitos y dijo:

—¡Vaya una cara de un hombre que ha muerto de un balazo en el vientre!

—¡Me gusta la ocurrencia! respondió el jendarme. Cuando uno está muerto no creo que pueda tener una cara muy alegre.

—Imbécil, replicó el polizonte, enseñándole con el extremo del baston las manchas lívidas que habian dejado en el rostro del desdichado Víctor las torturas de la muerte. He visto bastantes cadáveres muertos de balazos cuando era brigadier de probos-tes en el ejército de España, y te digo que este hombre ha muerto de otra cosa.

Y volviéndose hácia mi, añadió:

—Pero aquí hay un individuo que podrá tal vez decirnos algo de eso.

—Ruego á Vd., le dije, que hable con mas circunspeccion de un hombre á quien no conoce.

—¡Cómo se entiende! ¡A mi reconvenciones! exclamó.

—Vamos, vamos, dijo uno de los jendarmes; tenga Vd. un poco de moderacion, pues bien sabe que no será la primera vez que le han reprendido por la manera con que desempeña Vd. sus comisiones. Llevemos al señor á casa del comisario de policia, y él decidirá.

El agente principal dió algunos pasos por la sa-

la y empezó á echar sapos y culebras por la boca.

—¡Vive Dios! decia. ¡Haber errado el golpe por cuarenta y ocho horas! si le hubiéramos encontrado, ni se batia, ni le mataban.... y para evitar la causa, su padre hubiera pagado los billetes falsos, y...

—¡Y Vd. hubiera tenido su parte! dije yo.

Esta acusacion, que parecia que debia irritarle le dejó parado y me preguntó:

—Y ¿quién es Vd?

—Llévenme Vds. á casa del comisario de policia, y allí, lo sabrán.

Dudó todavia y dijo al fin:

—En todo esto hay gato escondido. Vamos allá.

En el momento que saliamos, me dijo el jendarme:

—Si no quiere Vd. ir asi por medio de la calle, se enviará á buscar un coche.

—No señor, no, dijo el de policia que oyó al jendarme; muy bien puede ir á pié.

Aunque era todavia muy de mañana, empezaba ya á circular gente por las calles y no me gustaba nada ir llamando la atencion entre dos gendarmes hasta la calle de Buffault, tanto menos cuanto que tenia que pasar precisamente por la esquina de la de Provence, donde se hallaria ya probablemente el mozo de esquina Guillotin. Me detuve, pues, con resolucion, y dije al de policia que le haria perseguir por arresto ilegal.

—Ola! me dijo él, ¡tambien Vd. está por la car-

ta! ¡Tambien es de los chorlitos que hablan de derechos de los ciudadanos! Pues por eso mismo, véngase Vd. conmigo.

Esto pasaba al pié de la escalera de Victor, y ya no me que quedaba ninguna esperanza, cuando de pronto una voz que pareció conocer preguntó por M. Loulou.

—Puede Vd. llamarle por su nombre respondió el portero, porque ha muerto.

—Muerto! exclamó la misma voz. Es posible... voy á subir... quiero saber.

El recién llegado se adelantó hácia donde nosotros estábamos y vi que era el conde de Saint-Marc. Se manifestó asombrado de verme y no lo quedé yo menos, pues le suponía fuera de Paris. El que lea esto recordará que yo me hallaba con respecto á él en una posicion tal, que era el último hombre á quien pudiera pedir un favor; sin embargo, me pareció que en aquella ocasion podia valerme últimamente de él, sin que apareciese que imploraba su auxilio.

—Caballero, le dije, me alegro infinito de encontrar á Vd. Sírvase Vd. decir á estos señores quien soy, y despues podremos hablar.

M. de Saint-Marc titubeó un momento, mas antes que yo pudiera sospechar siquiera que tomase una resolucion tan decisiva, respondió:

—Me parece que se equivoca Vd.; yo no le conozco.

Diciendo esto me volvió la espalda y trató de retirarse. Yo estaba furioso.

—Cómo! exclamé. ¿Se atreverá Vd...?

De repente me ocurrió una idea de aquellas que inspira la cólera y proseguí:

—Vive Dios! Puesto que Vds. se proponen prender á los amigos de Victor Bonsenne, bien pueden coger á ese, porque le conocia mucho y lo que es mas, sabia el nombre fingido con que se ocultaba, cosa que yo ignoraba completamente.

—Señores, dijo él encarándose con el polizonte que me conducia; soy el conde de Saint-Marc.

Aquella canalla se quitó el sombrero respetuosamente y preguntó:

—¿El propietario de los billetes falsos fabricados por Victor?

El conde se mordió los labios é hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—El que habia prometido mil escudos á quien le prendiese? continuó el agente en voz baja.

—El mismo.

—Pues, señor conde, hemos perdido el golpe.

—Es lástima, contestó él.

En seguida se puso á mirarme con mucha atención y en la espresion de su semblante conocí que estaba combinando algun plan contra mi.

—Y han cogido Vds. al señor en casa de M. Bonsenne? preguntó al de policía.

—Es quien nos abrió la puerta.

Durante este tiempo se habían ido reuniendo en el portal el portero y los oficiales del maestro de coches, pero estaban detrás del conde y á cierta distancia, de suerte que él no podía verlos. Se acercó, pues, al agente y le dijo en voz baja:

—¿Le han registrado Vds?

—Yo lo he mandado hacer, respondió. Vamos, añadió dirigiéndose á los gendarmes, ¿que le han encontrado Vds?

—No me han registrado ni me registrarán, dije yo. Me doy por arrestado, pero pido que se me lleve inmediatamente á casa del comisario de policía.

—A caso lleve armas escondidas, replicó M. de Saint-Marc, y sería prudente...

—Vamos, amigo, me dijo el agente, desocupe Vd. los bolsillos.

—Amigos, exclamé yo dirijiéndome á los trabajadores que estaban en el portal, ya ven Vds. que esta jente quiere maltratarme.

—Es un ladron; dijo con descaro el agente.

—Poco á poco, replicó uno de los gendarmes. El señor pide que le lleven al comisario y vamos á llevarle intacto.

—¿Cómo se entiende? replicó el agente: yo daré parte...

—Y yo tambien daré parte, dijo interrumpiéndole el gendarme. Vd. dice que hay gato encerrado por esta parte; pues yo estoy seguro de que le hay

tambien por la otra, y si estuviese en mi mano, aseguraria tambien al señor.

—Ya he dicho que soy el conde de Saint-Marc.

—Pues precisamente por eso, contestó el gendarme. He servido á las órdenes de su padre de Vd, y aunque hay bastante distancia de un cabo á un general, como yo cuidaba sus caballos, porque sé como se trata á un animal de valor, y he hecho cuatro campañas á su lado, sé muy bien que le tenia á Vd. por un tunantuelo á quien nada costaba inventar una mentira, aunque entonces era todavia muy jóven.

—¡Canalla! exclamó el conde de Saint-Marc.

—Hable Vd. bien, replicó el gendarme con dureza, porque soy amigo de Guillotin y sé lo bastante para hacerle callar. Vamos á casa del comisario. Venga Vd., jóven, me dijo á mi, y no tema nada.

Muy á pesar suyo, el ajente de policia tuvo que ceder, pues habia demasiados testigos para propasarse á ninguna accion violenta. Salimos de la casa y observé que el conde de Saint-Marc se acercó al ajente, le habló y se adelantó á nosotros con bastante rapidez, mientras que el polizonte decia á los gendarmes:

—No hay que ir tan de prisa; no viene el enemigo siguiéndonos los pasos.

—Querrá Vd. decir que no le tenemos al frente; respondió el gendarme.

—¿Por qué?

—Porque cuando yo servia, los carabineros no íbamos de prisa sino cuando teníamos al enemigo delante; si le teníamos detrás nos volviamos.

El agente se encogió de hombros como en señal de desprecio, pero no anduvo mas de prisa, y conocí, sin quedarme duda, que queria dar tiempo á M. de Saint-Marc para que se anticipase y combinase algun plan que pudiera perjudicarme.

Así nos acercamos á la calle de Provence, domiñándome á un mismo tiempo la cólera y la vergüenza.

—Allí está Guillotin, me dijo en vos baja el gendarme; llámele Vd. para que venga á buscar alguna persona que le reclame.

Hice con efecto una seña al mozo, que se acercó al instante á mí; pero el terrible agente (que entonces supe que se llamaba Buenaventura) el terrible Buenaventura blandió su gran baston entre los gendarmes y el buen Guillotin, y le mandó que se mantuviese lejos. El se retiró al momento, mas Buenaventura no pudo impedirle que gritase:

—No tenga Vd. miedo M. Meylan, yo enviaré alguna persona.

Al obedecer yo á la insinuacion del buen gendarme que me habia tomado bajo su proteccion; no habia pensado sino en que vinieran á reclamarme, pero es muy probable que si el agente me hubiera permitido que diera mis órdenes sobre este punto á Guillotin, no hubiera sabido qué hacer. Con efecto,

es de creer que al ir á nombrar la persona que habia de venir á reclamarme, hubiera reflexionado en que situacion se encontraba, y que si me hubiera ocurrido el nombre de M. Bonsenne, por ser mi protector natural, le hubiera desechado inmediatamente. Sea de esto lo que quiera, la brutal prohibicion del tal Buenaventura me causó un nuevo acceso de cólera contra el acto arbitrario de que era víctima, y me hizo resolver á no reclamar mi libertad sino por mi propio derecho.

Llegué á casa del comisario y supe que se hallaba muy ocupado, y encerrado con un caballero que acababa de llegar. Tuvimos, pues, que esperar bastante tiempo, convencido yo de que el conde de Saint-Marc estaba organizando alguna traicion contra mi, y lo creí tanto mas; cuanto llamaron adentro al ajente, y se pasó todavia un cuarto de hora muy largo, durante el cual estuvo sin duda arreglando como le pareció la historia de mi arresto.

Al fin me mandaron entrar y rogué á los gendarmes que me siguiesen, mas al llegar á la puerta, el comisario les dijo:

—Vuélvanse Vds. á su puesto; aquí no se les necesita.

Me encontré, pues, solo con el magistrado y el agente de policia.

Inmediatamente reconocí al comisario, que era el mismo que habia ido á casa de Justina el dia que

quiso cometer su crimen M. de Frobental, mas él hizo que no me conocía, aunque me estuvo examinando atentamente. Jamás olvidaré aquella figura que hoy no se encontraría seguramente sino entre los que desempeñan los empleos mas bajos de la policía.

Era hombre de unos cuarenta y cinco años, la cara aplastada, la cabeza puntiaguda, y las orejas muy separadas y de forma de un abanico medio abierto. Estaba completamente calvo, pero en compensacion tenia un enorme par de patillas entre rojas y blanquizcas. Yo no he podido encontrar jamás un animal bastante feo con quien poder compararle y que pudiera dar una idea de él.

Como quiero que no se piense que me he complacido en ridiculizar el retrato de aquel magistrado por odio á la policía, diré que mas adelante se verá como se hallaba aquel hombre ocupando un empleo que por lo regular solo desempeñan personas decentes y de buena educacion.

Confieso que el aspecto del tal comisario me causó una impresion desagradable, me causó miedo, pero no aquel miedo que me parece que pueda tenerse al frente de un animal temible, y contra el cual puede uno emplear toda su fuerza, sino aquel miedo mezclado con asco, que hace temer tanto la defensa como el ataque.

—¿Su nombre de Vd? me dijo.

—Miguel Meylan.

—¿Su profesion?

Estudiante de leyes.

—Ola! añadió sonriéndose, un alborotador, un calavera!

Nada le respondí porque tenia el presentimiento de que aquel hombre queria incitarme á que entrase en disputa con él.

—¿Dónde vive Vd?

—Calle de Provence núm. 3.

—Calló y miró á Buenaventura, como para reconvenirle de que no era aquello lo que se le habia prometido.

—Siga Vd. siga Vd. dijo el ajente.

—¿Qué hacia Vd. en casa de Victor Bonsenne?

—Velaba su cadáver.

—Es decir ¿qué será Vd. su cómplice?

—Por que le he velado?

—Por que nadie se queda á velar un cadáver sin haber sido amigo intimo del difunto; y el que ha sido amigo intimo de un ladron, de un canalla, debe ser tambien como él un ladron, un...

El comisario se detuvo para dar tiempo á que produjera efecto la injuria; pero tambien entonces se llevó chasco, porque le dije con mucha tranquilidad:

—¿Lo cree Vd. así?

—Si, señor.

—Pues acaso tendrá Vd. razon, pero no se trata ahora de lo que Vd. piensa, sino de hechos. ¿Por qué me han preso?

—Bien lo sabe Vd.

—Lo ignoro completamente.

—Vd. ha querido impedir al señor que entrase en la habitacion de Victor.

—Yo he pedido al señor que me mostrase el mandamiento en cuya virtud obraba.

—Y él no se le ha enseñado á Vd. y ha hecho bien.

—Y me ha traído preso.

—Y ha hecho bien.

—¿Por qué ha hecho bien?

El comisario se rascó la cabeza y respondió:

—Ha hecho bien y no necesito decir mas.

—Pero escuche Vd. M. Bonnissens, dijo el agente.

Se acercó á la mesa y estuvo hablando al comisario muy de prisa y en voz baja.

No traté de oír lo que decía el Buenaventura, porque estaba ocupado en pensar en el nombre que acababa de oír. Me chocó aquel nombre, porque me pareció que le habia oído ó leído en una de las muchas narraciones de que la casualidad me habia hecho centro, pero ne podia recordar dónde ó cómo, y estaba pensando en ello, cuando el comisario interrumpió de repente mis reflexiones diciéndome:

—Segun los informes que acabo de oír, parece que Victor Bonsenne no ha muerto de su herida, sino de...

Se detuvo y al cabo de un momento añadió:

—Es preciso que nos aseguremos de su persona de Vd. y voy á mandarle registrar.

Conoció que aquel era el principal objeto á que se dirigian, y pensó al momento, no solo en los papeles de madama Deslaurieres, sino en los de Justina. Este nombre de Justina me recordó la historia de aquella desgraciada, y el fuego eléctrico de la memoria, que tan pronto como tiene un hilo conductor corre desde el objeto mas inmediato al mas remoto con una rapidez espantosa, fué á dar precisamente en el punto en que se hallaba el nombre de M. Bonnissens, que era el médico que se hallaba en la casa de Moline la noche en que madama de Frontal dió á luz aquella desgraciada criatura.

—Nada tengo que ver en la muerte de Victor Bonsenne, dije al comisario, y Vd. mismo no lo cree...

—¿Cómo? ¿Qué dice Vd?

—Que sé perfectamente á dónde quiere Vd. ir á parar, y por instigacion de quien...

—Caballero, mire Vd. lo que dice.

—Y Vd. mire lo que hace. Le conozco á Vd. muy bien, M. Bonissens.

¿A mi?

—Si señor; nos hemos visto ya otra vez.

Me miró atentamente admirado de mi audacia, y yo añadí:

—Y no hace mucho tiempo por cierto.

—¿Dónde?

—¿No ha oído Vd. que le he dicho que vivo en la calle de Provence número 3?

—¿Y qué?

—¿No recuerda Vd. que fui yo quien impidió que arrojasen por la ventana á una muchacha que se llama Justina?

—Es verdad... es verdad...

—Pues siendo eso así, yo me alegro de que Vd. me prenda, porque habré de comparecer ante otro juez, y trataré de averiguar qué se han hecho las primeras diligencias que se practicaron con respecto á la tentativa del asesinato que se cometió en mi casa.

—Bah! Hace mucho tiempo que nada tengo que ver con ese asunto; respondió.

Esto me detuvo un poco, pero yo quería evitar á toda costa que me registrasen, y sin calcular el efecto que pudieran causar mis palabras dije:

—Me parece que hubiera Vd. podido interesarse algo más por una jóven que es su compatriota.

—¿Mia?

—Como que ha nacido á poca distancia de Mazamet.

Volvió á mirarme con atención y me preguntó.

—¿Vd. me conoce?

—Sí, y conozco al doctor Bonnissens.

—¡A mi padre! exclamó admirado.

—¿Era su padre de Vd? añadí. En tal caso debe Vd. conocer á madama de Premontré...

El comisario se sentó en su silla y adquirió su rostro una espresion cruel.

---¡Madama de Premontré! repitió. ¿Pero usted quién es?

---Uno que sabe muchos secretos que se quisieran tener ocultos.

Miráronse el comisario y Buenaventura, y yo creía haberlos aterrado á entrambos, cuando el comisario me dijo en tono malicioso:

---Venga Vd. jóven, venga Vd. conmigo, que tenemos que hablar de cosas demasiado delicadas, para estar en una oficina en que pudieran oirnos desde fuera.

---Vamos á dónde Vd. guste, contesté.

Abrió el comisario una puerta y ya iba yo á entrar en otra pieza interior de su habitacion, cuando por la puerta por donde yo habia entrado se presentó M. Bonsenne.

---¿Qué es eso? exclamó el comisario.

---Eso es, respondió M. Bonsenne, que vengo á reclamar este jóven.

---Quién es Vd? preguntó el agente, en tanto que el comisario pasando al rededor de M. Bonsenne y de mi, cerraba la puerta que habia abierto.

---Yo no tengo que responder á Vd. contestó M. Bonsenne. El señor comisario me conoce.

---Es verdad que le conozco á Vd., M. Bonsenne, dijo él, y sé que es uno de los vecinos más antiguos de la comisaria.

---Pues bien, yo respondo por este joven.

---¿Y sabe Vd dónde se le ha preso? preguntó Buenaventura.

---¡Silencio! dijo el comisario volviendo á sentarse en su silla.

Colocó bien sus papeles, sus plumas, su escribanía, como queriendo tomarse tiempo para coordinar las ideas que la aparicion de M. Bonsenne habia suscitado en él, y tanto iba tomando, que M. Bonsenne le dijo:

---Vamos, ¿acaba Vd? Yo no puedo perder tiempo, y como supongo que á este jóven solo se le habrá preso por alguna locura muy perdonable, salgo responsable de que se presentará siempre que sea necesario.

El comisario abrió un cajon y sacó de él algunos papeles que se puso á ojear, hecho lo cual, exclamó con tono satisfecho:

---Por falsificacion... eso es.

Al oír aquella palabra perdió el color M. Bonsene y yo mismo sentí un terror invencible, pues vi al momento la terrible posicion en que él se hallaba. Me habia encargado que buscase á su hijo, y yo le habia enviado á decir que estaba á punto de encontrarle; debia pues, esperar que yo le diese noticias de Victor, y acaso la prontitud con que habia venido á reclamarme se debia en parte, además de su amistad, á la suposicion de que tal vez me encontrase metido en alguna querella,

por causa de Victor. A decir verdad, no vi en aquel momento, como me parece ahora, hasta donde podia llegar la escena de esplicaciones á que ibamos á dar principio, pero bien conocí que no podia menos de ser horrible para M. Bonsenne, y arrebatado por aquella idea le dije con viveza:

--Retírese Vd., M. Bonsenne, y déjeme solo. Doy á Vd. las gracias por su actividad, pero creo que bastará un momento de esplicacion, y en seguida iré á decir á Vd....

M. Bonsenne me miraba con el rostro asustado y como si hubiera querido adivinar lo que no le decia en lo que le decia; y yo, á pesar mio, sentia que se trababa mi lengua por la fuerza de aquella mirada de fuego, de modo que tartamudeé algunas palabras casi inteligibles.

=¿A decirme... qué? preguntó al fin.

--Se lo diré á Vd. luego, y no aqui.

--¡Alguna cosa de Victor! exclamó comiéndome con los ojos.

--Justamente, le contesté.

--¿Y está... está preso? preguntó con un acento tan doloroso que me desgarró el corazon.

=No señor, respondí tristemente.

=Pues ¿dónde está? replicó mirando al comisario y al agente de policia.

—Está muerto; respondió el último brutalmente.

—Muerto! repitió M. Bonsenne. El!... Victor!...

¡A los veinte y ocho años!..... ¿Pero cómo.....?

Se apoyó en la pared y me alargó la mano. Jamás he visto verificarse en un momento un cambio mas completo en el semblante de un hombre. Aquel rostro agitado, pero firme, aquella mirada viva; aquella seria energia, todo se convirtió en una expresion de dolor casi infantil, y empezó á sollozar y á dar gemidos convulsivos.

—¡Animo! le dije apretándole las manos. Ha muerto... pero bien sabe Vd. que acaso vale mas que haya sido asi.

Aquel hombre, cuya severidad implacable habia sabido yo pocas horas antes, no me parecia digno de sentir el dolor que experimentaba. Aparecia á mis ojos el dolor propio de un hombre que me hubiese sacrificado toda su vida á la de su hijo, y me parecia que el que no habia sabido hacer que cediese su carácter de hierro, ni aun por el bien de su hijo no debia sentir de aquel modo, porque si en su pesar entraba algun remordimiento de su conducta pasada, su dolor debia ser mas triste aun, pero mas ardiente.

Nada respondió á lo que acababa de decirle, y yo continué:

—Es preciso decírselo á Vd. todo, y aun cuando sea una terrible desgracia, acaso hará menos sensible para Vd. esa pérdida.

Me miró suspirando y le dije:

—El señor iba á prenderle; ya sabe usted por qué.

Continuó mirándome y empezó á derramar lágrimas y á decir:

—¡Ha muerto! ¿es verdad? ¡Ha muerto!

Lo que veía en M. Bonsenne era tan extraño para mi, que empecé á mirar al comisario y al agente. El primero con la cabeza levantada, tenía cogido entre los dedos el papel que iba á consultar, y que aun no habia sacado del legajo, y parecia tan admirado como yo. El segundo se tocaba las patillas, y murmuraba entre dientes:

—¡Cómo está el pobre viejo!

En aquel momento ocurrió una cosa todavía mas extraordinaria. M. Bonsenne se habia apoyado á la pared, segun he dicho, y como si las piernas no hubiesen podido sostenerle, se fué dejando escurrir, y se acurrucó sobre los talones, quedándose como un muchacho huirano, sin dejar de decir entre dientes:

—¡Ha muerto!... ¡Victor ha muerto!

Entonces empecé á conocer que la razon de M. Bonsenne acababa de sufrir un golpe terrible, y de la admiracion poco simpática que me causaba un dolor espresado de aquella manera, pasé á un verdadero terror.

—¡Amigo mio! le dije. Vuelva Vd. en sí; soy yo, Miguel!...

Nada me respondió sino suspiros y lágrimas, que tenian ya algo de idiotismo, y de cuando en cuando decia:

—Ha muerto ¿no es asi? Ah! sí, sí, ha muerto!

El comisario tocó la campanilla y entró un dependiente.

—Lleve Vd. á ese hombre á su casa; le dijo señalando á M. Bonsenne.

—Permitame Vd., repliqué interrumpiéndole; es preciso que antes vaya yo á preparar á su mujer y á su hija.

—¿Olvida Vd. que está preso? respondió.

—¡Cómo! exclamé. ¿Y se atreveria Vd...?

—Vamos, vamos, dijo él levantándose; que se lleven á ese hombre, y Vds. gendarmes, cuiden de este otro.

Ciego de cólera, estaba dispuesto á cometer cualquiera tropelia, cuando al otro lado de la puerta, que habia quedado sin cerrar, vi á Guillotin, á quien llamé, y entró á pesar de los gritos de M. Bonnisens.

—Lleve Vd. á su casa á M. Bonsenne, le dije.

—Pero ¿qué hay? preguntó.

—Basta, gritó el comisario. Llévase Vd. á ese hombre y salgan Vds. todos de aqui.

—Un momento, replicó Guillotin. ¿Y ese jóven?

Levantóse el comisario y exclamó furioso:

—¿Qué es esto? Van á venir hoy todos á poner aqui la ley?

—Es que yo conozco bien á M. Meylan, insistió el pobre mozo á quien incitaba tambien el buen gendarme.

---Pues M. Meylan está acusado de haber envenenado á Victor Bonsenne.

---¿Yo? exclamé horrorizado.

---Usted.

---Antes que hubiese tenido tiempo para pronunciar ni una sola palabra, pues me habia dejado aterrado aquella acusacion, vi entrar en el despacho del comisario un nuevo personaje, á quien apenas pude conocer segun lo mudado que estaba desde el último dia que le habia visto. Sin embargo, corrí á él exclamando:

---¡Duhamel, Duhamel!

---Señor comisario, dijo Olivier con tono altivo; M. Victor Bonsenne ha muerto de resultas de un desafio que ha tenido conmigo.

—Y ¿quién es Vd? preguntó el comisario sin levantar la cabeza.

Duhamel le alargó una carta diciéndole:

—Ese es mi nombre y las señas de mi casa.

Leyó el comisario el sobre, se estremeció, miró con mas atencion al recién llegado, y dijo con voz tímida.

—¿Usted, caballero?

—Basta, dijo Duhamel interrumpiéndole; puede Vd. leer el contenido de la carta que es de M. Victor Bonsenne.

El comisario abrió la carta y haciendo una inclinacion se puso á leerla.

—Va Vd. á poner en libertad al momento á este jóven; continuó Duhamel señalándome.

—No se si debo...

—Yo lo exijo.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto á donde habia querido llevarme, y salió M. de Saint-Marc, que probablemente estaba alli desde el principio de mi conferencia con el comisario, diciendo:

—A ese jóven no se le debe poner en libertad.

—Está acusado de envenenamiento, dijo Buena-ventura.

Duhamel le miró y dijo al comisario.

—Escriba Vd. el nombre de quien dice eso.

—No es necesario, le sé muy bien, respondió el comisario.

M. de Saint-Marc se mostró admirado de la condescendencia del comisario de policia, y despues de un momento de reflexion replicó:

—No sé si esa acusacion tiene ó no algun fundamento, pero lo que afirmo yo, conde de Saint-Marc, es que M. Meylan se ha apoderado en casa de Victor Bonsenne de ciertos papeles que se le habian confiado y que interesan al honor de una familia, y esos papeles los reclamo yo.

—Y ¿quién le ha dicho á Vd. que yo los tengo?

—Lo sé, porque no los he encontrado en casa de Victor.

—¿Qué papeles son esos? me preguntó Olivier.

--Desde luego (respondí al que habia sido mi

compañero como respondería á un hombre de una autoridad superior, porque sin percibirlo me habian dominado la dignidad imperiosa con que se espresaba y el respeto servil que le mostraba el magistrado), desde luego la mayor parte de esos papeles nada tienen que ver con este caballero y solo contienen secretos de la familia de M. Bonsenne; y en cuanto á la otra parte deben pertenecer á una desgraciada jóven á quien el señor conde de Saint-Marc persigue hace mucho tiempo para arrancárselos.

--Cómo! exclamó Olivier. ¿Es el señor el conde de Saint-Marc?

--El mismo, dijo este con insolencia.

Olivier se acercó á él y señalándole al comisario, le dijo con un gesto imperioso:

--Pregunte Vd. mi nombre al señor comisario.

--¿Se burla Vd. de mí? exclamó el conde.

--Le digo á Vd. que pregunte mi nombre al señor.

--¡Basta! ¿Me tiene Vd. por un cobarde de comedia? ¿Cree Vd. que me vá á llenar de miedo con sus ademanes de melodrama? Mézclese Vd. en sus negocios...

--Mi negocio mas importante en este momento, replicó Duhamel, es el haber encontrado á Vd.; y el único partido que le queda que tomar, le conocerá cuando sepa mi nombre.

--Pues digale Vd.

He jurado no pronunciarle.

—Veamos ¿quién es este caballero? dijo M. de Saint-Marc.

El comisario le alargó la carta, y en cuanto leyó el sobre, se apoderó de él un temblor convulsivo, y se le cayó la carta de la mano, cayendo al suelo de donde la cogió Duhamel.

—Me encontrará Vd. á sus órdenes, donde quiera buscarme, dijo el conde.

Olivier se sonrió tristemente, y le respondió:

—No señor; hay personas de quien un hombre de honor no debe vengarse.

—Caballero.

—Se les entrega á los tribunales, si tratan de ser insolentes, añadió en voz baja; pero hay tambien nombres respetables y que no es propio de mí deshonrar.

M. de Saint-Marc se inclinó sonriéndose con amargura, y volviéndose á mi añadió:

—Pero ahora me acuerdo que este caballero me ha escrito pidiéndome cuentas de uua mision que me encargó.

M. de Saint-Marc me dirigia sin duda aquella provocacion para rehabilitarse á los ojos de los circunstantes de la triste figura que estaba haciendo desde que habia hablado Duhamel.

—Y en verdad, respondí yo, parece que mi presencia ha sido necesaria para recordárselo á Vd. y que si no nos hubiésemos encontrado cara á cara,

nunca hubiera yo logrado la esplicacion que le habia pedido.

— Y acaso cuando sepa Vd. lo que es el señor, no querrá tampoco pedirselo, dijo Duhamel.

— Caballero...

-- En fin, no es este el parage en que se puedan dar esas esplicaciones, y haremos bien en dejar que el señor comisario se dedique á ocupaciones mas importantes.

Salimos, pues, del despacho de M. Bonnissens, y á la puerta encontré un coche de alquiler en que Guillotin habia hecho subir á M. Bonsenne.



XXXI.

Guillotín me esperaba, porque no se atrevía á llevar al desgraciado M. Bon enne á su casa en el estado en que se encontraba; sin que alguien preparase antes á su familia.

Naturalmente era yo el que debía encargarme de aquella triste función, pero al mismo tiempo deseaba no separarme del conde de Saint-Marc, sin haberme explicado con él. Dijele pues:

--La ocasión es favorable. Esta mañana misma tengo una cita con M. de Pavia, y como á él es á quien se han dicho las expresiones de que me quejo, si Vd. quiere acompañarme...

--¿Pues ignora Vd., contestó, que desde ayer se ha fugado M. de Pavia, que madama de Saint-Marc está presa, y que hay contra ellos las mas terribles sospechas?

=Y ¿por qué? pregunté admirado de un suceso tan repentino.

=¡Oh! respondió M. de Saint-Marc con una sonrisa burlona, no es negocio en que Vd. puede estar mezclado. Parece que se trata de una conspiración política.

=¡Ola! dijo Olivier; ¿y Vd. no tiene parte ninguna en ella?

=¡Yo! exclamó M. de Saint-Marc. Yo no conspiro.

--Lo creo... pero sabe Vd. inventar conspiraciones. Es muy buen oficio.

Temí que este insulto dirigiese contra Olivier el resentimiento de M. de Saint-Marc, á quien yo quería corregir por mi propia mano y por lo mismo le dije:

--Dejemos á M. de Pavia, y dígame usted donde podré verle.

--En mi casa dentro de dos horas, respondió él; doy á Vd. mi palabra.

A estas últimas frases acompañaba un gesto amenazador.

--En ese caso, permítame Vd. que le espere en su habitación, me dijo Olivier, en tanto que Vd. lleva á la suya á M. Bonsenne, pues bien conoce que no puedo acompañarle.

--Pero ¿cómo ha sabido Vd., le pregunté, que estaba yo en casa del comisario?

--Ya se lo diré á Vd..., pero tengo cosas mas

importantes que comunicarle, y acaso M. de Saint-Marc me agradecerá que le acompañe á Vd. á su casa, despues que háyamos hablado nósotros.

--Pues espero á entrambos; dijo M. de Saint-Marc.

--¡Miserable! exclamó Olivier luego que se separó. Estoy seguro de que todavia medita alguna infamia; pero no tema Vd. nada, Miguel, y no me haga esperar demasiado.

Hablando asi llegamos á casa de M. Bonsenne, y yo subí delante en tanto que Guillotin le conducia con mas lentitud. Mad. Bonsenne salió á abrir y me preguntó:

--¿Y mi marido?

--Ha sabido una mala noticia, contesté yo, y la impresion que le ha producido por la manera con que se le han dado, le ha puesto en un estado de desesperacion de que es preciso que Vd. no se asuste.

--Pero ¿qué noticia?

--Una triste, muy triste, pero que tanto para él como para Vd. debe serlo menos por la fatal situacion en que se hallaba su hijo.

--Victor! exclamó asustada.

--Vamos, tranquilícese Vd., dije yo.

Madama Bonsenne me dejó antes que yo dijese mas, y corrió hácia la sala gritando.

--Alicia! Caristia!

Al punto entraron Alicia y Mad. Deslaurieres, y corriendo á esta Mad. Bonsenne, la dijo:

--Ah! Por eso llorabas tú; por eso no has querido hablarme y has ido á buscar á Alicia.

Madama Deslaurieres quiso estrechar en sus brazos á Mad. Bonsenne, mas esta la rechazó con un gesto convulsivo y diciendo:

--No, no; tú, Caristia, y tú tambien, Alicia, y su padre y todos le habeis matado.

En aquel momento entro M. Bonsenne, en cuyo rostro estaba pintada una espresion de imbecilidad, mas terrible á la vista que las mas espantosas señales de desesperacion.

--Vamos, dijo á su muger con la risa y el tono de un tono de comedia; ya sabes la noticia, amiga mia; nuestro hijo ha muerto.

No es imposible que yo pueda explicar el horror que inspiraba aquella especie de demencia ó mas bien de atontamiento. Causaba lástima y miedo, pero mas bien con respecto á los que rodeaban al paciente, que á él mismo, porque era, por decirlo así, una locura tan dura y brutal, que no podia uno pensar en el inmenso dolor que la habia producido, sino en el que ocasionaba en aquel momento.

Las tres desdichadas mugeres retrocedieron al ver á M. Bonsenne. Su muger olvidando casi el dolor de madre, corrió á él y quiso hablarle; mas él soltó una risa estúpida y exclamó:

--¡Y cómo ha de ser! Se ha muerto.

Vió á Caristia y la dijo en el mismo tono de risa:

—¡Pobre muchacho!.... eh.... eh.... mejor hubiera hecho en casarse contigo.

Y volviéndose á su hija, añadió:

—Pero eso no nos ha de quitar que se hagan las cosas de la casa, ¿verdad, Alicia? Vamos, vamos; vosotras á bordar, que yo me voy á mi despacho.

Todo esto lo decia con el mismo tono estúpido y tranquilo; los demas le mirábamos con una ansiedad cruel, y percibiéndome á mi, me dijo:

—Ah! Voy á escribir á tu padre, y le diré que nuestras cuentas están saldadas. Mira tú, en otro tiempo prestó á mi hijo diez mil francos y acaso dió lugar á que se hiciese un tunante y un pillo; yo te los he dado á tí, que te aprovechan como á Victor.

No puedo espresar el terror que me causaron estas últimas palabras, pero creo mas difícil todavía pintar aquel estado de locura que en realidad no se hallaba en las palabras que decia, sino en la expresion con que las pronunciaba. Suponiendo que hubiese hablado á su muger en tono triste y desesperado, que me hubiese recordado con pesar la condescendencia de mi padre con Victor, y la parte que habia tenido en su opinion, aquella condescendencia en la suerte de su hijo, que me hubiese arrojado como una maldicion el deseo de que el mismo beneficio produjese iguales resultados hubieran sido cosas que cualquiera hombre, arrebatado por el dolor hubiera dicho en su lugar, pero aquella jovial estupidez tenia un no sé qué de feroz y bestial que

incomodaba, por mas razones que se buscasen para explicarla. No sé si trato en este momento de disculparme por no haber respetado su desgracia, pero no pude aceptar para mi padre la responsabilidad que se le queria dar en la pérdida de Victor, segun las últimas palabras de M. Bonsenne y respondí:

— La desgracia de Victor no ha provenido de haber encontrado un amigo indulgente, sino de haber tenido un padre implacable.

No habia terminado todavia estas palabras, cuando M. Bonsenne fijó en mi una terrible mirada y dijo:

— Todavía!... todavía!...

Dió algunos pasos atras como quien toma terreno para arrojarle sobre su enemigo, y empezó á gritar:

— Todavía!... siempre lo mismo!... Pero esta vez te conozco... no eres ya un fantasma que no puede cogerse. Ah! no; eras tú, Miguel, el que venia á mortificarme en mis sueños... pues toma

Cogió una silla y se dirigió á mí, mas Alicia se puso delante de él y le detuvo.

— Padre mio! exclamó; ¿no vé Vd. que es siempre la misma ilusion?

--No, no, contestó su padre luchando con ella; quiero librarme de ese encarnizado enemigo, ya que una vez se ha presentado á mi con su verdadera forma.

En tanto que Alicia contenia á su padre con mucho trabajo, Mad. Bonsenne me hizo entrar en

la sala, a donde me siguió Mad. Deslaurieres.

--Está loco, enteramente loco; dije yo.

--Ah! exclamó Caristia. Segun parece, hace mucho tiempo que el remordimiento de su dureza con respecto á Victor ha alterado su razon. Pero no es una locura como las que Vd. ha podido ver hasta ahora, sino que tiene sus períodos diarios y sumamente regulares; y ahora sus palabras de Vd le han trastornado porque le han hecho la misma reconvenccion que le hace sin cesar su conciencia, en sus terribles sueños.

No tuve, como es fácil suponer, tiempo para pedir á Mad. Deslaurieres que se esplicase de lo que acababa de decir; ademas, ella misma me impidió hacerlo preguntándome cual habia sido la causa de mi arresto; yo se la dije, y la referí todo lo que habia pasado, indicándola los temores que habia tenido, como por otros que debian ser relativos á una tal Justina.

==Creo que he de saber de que se trata; entréguemelos Vd., que entre mis manos estarán seguros.

No sabia yo cuál podia ser el resultado de mi conferencia con Olivier, y tenia motivos para creer que M. de Saint-Marc era hombre capaz de andar tras de aquellos papeles y procurar cojerlos mientras estuvieren en mi poder; asi no dudé entregarlos á Mad. Deslaurieres, despues de haber hecho que me prometiese que no diria una palabra de ellos, y traté de ir á buscar á Olivier.

M. Bonsenne se habia tranquilizado algo desde que yo habia desaparecido, y como no podia salir de la sala sin pasar por delante de él, queria su hija llevarle á su despacho, mas él decia:

—No, no; no es como otras veces un sueño, una ilusion.. era él, si, era Miguel, y apuesto á que está ahí.

Segun supe luego por Mad. Deslaurieres, la locura de M. Bonsenne tenia una cosa de estraño, que someto á la investigacion de los sábios. Por una potencia de espíritu inconcebible, ó por una fuerza de hábito no menos estraña, M. Bonsenne habia llegado á un estado muy singular, á saber, que no admitia ciertas ideas sino á hora determinadas, como si les tuviese señalados sus momentos de audiencia. Asi es que cierto número de horas del dia las dedicaba á sus negocios y cerraba las puertas de su imaginacion á cualesquiera otros recuerdos, como hubiera cerrado las de su casa á los importunos, mas no alejaba de si aquellas ideas tanto por lo que tenia de desagradable para él, cuanto porque no viniesen á perturbarle y distraer su atencion de los negocios en que tenia que ocuparse.

Pasadas las horas de los negocios, venian las demas ocupaciones y el pesar y la alegria tenian sus horas determinadas.

Asi cuando se verificó el casamiento de Caristia, se mostró tan severo para con Victor, no pudo tomar la resolucion de ser inflexible con su hijo, sin com-

batir mucho consigo mismo. Pero en virtud de aquella facultad de su espíritu de que he hablado, reservaba esta discusión para la hora mas avanzada de la noche en que se quedaba solo. De esta manera llegó á formar tal costumbre, que cada noche dedicaba un tiempo determinado á meditar sobre la conducta que debia observar con respecto á Victor, y cuando recibia, ya por escrito, ya de viva voz, alguna noticia relativa á su hijo, reservaba el pensar en ella para la hora acostumbrada, y material ó moralmente metia, por decirlo así, la noticia en el bolsillo para sacarla en el momento que quisiera.

Habia resultado de aqui lo que sucede á las personas que se entregan á la contemplacion á horas determinadas, que llegan a oir y ver cosas desconocidas.

Del mismo modo M. Bonsenne, despues de haberse impuesto la obligacion de no ocuparse de Victor sino á una hora determinada, habia concluido por pensar en él á aquella hora, aun contra su voluntad. Todos los recuerdos de lo pasado, todos los sucesos del momento parece que se reunian en aquel tiempo fijo, y la imágen de su hijo ocupaba toda aquella hora, sin que la voluntad que habia hecho venir, pudiera hacer que se alejase.

Llegó, en fin, el momento en que Victor, perdido, lleno de deudas y de vicios, é impelido por una mano cuya huella fatal encontraba yo en todas partes, falsificó billetes de Banco. La terrible nueva

de aquel crimen fué el primer golpe que hizo sentir á M. Bonsenne aquellas terribles apariciones que le echaban en cara su dureza y abandono, y desde entonces todas las noches á la misma hora, veia ciertas figuras espantosas, ciertos fantasmas lamentables, de las cuales unas se le reian al oido de su supuesta prudencia y virtud, y otros le reconvenian atrozmente la bárbara inflexibilidad de su conducta.

Llegado á aquella especie de locura, por decirlo asi, regular, quiso librarse de ella, pero ya le fué imposible; á la hora acostumbrada, aunque estuviese en el teatro, en sociedad, en cualquiera parte, se le aparecian aquellas figuras, y una de ellas segun su espresion, le tocaba en el hombro, y le advertia que era de comparecer ante aquel'a especie de tribunal. M. Bonsenne, hombre de talento y de una rara energía, no encontraba mas remedio que retirarse á toda prisa y entregarse á aquellas visiones que le atormentaban.

Resistió por mucho tiempo, pero viendo que todo era inútil se dejó arrastrar por aquella estraña locura, y llegó hasta el punto de escribir todas las estravagantes escenas que creia presenciar.

No hubiera explicado esta cruel enfermedad con tantos pormenores, sino me hubiese parecido que salia de la categoria de las locuras comunes, y si por otra parte no hubiera presenciado yo mismo por mucho tiempo aquella enagenacion mental periódica de monsieur Bonsenne, cuya razon permanecia fir-

me y despejada sobre los demas asuntos y en las demas horas.

Habia sucedido, pues, que herido de improviso por la noticia de la muerte de su hijo, el estado horrible en que diariamente caia durante aquellas horas de demencia se habia manifestado á otra que á la que acostumbraba, y era natural, que habiéndole hecho materialmente la reconvencion que en su mente le dirigian aquellas voces fantásticas que creia percibir, se apoderase de él un furor aun más grande que el que aquellas voces interiores le causaban; pero pasada la primera impresion, volvió á entrar M. Bonsenne, por decirlo asi, en sus hábitos de razon y de locura, dando á cada uno su tiempo acostumbrado.

He dado tantas esplicaciones á los que lean esta narracion, porque para entenderlo bien era preciso que refiriese, tal como pasó, la escena del comisario de policia, y sino hubiese explicado bastantemente el secreto de aquella escena extraordinaria, se hubiera podido poner en duda la completa demencia de monsieur Bonsenne al encontrarle el dia siguiente tal como se habia presentado hasta ahora; es decir, un hombre firme, absoluto, y con respecto al cual me parece que deberia cambiarse la comparacion que se hace de *duro como el hierro*, en la de *duro como el yelo*; porque cuando se queria poner la mano en sus resoluciones, no solamente se las encontraba duras sino frias. Vuelvo á mi historia.

Había entregado á Mad. Deslaurierès su correspondencia y los papeles relativos á Justina, y la pregunté:

--¿Dónde nos veremos?

—Aquí, me respondió; ahora vengo todos los días.

—Está bien, contesté.

—Y en todo caso, añadió, si tuviese que hablar á Vd. le escribiría dos líneas.

Tenia yo prisa de irme, y esperaba que Alicia pudiera sacar á su padre de la antesala. Al fin vi que se levantaba y decía:

—Te digo que está ahí... sí, esta ahí, y repito que deseo que el dinero que le he restituido le aproveche tanto como el de su padre aprovechó á mi hijo.

Alicia le habló en voz baja llevándole hácia su despacho, y él continuó:

—Dices que es un sueño muy cruel... No te dé cuidado, que la mitad está ya cumplido... ama á Caristia, y Caristia le perderá... ó él la matará.

—¡Padre mio! decía Alicia procurando interrumpirle, pero continuaba:

—Si, la ama; yo conozco que la ama. Acaso él no lo piensá, ni lo quiere... acaso aparenta que la desprecia... no importa... la quiere, y ella...

—¡Padre mio! Venga Vd conmigo, exclamaba Alicia.

—Y ella le quiere tambien, lo sé, proseguia M.

Bonsenne, y será su perdicion. Le quiere y la costará la vida... oh! si, la costará la vida; repitió con un acento de triunfo, y se marchó á su despacho riéndose á carcajadas.

Madama Deslaurieres y yo nos quedamos inmóviles, y yo la miré en el momento mismo en que ella me miraba... Bajó los ojos y se turbó de tal modo, que tuvo que apoyarse en mi brazo para no caer. Yo no estaba menos turbado que ella; la cogí la mano, y se la apreté, mas ella dijo separándose de mi:

—No, no...

Y levantando las manos hácia el cielo con un movimiento desesperado, exclamó:

—¡Dios mio! No permitáis que tal cosa suceda.

Cayó sin fuerzas en un sofá y empezó á derramar copiosas lágrimas. En aquel momento se presentó en la puerta de la sala Alicia, que acababa de dejar á su padre encerrado en el despacho. Me miró y despues de haberme indicado con una seña que la salida estaba libre se acercó á Caristia, y la dijo en voz baja:

—¡Pobrecita!

Salí de allí, llevando el corazon y la cabeza trastornados con lo que acababa de ver y oír. Al fin llegué á mi casa, y encontré á Olivier ocupado en escribir algunas cartas que esperaba Guillotin en la antesala.

—Perdone Vd. me dijo, que me haya tomado la libertad de escribir mis cartas en su casa...

Cerró y selló dos ó tres, y las entregó á Guillotin á quien dió algunas instrucciones en voz baja, diciéndole en seguida:

==Dese Vd. prisa, que todavía estaré aquí cuando vuelva.

Observé que Duhamel estaba muy distraído. Cuando hubo acabado sus operaciones, miró un momento al rededor, y lanzó un profundo suspiro.

--Amigo mio, me dijo, Vd. se halla justamente á la altura en que se encuentra en el mundo la felicidad.

--O en que no se encuentra, respondi, porque yo estoy muy lejos de ser feliz.

Duhamel (y continuó llamándole así, porque todavía ignoraba su verdadero nombre) me miró con asombro, y replicó:

--Acaso tenga Vd. razon; pero entonces la felicidad no se encuentra en ninguna parte, pues sé por esperiencia que no se halla ni más arriba, ni más abajo.

--Asi lo creo, contesté; me parece que la felicidad no corresponde á las clases sino á los individuos.

--Es cierto, y es muy triste tener que venir á parar á la vulgarísima verdad de que el artesano que sabe limitar sus deseos á los dos francos que gana cada dia, es más feliz que el emperador á quien no bastan el poder y la inmensidad de su imperio. Ah! Es indudable que la educacion moral es el princi-

pio real y sólido de toda felicidad, no las comodidades materiales. No he querido creerlo y he sido bien loco.

Se entregó un momento á la reflexion, y no sé por que sentimiento de respeto instintivo, no me atrevi á turbár su meditacion; hacia algunas horas que aquel jóven cuya dignidad me habia parecido siempre muy notable, habia adquirido á mis ojos una singular autoridad.

Despues de haber pasado diez años, seria muy necio que quisiese afectar independenciam y altivez, diciendo que el modo con que Olivier habia hablado al comisario de policia y la humilde obediencia que este habia mostrado, no tenian gran parte en el respeto que me inspiraba; pero es un hecho que habia en su fisonomia, en su persona, y en el acento triste y solemne de su voz un poder que imponia respeto. Sin saber yo la historia de Olivier, ni la determinacion que habia tomado con respecto á sí mismo, sentia en su presencia aquel grave temor que se apodera de uno á la vista de una gran desgracia y de un destino decidido. Salió de repente de su meditacion y exclamó agitado:

--Todo eso no es mas que ilusion, y el hombre mas firme, el que sabe reducir á lo mas mínimo las necesidades materiales de la vida, falta á su propia regla por otros lados. Pretenderá encontrar en el amor, en la amistad, en la gloria, satisfacciones, que ni la gloria, ni la amistad, ni el amor podrán

proporcionarle, y fuerte y poderoso contra la pobreza material, no labra serlo contra la pobreza moral de los corazones á que se dirigia.

Despues que haya dado mucho, no habrá recibido nada, y á pesar de su estoicismo con relacion á la riqueza, no será menos desgraciado que los demas, aunque lo sea de otra manera. Vea Vd. continuó con una triste exaltacion; al fin, es necesario volver á esas virtudes vulgares que el mundo proclama hace siglos. Mientras arde en el corazon el volcan de la juventud, se va levantando penosamente la espesa corteza del mundo moral para darle otros aspectos, pero todo eso no conduce sino á algunas tentaciones insensatas que devoran y destruyen cuantos sentimientos se acercan á nosotros, como la lava ardiente del volcan que se proporciona una salida, destruye algunas miserables aldeas, edificadas á sus lados, pero nada cambia en su fondo; el género humano conserva sus opiniones, como la tierra su aspecto, y el mas prudente es el que sabe someterse á ellas con resignacion.

Yo escuchaba á Olivier y no tenia ningun deseo de interrumpirle, porque si he de decir la verdad, mas bien reflexionaba en voz alta que no me dirigia la palabra. Volvió á quedarse otra vez en meditacion pero al punto se manifestó su pensamiento por otra esplosion repentina.

—A menos, exclamó, que la verdadera felicidad del hombre esté en ese insaciable deseo, siempre

ardiente que nos lleva de un dia en otro dia, de esperanza en esperanza hasta llegar al sepulcro, á donde llevamos todavia la insaciable necesidad de ser mas de lo que hemos sido. Asi, despues de haber soñado durante la vida la gloria, el poder y el amor, imaginamos despues de la muerte el cielo y la inmortalidad.

Suspendió un momento sus reflexiones y despues prosiguió con una amarga espresion de despecho:

== ¡Dios mio! ¿Será tambien eso un engaño?

Se pasó la mano por la frente se agitó de un modo visible, y murmuró entre dientes:

— «No tardaré en saberlo.»

Estas últimas palabras me esplicaron aquella profunda gravedad, y si puedo espresarme así, aquella fria desesperacion con que Olivier hablaba de ese modo delante de mi.

== ¡Cómo! exclamé con viveza mirándole atentamente. ¿Piensa Vd. acaso en la muerte?

== Preciso es que piense en ella, me respondió sonriéndose, puesto que ella ha pensado en mi.

-- ¿Está Vd. loco?

-- Olivier me señaló á su corazon y respondió:

-- Me ha herido aqui.

-- Esa es una demencia, repliqué.

-- Oh! no; estoy muy seguro. No se engañe Vd. con las apariencias de una vida que sostendré con la cabeza erguida, si puedo, mientras no me abandone completamente; pero no es solamente el espí-

ritu, sino que el cuerpo está tambien perdido. No estoy muerto todavia, pero me han muerto.

Esta respuesta me causó miedo. Olivier lo notó, y por decirlo asi, me respondió antes que yo hablase diciéndome:

--No tema Vd. mi suicidio, Miguel, no le necesito. Lo que sí necesito es un amigo, á quien pueda confiar la última voluntad de un moribundo; ¿quiere Vd. ser ese amigo?

Habia tal conviccion y tanto ánimo en el modo de hablar de Olivier, que no creí que debia entrar en discusion con él acerca de lo que pensaba de sí mismo; y sin aceptar el triste presentimiento que me espresaba con tanta calma, le alargué la mano y le dije:

--Sí; seré su amigo, como Vd. quiera, y como el cielo disponga.

--Es decir, que yo muera ó que yo viva, replicó Olivier. Pues bien, como Vd. ha dicho Dios decidirá lo que ha de ser; pero á la prudencia humana toca tomar sus precauciones, en la incertidumbre de ese porvenir que Dios nos tiene oculto, y por eso ruego á Vd. que me escuche.

Entonces Olivier empezó á hablarme asi:

—Toda mi historia, todo el misterio de mi soledad está en mi nombre, me llamo Olivier de Barbazan.

—Cómo! exclamé. ¿Es Vd. el hijo del conde de Barbazan, que servia en la India, y que...

—Continúe Vd., dijo tristemente Olivier. Que vendió á su bienhechor, y que rechazado por el mundo entero ha tratado en vano de recobrar la consideracion en cambio de las inmensas riquezas que trajo de la India.

Yo no respondi; Olivier se mantuvo un momento en silencio, y despues continuó:

=Ahora que sabe Vd. mi nombre debe comprender cómo soy dueño de los secretos de todos cuantos le rodean. La historia dirá qué parte tuvo mi padre en los sucesos de 1814, y cómo pesó con todo su oro en la conducta de M. de Belnunce en el congreso de Chatillon... Cómo dirigió en 1815 los acontecimientos del Mediodia de la Francia, siendo su principal agente ese Bonnissens, de cuyos manos acabo de sacar á Vd., y esto le esplicará tambien cómo sé lo que es M. de Saint-Marc.

Entre los papeles de mi padre he hallado noticias que espantarian al mundo si las publicase. ¡Qué libro tan abominable, amigo mio, serian las memorias del jefe supremo de una policia oculta y religiosa! Tambien debe Vd. saber cómo el hijo del conde de Barbazan abandonó á su padre, despues de haber sido insultado públicamente por el nombre que llevaba, y ¿sabe Vd. cómo?

Se detuvo otra vez y continuó:

=Pero basta sobre este punto, vamos á lo que en realidad es mio personalmente. Mas ¿para qué he de referir á Vd. tampoco mis propias aventuras?

—Deseo saberlas para querer á Vd. mas, dije yo.
 —Para mejor echarme de menos; respondió sonriéndose.

Quise interrumpirle, pero no me lo permitió diciéndome:

—No discutamos sobre ese punto. Tengo la muerte aqui (señalando al corazon); lo sé, lo conozco... y ¿no adivina Vd. qué es lo que me hace morir? Creí haber encontrado un corazon que me perdonase mi nombre, en consideracion á los esfuerzos que hacia para adquirir uno honroso y que no correspondiese sino á mi. Era la hija de un hombre honrado, aunque pobre, mas el padre no quiso comprenderme.

En vano le prometí que Olivier Duhamel seria un hombre honrado; se obstinó en no ver en mi sino el hijo del conde de Barbazan. En fin, llegó un dia en que decidí á Teresa á que me siguiese á Panj. Mi padre habia muerto y yo no habia recibido de su inmensa herencia sino las alhajas que fueron de mi madre, y de este modo de despreciar la sucesion de mi padre fué el mayor ultraje que pudo hacer á su memoria. ¿Qué quiere Vd? A mi no me parecia asi; juzgaba que recibir su herencia despues de haber hecho que muriese de la desesperacion que le causó mi abandono, hubiera sido deshonrarme, y preferí derramar el insulto sobre la tumba paterna. Ahora que el prisma se ha quebrado, que la esperiencia me ha mostrado la vaciedad de esas falsas

virtudes, que lo sacrifican todo á su propio orgullo, aparezco mas despreciable á mis propios ojos por mi conducta con respecto á mi padre, que él pudo serlo por su ingratitud respecto al soberano cuya causa abandonó.

Mas ¿para qué sirven estos arrepentimientos inútiles que nada pueden remediar y que por lo regular solo los siente el hombre cuando ya no puede hacer nada?

Ahora, Miguel, ¿quiere Vd. que para satisfacer su curiosidad le refiera el desenlace de esta historia?

Habia comprendido mal el corazon de Teresa y equivocadamente habia supuesto en él la misma exaltacion que en el mio. Me habia imaginado que se satisfaria con la esperanza, aunque algo remota todavia, de nuestro casamiento; esta esperanza bastaba para mí y creí que debia bastar para ella; mas olvidaba que mis trabajos eran distracciones para mí y que los suyos la fastidiaban. Me suponía fuerte, porque no me parecia largo un tiempo que ocupaba con perseverancia en estudios que me agradaban, y me ocurría que la dejaba sola con sus pensamientos y deseos, que no encontraban otro alimento que el ansia de esperar la edad en que pudiéramos ser dueños de nosotros mismos. La habia hecho que cometiese la falta mas atroz, y me creía virtuoso porque la respetaba en medio de la vergüenza y soledad en que la habia sumido.

La disculpo, es verdad, y acaso Vd. me tiene por débil, pero no soy sino justo. Los hombres de escepcion (y me hallo bastante próximo á mi fin para poderme gloriarse ó acusar de uno de ellos), creen que todos los demas se les parecen, y cometen un error. Yo me decia á mi mismo: «He robado una hija á su padre, es cierto, pero se acercará pura al altar á que la conduciré. Si algunos burlones dudasen de esa virtud, tanto tiempo conservada, estaré yo persuadido de ella, y me bastará. Ah! Demasiado sé cuánto cuesta el tener que avergonzarse de las personas cuyos afectos debian ser sagrados para nosotros, para no desear que la que ha de llevar mi nombre sea intachable á mis propios ojos, y en caso de necesidad, testigos habrá que justificarán el respeto constante con que la he tratado, y la castidad que ha conservado; y haré tanto, que la falta misma que la he obligado á cometer, sirva de pedestal á su virtud.»

Sueños insensatos, estúpidas vanidades, mi querido Miguel, pequeñeses odiosas inventadas para cubrir una falta. Aun cuando hubiese logrado lo que pensaba, no hubiera sido inocente á los ojos de todos y habria pasado por ridículo en el concepto de los mas.

Detúvose Olivier un momento y prosiguió:

—Ya ve Vd., amigo mio, que yo pleiteo, hablo, dogmatizo, y no le digo lo que Vd. desea saber, pero es porque á pesar mio la herida vierte sangre toda-

via y tengo miedo de tocar á ella, es porque, decidido á morir, no puedo mirar sin espanto la mano que me empuja al sepulcro. Sin embargo, es necesario hacerlo, porque ya es tiempo de que acabe mi confianza.

Hizo Duhamel una larga aspiracion, como si quisiera tomar á un tiempo aliento y ánimo, y continuó en tono triste y descontento:

—Ya sabe Vd. como vivia, mas ignoraba completamente que M. Victor Bonsenne habitase en la casa que caia enfrente de las ventanas de Teresa. Y á la verdad importa poco que fuese él ú otro, porque yo no hubiera hecho caso ninguno. Como llegó á fijar las miradas de Teresa.... lo ignoro.... ó mas bien él mismo me lo ha dicho con aquel cinismo que deshonra al mismo crimen.

Sí, el dia que le encontré, el dia que á fuerza de cuidado y perseverancia, pude descubrir su morada, le interrogué: «No me pregunte Vd. eso, me dijo. Si Vd. me mata, como es probable, ¿para qué quiere saber cómo le han engañado? No, no.» Yo insistí, le acusé de violencia, le acusé de amenazas, y le dije que habria tenido que valerse de medios infames para perder á aquel ángel á quien amaba.

Se encogió de hombros y me respondió brutalmente: «No crea Vd. que me alabo mucho de ello, no. No era cosa difícil, y el primero que lo hubiera intentado lo habria conseguido como yo.» En medio de mi cólera, me escedí hasta el punto de inju-

riar á aquel hombre que acababa de prometerme que arriesgaría su vida contra la mia; me miró, permaneció largo rato en silencio, y al fin me dijo: «Si no estuviese Vd. herido en el corazon se lo diria.... Si tuviese Vd. fuerza para vivir se lo confesaria todo: pero ¿para qué he de hacer á Vd. sufrir cuando el dolor no puede ser remediado? Es inútil.» Le insté, le amenacé, le conjuré, hasta que al fin me hizo seña para que me sentase y colocándose enfrente de mí, me alargó la mano y me dijo: «Pronto nos veremos allá arriba. Vd. me matará y morirá de desesperacion. Mejor para Vd.; asi podemos hablar francamente.»

Me estuvo mirando todavia un instante, y aquel hombre de maneras tan brutales y casi feroces, casi se enterneció un momento.

«Vd. se admira de que yo le mire asi, me dijo. Pues es porque siento un triste placer en verle, porque me recuerda lo que yo era hace diez años. Yo he sido lo que Vd. es; he estado enamorado, loco, he tenido confianza, he amado como Vd. á una muger, por la cual abandoné á mi padre y me hice soldado. Era un ángel de pureza, de gracia, de talento y de virtud; quise casarme con ella, y mi padre me prohibió; quise robarla, como Vd. robó á su Teresa, y aquella muger tuvo un valor sublime; antes de confiarme su vida me escribió lo que habia sido.

Robada cuando niña y criada en la mendicidad y el vicio, me refirió todo lo que la mendicidad y el

vicio le habian enseñado; y habiendo salido de aquel abismo por medio de mi padre y elevada sobre todas aquellas miserias por un esfuerzo extraordinario de valor, tuvo la nobleza de decirme: ¿Me quiere usted así?

Al pronunciar estas palabras dió Víctor una patada en el suelo y se retorció las manos. «Pues bien, continuó, fui bastante vil para decirla: No quiero. ¡Miserable é infame! Ahora aquella muger ha ido cayendo de falta en falta hasta el último grado de descrédito. Y ¿para qué la hubiera servido la virtud? En cuanto á mi, vea Vd. á qué estado me ha conducido mi primer crimen y mi primer engaño. ¿Quién sabe á dónde podria conducir á Vd. lo que voy á decirle, si pudiese soportarlo sin morir? Pero en fin, ¿quiere Vd. saberlo? Pues sépalo.»

«Vi á Teresa por entre sus ventanas, y me pareció bastante linda, me informé de quién era, me dijeron la vida que Vd. le hacia pasar, me rei de ello y me propuse divertirme desbaratando sus proyectos. Hubo un momento en que me pareció que seria una empresa digna de Hércules, segun los certificados de virtud que obtuve de la vecindad, pero nada de eso; todo aquello no era mas que murallas de naipes que debian caer al primer soplo.

«Hice la guerra con los ojos, y luego envié billetitos amorosos, en los cuales al principio solo hablé de mi pasion, mas despues hablé ya de placeres y de fatisdio que debia experimentar. Era necesario

decidirla á que saliese de casa, y una tarde la escribí que si no bajaba á la calle donde la estaba esperando en un coche de alquiler, le mataria á Vd. y enseguida me mataria á mi mismo. A la hora indicada se hallaba en el coche, pidiéndome la vida de su futuro esposo, que yo concedí á la novia del señor conde de Barbazan.» ¡Qué horror! exclamé yo. ¿Y ella le dijo á Vd. mi nombre? Me lo dijo mas adelante, contestó Victor. Cuando empezó á fastidiarme, la incité á que hablara y me lo dijo todo; confieso que al saber quien Vd. era y lo que habia hecho por ella, tuve un instante de remordimiento, y bien se acordará del dia que le encontré en el Estaminet. Aquel dia me hubiera dejado dar de bofetadas mas bien que batirme con Vd. Ahora, ya es preciso que muera... y á la verdad, vale mas morir por mano de un hombre de honor que por la de..... no sé quien.

Yo estaba confundido; Victor se levantó, é inspirado por un recuerdo de su juventud, que debió ser generoso, exclamó: «Vea Vd. M. de Barbazan, ambos moriremos, yo convertido en el pillo mas despreciable, y Vd. honrado todavia, ambos por no haber tenido ánimo bastante para despreciar las hablillas de las gentes, yo por no haber comprendido que habia mas virtud en Caristia que en las mas inocentes, Vd. por no haber conocido que el valor consistia en combatir con su propio nombre.

Ambos hemos arrastrado á una muger en nues-

tra caída; yo á la que mi abandono precipitó en el desórden, Vd. á la que privó de su protector natural, que probablemente la hubiera librado de Vd. y de mi. Los dos moriremos, Vd. del mal que yo le he causado, yo de la bala que Vd. me introducirá en el cuerpo. Será justicia para uno y para otro. Adios, hasta mañana.»

Vea Vd., continuó Olivier, como oi contar aquella seducción para la cual me habia figurado que habian sido necesarias las astucias de Lovelase, las perfidias de Richelieu, las infernales tramas de Sata-nás... algunas miradas, unos billetes, y una cita... Oh! exclamó con despecho; haber uno entregado su alma, su vida, haber imaginado la gloria, la virtud... para esto! No cree Vd. que es suficiente para morir? ¿Vale la pena de vivir para empezar otra vez...?

—Pero todas las mugeres no son.. dije yo interrumpiéndole.

—Basta, replicó Olivier. He acabado lo relativo á mi, y ruego á Vd. que no hablemos mas de ello. Volvamos ahora á Vd. Al leer los papeles que mi padre dejó, encontré en ellos la historia de M. Meylan. Se acordará Vd. de que cuando vine á verle, me admiré de oir nombrar á M. Faurente, hice entonces que Bonnissens me informase de las relaciones que Vd. podia tener con él y supe por qué singular casualidad se hallaba Vd. en contacto con

todas las personas á quien hacen referencia las noticias recogidas por mi padre.

Entonces resolví entregárselos á Vd. persuadido de que le servirían para evitar escándalos, y no para escitarlos nuevos, y lo habia dejado en mi casa con un sobre para Vd. pues no creia que Victor, deseoso de morir, me dejase á mi la vida. Esta mañana he venido para confiarlos á Vd.; no le he encontrado, é iba á preguntar á casa de M. Bonsenne, cuando al pasar por junto á un grupo bastante numeroso reunido delante de la puerta de su casa de Vd., oí hablar de prisiones hechas en ella. Una señora que trataba de entrar preguntó con interés á los que hablaban de crimen, y la respondieron que acababan de prender á una jóven que se llamaba Mad. de Saint-Marc, en cuya casa habian creído sorprender al marqués de Pavia. Despues dijeron tambien que á Vd. le habian preso igualmente en una casa de la calle Richer, y que se hallaba aun en la del comisario de policia.

Al oir tal noticia, perdió el color aquella señora, y empezó á temblar; lo noté, y aun percibi que decia en voz baja: «¡Dios mio Dios mio! Estoy perdida.» Aunque no la conocia, ni sabia que relaciones podia tener con Vd., me dió compasion y la dije: «Nada tema Vd., señora; si como acabo de oir aqui, M. Meylan está en casa de Monsieur Bonnisens, respondo á Vd. de su libertad.»

Entonces fui á casa de ese miserable, que al principio no me conoció, como Vd. ha visto pero por las razones que he manifestado á Vd. estaba seguro de que haria lo que yo le mandase.

—Pues ahora, dije yo á Olivier, es preciso que vayamos á casa de M. de Saint-Marc, y que acabe de arreglar mis cuentas con él...

—Comprometerse Vd. en un desafio con ese pillo, contestó Barbazan, seria una locura. Vamos á su casa, pero antes es preciso que deje Vd. esos papeles en parage seguro.

—Bien; pues de camino que vamos á casa de M. de Saint-Marc, subiré un momento á la de M. de Bonsenne, y los entregaré á una persona en cuyas manos no creo que puedan suponerlos, y á la cual he entregado ya los que he hallado en casa de Victor Bonsenne.

—Y ¿qué persona es esa?

—Mad. Deslaurieres.

—¿La hija de Mad. de Belunce y de M. de Favreuse?

—La misma.

—Pero la carta dirigida á M. de Favreuse le dará á conocer el secreto de su nacimiento.

—Ya le sabe.

—¿Y M. de Favreuse, á quien está dirigida la carta?

—Lo ignora todavia, y no puedo comprender con qué objeto me ha hecho ciertas confianzas muy es-

traordinarias, ni como despues de haberme las hecho ha salido de Paris.

—Ya lo sabrá Vd. despues. Ahora démonos prisa; porque no estare tranquilo hasta que sepa que estos papeles estén seguros. El modo de despedirse de M. de Saint-Marc me hace temer de su parte alguna nueva tentativa desesperada. ¡Vive Dios! exclamó levantándose de repente. No me acordaba de las confidencias de Molinos, y ahora sospecho el medio de que puede valerse M. de Saint-Marc; verdaderamente si lo ha pensado, nos atrapa á uno y á otro.

—Pero ¿qué es? pregunté yo!

—Venga Vd. venga, y no esté un minuto mas en su casa.

Tal prisa manifestaba Olivier, que le seguí sin preguntarle qué pensamiento era el que le habia ocurrido. Bajamos precipitadamente la escalera, y salimos de casa. Apenas habiamos entrado en la de M. Bonsenne cuando vimos detenerse un coche á mi puerta, miramos quien salia de él y era el feroz Buenaventura acompañado por dos gendarmes, uno de los cuales se quedó de centinela á la puerta y el otro entró en la casa con el agente de policia.

—Pronto, pronto, me dijo Olivier. Entregue Vd. en manos seguras todo lo que puede salvarle.

—A la verdad, le dije, casi me avergüenzo de huir de un arresto fundado en una acusacion de envenenamiento.

—¡Qué cosas tiene Vd! replicó Olivier. Saint-Marc es demasiado astuto para insistir en una necesidad semejante, y mucho mas teniendo en su mano otra cosa infinitamente mejor. Veremos á Molinos. ¿Vd. no sabe que M. de Saint-Marc tenga algun interés particular en que prendan al marqués de Pavia y á madama de Saint-Marc?

—Uno grandísimo, respondí, pues parece que la última ha encontrado entre los papeles del general varios que pueden comprometer mucho á madama de Frobental.

—Está equivocado en eso, porque hace ya tiempo que los papeles que busca han cambiado de manos; pero no importa. Ya ve Vd. que ha conseguido hacerlos prender y que registren su casa; para eso ha inventado una conspiracion, y una vez inventada, ha mezclado en ella á M. de Pavia, que pudiera defender á la Saint-Marc, y le mezclará á Vd. y me mezclará á mi, si es necesario.... en fin, á todas las personas cuyas casas le convengan registrar. Deme nos prisa.

Estábamos en la escalera de M. Bonsenne, á cuya puerta llamé; mas Olivier no quiso entrar, pues le pareció que era odiosa su presencia en casa de los padres de un hombre á quien acababa de matar, á pesar de que no le conocian. Entré solo é hice que llamasen á madama Deslaurieres, á quien entregué apresuradamente los papeles que me habia confiado Olivier, cuidando de quitar una especie de

catálogo explicativo en que estaban envueltos. Mas apenas había tenido tiempo para decir dos palabras á madama Deslaurieres, cuando oí un gran ruido en el tramo en que había dejado á Olivier, y casi al mismo tiempo dieron un campanillazo sumamente fuerte.

Temiendo que fuese Olivier, que acaso se viese perseguido y buscase un refugio en casa de M. Bon-senne, corrí yo mismo á abrir la puerta. En cuanto abrí entró un hombre furioso, que no era Olivier que me esperaba en la escalera, y apenas pasó aquel hombre á quien de pronto no conocí, y entró en la sala, cuando percibí en ella un ruido extraordinario el ruido de una bofetada; y al mismo tiempo oí que una muger lanzaba un grito de desesperacion. Entré en la sala y Olivier me siguió á ella. Caída en un sofá y en la actitud de una muger entregada al mayor asombro, yacia madama Deslaurieres; los labios sin color; los ojos fijos y la mejilla rubicunda con la señal del abominable ultrage que acababa de recibir.

El hombre que tan bajamente la había ultrajado era su marido M. Deslaurieres. Pálido, furioso, echando espuma por la boca, no reparó siquiera que habíamos entrado; ni notó que madama Bon-senne y Alicia habían acudido al grito de madama Deslaurieres. Sin reparar en nada, empezó á gritar con un acaloramiento que no parecia propio de su carácter.

—¡Mírala, infame, mírala!

—¿Qué es eso? preguntó madama Bonsenne.

—La carta en que esta señora daba una cita para anoche á M. Molinos.

—Eso no es posible! dijo Alicia.

—Aquí está, respondió M. Deslaurieres enseñándola.

—Pero no ha ido á ella; añadió madama Bonsenne.

—¿No ha ido? ¿Pues á qué ha salido esta noche cerca de la una? ¿Por qué no ha venido hasta las cuatro? ¿Dónde ha estado ese tiempo si no ha ido á la cita?

—Ha estado junto al lecho de un moribundo, dije yo.

—Y ¿quién le habla á Vd? exclamó M. Deslaurieres volviéndose á mi. ¿Qué hace usted aquí?

—Estoy mas en mi lugar que Vd. que abofetea infamemente á una muger.

—¡Infamemente! repitió furioso. Cuando haya acabado con el tal M. Molinos, me dará Vd. satisfacción de esa injuria.

Iba á responderle que estaba pronto siempre que él quisiera; mas en aquel momento se presentó de pronto M. Bonsenne á la puerta de la sala, con una espada desnuda en la mano.

Aquella aparicion, distrajo completamente la atención de todas las personas presentes; y sentí helárseme la sangre en las venas cuando M. Bonsenne, cerrando la puerta de la sala dijo con voz solemne:

—Hé oído aquí la voz del que ha matado á mi hijo.

Olivier dió un paso hácia adelante sin pronunciar una palabra; mas M. Bonsenne le separó suavemente con la mano, y se encaminó directamente á M. Deslaurieres.

—Quien ha muerto á mi hijo, has sido tú Leopoldo, le dijo:

—Yo! exclamó Deslaurieres encogiéndose de hombros. ¿Por qué no han de estar encerrados los locos?

M. Bonsenne puso la mano que tenia desarmada en el hombro de aquel á quien habia acusado, y como si su mano hubiese tenido una fuerza sobrenatural, M. Deslaurieres hubo de volver la cara y mirar á su acusador.

—Escucha Leopoldo, le dijo este; tú has sido quien robándole con una traicion y una bajeza la muger á quien amaba, le has impelido á la desesperacion y al crimen en que se ha perdido.

M. Deslaurieres respondió con una insolente sonrisa; miró á su muger y replicó:

—Si la causa de la desgracia de su hijo de Vd. ha sido el perder la digna muger que lleva mi nombre, no es á mi á quien se puede acusar de ello, sino á Vd. mismo.

M. Bonsenne, que seguia entregado al delirio en que poco antes le habia dejado, exclamó:

—Yo!

—Si, Vd., que arrojó á Victor de su casa, por-
que quería á esta señora y deseaba casarse con ella;
replicó Deslaurieres.

Esta acusacion, cuya justicia no podia descono-
cer M. Bonsenne, parece que rectificó la razon es-
traviada del pobre padre, y M. Deslaurieres con-
tinuó:

—Sí, Vd., que mas previsor que yo, conoció que
el vicio, cuyo germen creia yo ahogado en el cora-
zon de esa mujer, volveria á retoñar en cuanto tu-
viese ocasion para desarrollarse. Si su hijo de Vd.
se ha entregado al vicio y al crimen por desespera-
cion de no haberse casado con esta señora, quien
le ha matado, ha sido Vd.

Al oir estas palabras se le cayó á M. Bonsenne
de la mano el arma que tenia en ella. Su rostro que
estaba contraido por una espresion cruel fué que-
dándose mas natural; dirigió á su rededor una mi-
rada inquieta, y al fin dijo en voz débil y bajando
la cabeza:

—¿Cuánto tiempo he estado loco? Mad. Bon-
senne se acercó á su marido, en tanto que Alicia
permanecia al lado de madama Deslaurieres, que
tan avergonzada como ofendida del insulto que le
habia hecho su marido, ocultaba el rostro entre los
brazos de su amiga.

—Ah! eres tú, me dijo M. Bonsenne, alargán-
dome la mano. Ahora me acuerdo... has visto mo-
rir á Victor... estabas con él...

—Mad. Deslaurieres estaba allí conmigo, dije á M. Bonsenne.

—Miente Vd.; exclamó M. Deslaurieres, que libre de M. Bonsenne volvió á recobrar toda su cólera.

Al oír aquellas palabras me arrojé á M. Deslaurieres mas su mujer se introdujo entre los dos y yo me retiré diciendo:

—Perdone Vd. señora, yo no se dar de bofetadas sino á los hombres.

—¿Y quién es Vd. caballero? preguntó monsieur Bonsenne á Olivier, viendo en su casa una cara desconocida.

—¿Quién soy? dijo Olivier temblando.

Yo temí que confesase su desafio con Victor pero se contuvo un momento y luego prosiguió:

—¿Quién soy? Un hombre que acaso puede decir á Vds. mejor que nadie la razon porque M. Deslaurieres, que se halla presente, tiene tanto deseo de que su esposa aparezca culpada.

—¿Quién es este caballero que así habla? preguntó entonces M. Deslaurieres...

—Voy á decírselo á todos Vds.... exclamó mi amigo...

—Silencio Olivier! grité yo.

—¿Cómo, Olivier! dijo M. Deslaurieres, mirándole con atencion y asombro.

—Sí señor, repitió el interesado; Olivier Duhamel.

M. Deslaurieres se quedó pálido, como un muerto, y como si aquel reconocimiento fuese para él una desgracia que no queria aceptar tan fácilmente, replicó:

—No, no es posible; Vd. no es Olivier Duhamel...
Vd. no es...

—Soy el conde de Barbazan, de quien ha sido lacayo M. Molinos, y á quien su amigo de Vd. M. Morinlaid, robó todas las alhajas cuando éramos condiscípulos; el que acaba de encontrar á entrambos sirviendo de padrinos á M. Victor Bonsenne, en el desafio en que ha sido mortalmente herido...

—¿Por quién? preguntó M. Bonsenne.

—Por mí; contestó Olivier.

A esta declaracion respondió un grito de horror de toda la familia Bonsenne; Olivier vaciló y me alargó la mano.

—Oiga Vd., me dijo con voz trémula, oiga usted ese grito de reprobacion contra el matador de un joven á quien mañana aguardaba la infamia. Se compadecen, quieren vengarle, y sin embargo, ese hombre me ha muerto á mi con un golpe mas doloroso que una bala en el cuerpo. Vds. me miran todos con ademan de asombro, pero los que me conocian me miran con mayor asombro todavia al encontrar la consancion y la muerte en este semblante en que hace poco brillaban la fuerza y la esperanza, la esperanza del amor, y de la gloria, de esas dos vidas que Dios ha permitido al hombre. Pues bien, quien

ha muerto á entrambas en mi alma, ha sido su hijo de Vd., añadió mirando á M. Bonsenne.

Todos dirigieron hácia mi sus miradas y yo respondí á esta muda pregunta:

— Si señores, dice la verdad.

— Y si entre Vds. se encuentra alguno, continuó Olivier, á quien pueda hacerse llegar la acusación de la muerte de Víctor, si hay alguno que por su traicion ó por su necio orgullo le haya arrojado en la carrera del vicio que tan completamente ha recorrido y en la cual le he encontrado yo, sobre ese debe recaer también la responsabilidad de mi muerte, porque si yo he muerto á Víctor... es que él me habia ya muerto... aquí.

Puso la mano en el corazón, y en seguida me dijo:

— Venga Vd., Miguel, venga Vd. y Vd. también caballero (dirigiéndose á M. Deslaurieres,) y Vd. igualmente señora (á su esposa) á quien acaso puedo yo defender mejor que nadie de las acusaciones con que las gentes la persiguen, y contra las que su marido de Vd. inventa para deshonorarla; venga Vd. también.

M. Bonsenne que se habia sentado en un sitial, se levantó, y con aquella energía que en el estado normal constituía el fondo de su carácter, exclamó: — Vámonos todos.

Y viendo que Mad. Bonsenne se asustaba de aquella estraña proposición, añadió:

De dos hijos que Dios nos ha dado, uno ha muerto criminal y desgraciado, la otra vive inocente, pero tan infeliz, que su inocencia misma no ha podido consolarla. Tratemos por lo menos de salvar del último infortunio á los que habíamos adptado, y no la neguemos nuestro testimonio, si puede cooperar á defenderla de las calumnias que la persiguen: Venga Vd. Caristia, añadió alargándola la mano; y nunca olvide que si alguna vez encuentra cerrada la puerta de la casa de su marido, la mía estará siempre abierta para Vd.

—A mi no me queda mas que un asilo, exclamó Olivier, y Dios sabe si despues de haber salvado á Vd. se levantará sobre mi sepultura alguna voz que me compadezca y me absuelva de mi nombre.

—Venga Vd. caballero, dije yo á M. Deslaurieres; venga Vd. con nosotros.

—Si, bien puede Vd. venir, añadió Duhamel, que á donde vamos encontrará compañeros dignos de Vd.

A pesar de su cólera, no se atrevió Deslaurieres á negarse, y salimos todos, Olivier, M. Bonsenne, su mujer, Alicia, M. Deslaurieres, su esposa y yo, y subimos á casa de M. de Saint-Marc que, como ya he dicho, vivia en el cuarto que caia encima de M. Bonsenne. Al llegar oimos que hablaban dentro con calor, y dijo Olivier:

—Está bien; he citado aquí á Morinlaid y á Molinos, y han obedecido. Entremos.

Nos abrió la puerta un criado; y con efecto estaba M. de Saint-Marc en su sala con Molinos y Morinlaid, pero lo que me sorprendió muchísimo fué que estuviese también allí Mad. de Frobental.

—¡Madama de Frobental! exclamó involuntariamente al verla.

—Ahí está dijo ella señalándome.

Los otros interlocutores se quedaron como atónitos, y conocí que hablaba como de haber estado yo fuera de mi casa, y se alarmaban de que no me hubiesen preso. Madama de Frobental corrió hácia una ventana con intencion sin duda, de abrir la vidriera, mas Olivier se interpuso y la dijo:

—Mire Vd. lo que hace señora. Si el abrir la ventana es para advertir á los agentes encargados de prender á M. Meylán que se halla aquí, seria lo mismo para Vd. abrirla con el objeto de arrojarla á la calle.

Madama de Frobental se detuvo, y casi en el mismo instante se presentó el marqués de Chambron que salió de una pieza inmediata, diciendo con tono familiar:

—¿Están ya presos, y se puede ir á registrar la casa de ese muchachuelo?

—¿Es de mí de quien habla Vd. de ese modo? le pregunté yo.

—M. de Chambron dió un paso atrás y se fué hácia la duquesa á quien empezó á hablar en voz baja y con ansiedad.

—¿Quién es ese hombre? me preguntó Olivier.

—Le llaman el marqués de Chambron; contesté.

Bah! dijo Barbazan con desprecio. ¿Y no es mas que eso?

—Parece que es el que obsequia á la duquesa, porque lo paga muy bien.

—Ya me lo habia imaginado solo con verle. ¿Y se dá el título de marqués de Chambron?

—¿Le conoce Vd?

—Me parece que sí.

Y dirigiéndose al elegante marqués, le dijo:

—M. Limasson, ruego á Vd. que hable en voz alta; lo que se diga aqui deben oirlo todos.

Aquel nombre grotesco de Limasson, me chocó como si no me fuese desconocido, y me pareció que le habia oido ó leido en alguna parte.

Mas no fui yo solo el que se admiró, pues el mismo M. de Saint-Marc, que parecia que en aquella intriga no debia hallar nada que le sorprendiese, le repitió diciendo.

—Limasson! yo conozco ese nombre.

—Tomad! exclamé yo, en tanto que Chambron trataba de hacer el papel de marqués ofendido; como que es el nombre del postillon que llevaba á su padre de Vd. cuando encontró á Molinos.

—Cabalmente, dijo Olivier; y el digno hijo de aquel glorioso padre era en 1814 barbero en Tolosa. Se parece algo al Mascarille de Regnier, que reco-

nociendo que tenia la mano ligera, dejó su oficio de cantero y se metió á barbero.

—Tunante! exclamó Chambron. ¿Cómo se atreve Vd. á hablar de mi de esa manera?

—Poco á poco, continuo Olivier. A pesar de esa semejanza entre Vd. y aquel héroe, no estamos aquí para representar una escena de teatro de feria. En 1814 era Vd. barbero, en tanto que Mad. Saint-Marc, entonces Fani Guillotin, se refugiaba en Toluza; en 1815 era Vd. cómico ambulante en una compañía que encontró, y en que una marquesa de Premontré se ocultaba á los ojos de la justicia; en 1816, dejó Vd. la compañía de cómico y se vino á Paris, armado con los secretos de Mad. de Premontré, con sus confidencias, y con la historia que su padre le habia contado del caballero y la señora á quien llevó 20 años antes á Premontré; vino Vd. á Paris, digo á fin de arrancar á Mad. de Frobental que se halla presente, algunos escudos para empezar á hacer fortuna. Parece que lo ha conseguido Vd. aun mas allá de lo que podia esperar, pues pagándole su silencio con mucho oro verdadero, con un titulo falso, y con algo mas, probablemente han conservado su persona de usted.

A la verdad es demasiada honra; pero calle usted que tenemos que hacer cosas mas importantes que oír sus necesidades.

Dijo todo esto Olivier con aquel tono burlon de que no creia capaz sino á M. de Favreuse, si bien

habia en el desprecio de Olivier algo mas de persuasion y en su burla, un acento mas cruel.

La duquesa fué la única que conservó alguna presencia de espíritu en medio del asombro que habian causado las palabras de Olivier.

—¿Quién es Vd., y qué quiere? preguntó á Barbazan.

—Mi nombre importa muy poco en este asunto, respondió él; pero lo que importa muchísimo mas es un papel que tengo aqui.

Todos dirigieron la vista hácia el papel que Olivier fué desdoblado muy despacio, y diciendo:

—Tengan Vds. la bondad de oír su lectura, y despues de oída juzgarán lo que tienen que hacer unos respecto á otros. Sepan Vds. tan solo....

En el momento en que Olivier pronunciaba estas palabras, sonó un nuevo campanillazo. M. de Saint-Marc, que parecia agoviado por la derrota que sufría, no tuvo tiempo de mandar á sus criados que no dejasen entrar á nadie, y aunque lo hubiese mandado, dudo yo que hubieran logrado impedirse-lo al sujeto que se presentó.

Era M. de Favreuse en persona, mas aquel libertino de la corte de Luis XV, por lo comun tan aseado, tan cuidadoso de su traje casi grotesco, traía el frac medio caído, desatadas las cintas de los pantalones, arrastrando y llenas de lodo, cubiertas de sudor las alas de pichon, desgarrado el chaleco blanco, y las rodillas y las manos súcias de

barro. Seguramente al verle así, hubiera debido parecer aun mas ridículo que ordinariamente; pero brillaba en su rostro una cólera y una amenaza tan terrible é implacable, despedían sus ojos unas miradas tan vivas, tan rápidas, tan abrasadoras que dejó consternados á todos.

¡Usted aquí! exclamó la duquesa.

—Si, señora, respondió él; yo, y otras personas con quienes Vd. no contaba, duquesa de Frobental.

Y volviéndose hácia la puerta añadió:

—Entren Vds., entren, será una edificante reunion de familia.

Viendo que no entraban salió un momento y volvió á entrar, trayendo consigo á dos mugeres cubiertas de harapos, macilentas, pálidas temblando... Era Mad. de Premontre y Justina.

—Duquesa, dijo M. de Favreuse; aquí tiene Vd. á su hermana y á su hija.

La duquesa retrocedió dos pasos, pero con una fuerza mayor que la que podia imaginarse; no se le escapó ni un grito, ni una palabra, únicamente dirigió una mirada llena de ódio y desprecio á M. Chabron y á M. de Saint-Marc, y pronunció entre dientes la palabra «imbéciles» Por lo que á mi hace, no sabia si soñaba ó estaba despierto, pues la reunion carnal de todos los actores de aquellos dramas terribles y diversos de que habia sido confidente, me parecia una cosa tan extraordinaria, que no me atrevia á darle fé, á pesar del testimonio de mis

ojos. No comprendia como iban á emprender la lucha unos con otros, ó mas bien no sabia lo bastante para conocer qué interés comun, qué lazo invisible y poderoso les reunia á todos en una hora determinada.

Este último secreto era el que me daba por saber, y M. de Favreuse fué el que empezó aquella suprema revelacion. Quien recuerde las primeras páginas de esta narracion, ó mas bien toda ella, se admirará tal vez de ver que un cúmulo de aventuras tan estrañas y que con tanto ahinco se habia ocultado, se manifestasen de repente, con peligro de la vida de algunos y de la honra de todos, por un motivo tan frivolo en la apariencia como era el de que se trataba, por una palabra, terrible sin duda, pero que no habia tenido eco, una palabra que yo habia oido repetir y habia olvidado, como olvidan las cosas aquellos á quienes son indiferentes; pero mejor será que deje hablar al conde de Favreuse.

Señora duquesa, dijo este; aquí tiene Vd. á su hija, á quien ha querido hacer desaparecer del mundo el dia mismo que la ha vuelto á encontrar.

Mad. de Frobental no se dignó siquiera responder á esta acusacion y señalando á Mad. Deslaurieres, dijo á M. de Favreuse.

—Y aquí tiene Vd. la suya que su madre la condesa de Belnunce dejó que fuera una pordiosera y una muchacha perdida, y que ha perseverado honradamente en el camino que su madre la habia tra-

zado. M. Deslaurieres procuraba ocultarse detras de los muchos testigos de aquella escena.

—No tema Vd. presentarse, señora, dijo M. de Favreuse, ó mas bien, ven hija mia porque ya es necesario que nos quitemos todos la máscara. Ven, hija mia; que si es cierto que cansada de las bajezas de tu marido y rodeada de lazos habilmente combinados bajo tus pasos, has cedido á una hora de extravio, mas bien será la culpa de los que han querido perderte, que de tí misma que te has perdido.

—Si lo duda Vd., replicó la duquesa, aqui tiene Vd. persona á quien preguntarlo (y señaló á Molinos.) Esta noche la ha pasado en compañía de la digna hija de su madre.

Molinos, interpelado de aquel modo, bajó los ojos y yo exclamé con viveza.

—Responda Vd., diga Vd. que no ha visto si quiera esta noche á Mad. Deslaurieres.

—Se engaña Vd., replicó Molinos con rabia, la he visto salir de su casa con Vd. y volver con Vd. á ella.

—Y yo puedo decir en voz muy alta donde ha estado en todo ese tiempo. A la cabeza de un moribundo, al lado del que fué su hermano.... y si fuera necesario probarlo, no nos faltarian testigos.

—Y ¡qué importa esa mager! exclamó la duquesa. A quien yo quiero perder es á su madre y la perderé. Ahora no se me puede escapar, porque tengo

en mi poder las pruebas del nacimiento de su hija.

—Y aquí están, dijo M. de Favreuse señalando á la marquesa y á Justina, las pruebas vivas de su crimen de Vd.

—Bah! hizo la duquesa con una audacia increíble.

—Oh exclamó Mad. de Premontré. Yo arriesgaré mi cabeza, pero le perderé. Elena... lo diré todo.

—Di lo que quieras; contestó la duquesa.

Pero Vd. que ha debido examinar los papeles de Mad. Saint-Marc despues de su prision, dijo el conde de Favreuse á M. Deslaurieres, ha debido hallar entre ellos algunos restos de la correspondencia de la duquesa con el general.

—No habia absolutamente nada.

—¿Y sabe Vd. á quien hubieran sido útiles esos documentos, si se hubiesen encontrado? preguntó la duquesa.

—A Vd. sin duda contestó M. de Favreuse; y la hubieran aprovechado conforme á su sistema, que consiste en aniquilar todo lo que pueden incomodarla ó servirla de obstáculo.

—Me conoce Vd. perfectamente, primo, y como este caballero (añadió señalándome) me incomodaba un poco pensé que no estaria demas que pasase unos cuantos dias presos.

—Pues no lo ha conseguido Vd. hasta ahora, dije yo.

—Es verdad, replicó; pero á falta de la persona

de Vd. habrán encontrado en su casa los papeles que le ha entregado Victor Bonsenne, y esos sé yo que bastan para probar el nacimiento de esta señora, y las buenas costumbres de Mad. de Belnunce.

=Pues me parece que sus agentes de Vd. tardan mucho en traérselos; dije yo riéndome.

Esta burla que le daba á conocer que todas sus pesquisas serian inútiles, irritó á Mad. de Frobental, mucho mas que las mas vergonzosas reconvencciones; y dirigiéndose á monsieur Saint-Marc le dijo encolerizada.

=Y ¿de qué le ha servido á Vd. apoderarse de esas dos mugeres, sino ha encontrado los papeles con que nos estan siempre amenazando?

=¿En manos de quién está?

—Voy á decírselo á Vd., replicó Olivier adelantándose, y voy á manifestarle de que pieza se compone una preciosa coleccion que puedo publicar si quiero. Y ha costado bastante caro á mi padre para que yo no quiera venderla sino á buen precio.

Mad. de Frobental, á quien Molinos habia dicho en voz baja quien era aquel jóven, obligada á sufrir las crueles palabras que iba á pronunciar, no consintió en dejarse vencer sin vengarse, y á la manera de una abispa encerrada en la mano, clavó su agijon en el corazon de Olivier, diciéndole:

—Ya conocemos la habilidad de los Barbazanes para hacer tratos y venderse. Lea Vd., caballero, que le escuchamos.

A veces sucede que el vivo dolor que causa la picadura del insecto de que acabo de hablar, hace abrir la mano y se escapa la abispa; lo mismo creí yo que iba á suceder, porque ví que Olivier perdió el color al oír la injuria de Mad. de Frobental. La fuerza vacilante que sostenia en él el deseo de cumplir el último deber, estuvo á punto de faltarle; yo corri á sostenerle, pero él me separó con la mano diciéndome:

—Hubiera sido muy poco previsor, si me admirase esa reconvencion; y seria hombre de poco valor, si por esto dejase de acabar lo que he principiado.

Se mantuvo un momento en silencio para reponerse del golpe que habia sufrido, y luego continuó:

—Escuche Vd. señora, y despues que haya oido la diré el precio á que puedo vender el secreto de sus crímenes.

Tomó el pliego de papel que habia separado yo del paquete entregado á Mad. Deslaurieres, y le leyó en voz alta. No daré aqui la larga lista de aquellos documentos; solo diré que era una correspondencia entre M. de Saint-Marc y M. de Frobental, algunas declaraciones de Mad. Bonnissens, y otros documentos suficientes para poder perder á Mad. de Frobental.

—¿Está Vd. satisfecha, señora? dijo Olivier.

En aquel momento Mad. de Premontré, que habia estado escuchando con la espresion de una ale-

gria cruel, se acercó á Olivier y le dijo:

—¿Y Vd. tiene todas esas pruebas, y puede vengarnos á todos nosotros, á quienes tanto ha hecho sufrir su muger, y será capaz de no hacerlo?

—Justicia seria lo que hiciese, añadió monsieur de Favreüse, justicia algo tardía, sin duda, pero tanto mas terrible, cuanto que heriria á la culpada en medio de esa aureola de buena reputacion que ha adquirido por su hipocresia y su refriada maldad.

Parecia que Mad. de Frobental no tuviese ya mas recursos que bajar la cabeza é implorar perdon, pero nada era capaz de intimidar ni vencer aquella obstinada naturaleza, y levantó la cabeza grandiosa y terrible por decirlo así, en virtud del exceso mismo de su audacia.

—Háganlo Vds., exclamó; llévenme ante los tribunales. Enhorabuena, la hija y el hijo y la hermana, y Vd. mismo M. de Favreüse, último vástago de su nombre, y todos juntos se encarnicen para llevarme al cadalso; acepto la lucha, y no quiero mas venganza que la de arrastrar conmigo á la muger por quien ha insultado Vd. á mi hijo, á su querida de Vd. Mad. de Belnunce. Vds. tienen pruebas contra mi, yo las buscaré contra ella, porque ignora que existe una carta que le ha escrito á Vd. la condesa.

—Oiga Vd., señora, dijo Olivier añadiendo á la lista que habia leído: «Carta de Teheta entregada á M. Barbazan, por la gitana moribunda.» Esta carta

es una especie de confesion *in extremis*, en que se refiere toda la historia del encuentro de M. de Favreuse, con la señorita de Morden, el casamiento de esta con M. de Belnunce, el cautiverio de M. de Favreuse, su fuga del castillo de Morden, todas las circunstancias de una niña llamada María, la adopción de esta niña por una Mad. Smith, un rapto cometido por Teheta como agente del príncipe de Morden, y en fin le venta de aquella niña, siendo ya jóven á M. Bonsenne, agente de Mad. Belnunce. Tal es la carta con que Vd. contaba, señora, la cual es mas bien una justificacion de Mad. Belnunce que una acusacion contra ella. Si alguien resulta acusado en ella, es el príncipe de Morden, acerca del cual, si es necesario, podré dar á Vds. tambien otras noticias.

=Es inútil, dijo M. de Favreuse, en voz triste. Hace algunos dias que salí de Paris á consecuencia de una carta de madama Belnunce, á quien hallé moribunda, pues la víspera habia ido madama de Saint-Marc á referirla las amenazas de madama de Frobental con motivo del atentado de su hijo. Apenas habia tenido tiempo para tranquilizar á la condesa, cuando su hermano monsieur de Morden, amenazado tambien, vino queriendo hacerla responsable del brillo escandaloso que su noble prima le preparaba.

Hace ya muy cerca de veinte años que la insolencia mayúscula de aquel ganapan con título me

tenia muy incomodado, y se lo di á entender con los gestos y con las palabras, y se lo hice conocer tambien que no pudo menos de comprenderme, y esta mañana misma en el bosque de Senart, al lado de la casa de Campo de M. de Saint-Mar, donde tan cuidadosamente habia encerrado á madama de Premontré y á Justina, he tendido por tierra á ese coloso de príncipe, de una estocada tan buena que no se ha movido mas que el tronco de un árbol que habia cortado la vispera. Asi, todo el mal que se quisiera hacer á M. Morden es otro tanto bien perdido para los demás.

Pero madama de Belnunce espera con ansia, Vds. no han acabado de matarla todavia, y yo deseo saber que he de decirla.

—Escúcheme Vd. dijo Olivier. Aunque tal vez soy el mas jóven de todos los que nos hallamos aqui, creo que tengo derecho para hablar como si fuese el mas viejo, porque entre todos soy el que se halla mas cerca de la muerte; todas esas pruebas que cada cual desea con tanta ansia para sus fines, se destruirán completamente, y nada se trasluce de estos desagradables secretos, fuera de las personas que han sido cómplices ó víctimas de ellos. ¿Les acomodará á Vds?

Cada cual huia por orgullo, de ser el primero que hiciese aquella concesion, y todos guardaban silencio hasta que madama Deslaurieres se dirigió á la duquesa de Frobental y la dijo:

—Consienta Vd. en ello, señora; yo se lo suplico en nombre de una madre á quien no conozco.

Miró un momento la duquesa á madama Deslaurieres, y la respondió con aquella implacable crueldad que á nadie cedia:

—¿Y comprenderá Vd en esa quema general el billete en que aceptaba la cita del antiguo lacayo de M. de Barbazan?

—¡Vive Dios, señora, que tambien podriamos pedir á Vd. que comprendiese en ella el título de marquesado de Chabron, que tan oportunamente ha creado Vd. Pero lo que no se comprenderá en la quema, son las dos declaraciones de los señores Morinlaid y Molinos, con respecto á madama Deslaurieres. Estas dos declaraciones que tengo aquí, añadió sacándolas del bolsillo, no forman parte de los papeles cuyo catálogo he leído. Los documentos del catálogo los habia reunido mi padre con el fin de vengarse de los que tan cruelmente le habian ultrajado; pero cómo su deshonor de Vds. no podria justificarle á él, hace mucho tiempo que los habia yo condenado al fuego. En cuanto á estos otros dos, destinados á justificar á una muger honrada contra todas las calumnias con que la han infamado esos dos miserables, no deben quemarse, y yo se los confio á Vd. M. de Favreuse, como á su padre.

—Y no falta mas, replicó madama de Froben-tal burlándose, sino hacer que los lleve á madama

de Belnunce la inocente hija de que es virtuosa madre.

—No dejaré, por cierto, de hacerlo, contestó M. de Favreuse; y lo mas pronto posible, pues deseo mucho dejar á Vd. en libertad para que reciba los abrazos de la jóven feliz para quien ha sido Vd. madre tan tierna.

Inútil es que lleve mas allá la narracion de esta escena; y por si los que lean este manuscrito tienen alguna curiosidad de saber como llegaron á componerse entre sí todos aquellos intereses tan opuestos, les diré que el dia siguiente M. de Frobental, hijo, causa primera de todas las confidencias que me habian hecho, salió para la espedicion de España donde le mataron; Justina y madama de Premontré, salieron tambier de Francia para ir á establecerse en Italia, en cuyo pais tuvo que comprarles algunos bienes madama de Frobental, obligada á ello por M. de Favreuse, y á los ocho dias M. de Saint-Marc se casó con la señorita de Frobental, á quien llevaba de la mano M. de Favreuse.

Algun tiempo despues, madama de Frobental y madama de Belnunce se encontraron en la córte, y se abrazaron tiernamente edificando á las almas piadosas que se complacían en ver que dos mugeres de tan pura virtud se hacian recíprocamente justicia. En cuanto á Chabron, continuó haciendo el papel de marqués, Morinlaid se dedicó á escribir zarzuelas, y de Molinos supe mucho despues que habia

llegado á ser general al servicio del emperador don Pedro.

La familia de M. Bonsenne entró de nuevo en su vida triste acostumbrada, madama Deslaurieres volvió á casa de su marido enteramente desesperada, pues por las últimas palabras que produjo aquella escena supo de una manera que no pudo quedarle duda, que al insultar públicamente su marido y al propalar su supuesta deshonra, no habia tenido otro objeto que el de apropiarse los restos del capital que ella habia traído en dote.

No necesito decir cual fué la suerte de Olivier. Dejó que obrase el mal que le consumia, y aquel mal tan cruel para con él, como lo habia sido la sociedad, empleó tres meses en matarle. M. de Favreuse continuó viviendo en casa de madama Smith, y yo... yo sali de todos aquellos sucesos con la loca pasion que ha perdido mi vida, que me ha hecho criminal, loco, é infame...

XXXII.

Carta de Miguel Meylan, á su madriña la condesa de L...

Aquí terminaba, señora, el manuscrito que envío á Vd. y que escribí en 1829 para otra persona. En aquella época, despues de haberme atrevido á describir estos horribles recuerdos con todos sus abominables pormenores, retrocedí al aspecto de mi propia pasion; hoy que pretendo justificar algunas palabras de que Vd. me ha reconvenido con tanta severidad, no dudo escribirla á Vd. y sino dudo es porque acaso he recompensado en virtud del valor y la perseverancia con que he arrostrado los anatemas del mundo, la cobardía que cometí hace veinte años dominado por el terror que me inspiraba ese mismo mundo, á quien ahora me acusa Vd. de despreciar con imprudencia. Lea Vd. pues, señora, estas últimas páginas y comprenderá por qué en la

tertulia de madama P... tomé tan decididamente el partido de madama Facio, á quien insultaba y á quien yo ni siquiera conozco.

Madama Deslaurieres es la primera muger á quien he amado, y en la opinion de las gentes era tambien una muger perdida; quizá tantas desgracias sufridas por efecto de esas calumnias, harán que su indignacion de V.l. recaiga no contra los que defienen á las mugeres insultadas, sino mas bien contra los que las acusan.

Despues de aquellos sucesos permaneci por algun tiempo dominado por una especie de terror de todo cuanto me rodeaba. Habia renovado mi amistad con M. Bonsenne, en cuya casa solía encontrar á madama Deslaurieres, mas por una especie de convenio tácito, todos nosotros evitábamos cuanto nos era posible decir nada que pudiera recordar lo que habia pasado. Observaba yo á madama Deslaurieres procurando no obstante, no tener un contacto demasiado inmediato con ella; no quiero decir con esto que yo temiese su presencia, pero en las largas conversaciones de la noche, si una de sus miradas aprobaba una palabra que yo hubiera pronunciado, ó si me dirigia mas particularmente una reflexion que en apariencia se hacia para todos, aparentaba que no comprendia el elogio ó la confidencia, y rechazaba cuanto podia aquella intimidad, por lo regular encantadora que hace que sea para dos solos una conversacion entre diez personas.

Sin embargo, veia que cada dia estaba mas triste y aunque se alteraba su salud; á veces venia á la tertulia sin haber enjugado bien las lágrimas que habia vertido, siendo de notar que esos dias mas que otros, se entregaba á ratos, y de repente á unos arrebatos de loca alegría, y proferia mil palabras atrevidas, proposiciones extravagantes, sueños fantásticos y deseos inmoderados.

Cuando se apoderaban de ella estos acentos febriles que á veces la sacaban de los límites del bien parecer, me quedaba yo en un absoluto silencio; mas ese silencio parecia que la escitaba mas, y me perseguia, me acosaba con chanzas á que yo no me dignaba responder. Madama Deslaurieres se irritaba con este desden y arrebatada por una especie de furor acababa por lanzar algun epigrama tan picante que rompía la resolucion en que yo me habia envuelto, y la respondia alguna brutalidad, que casi siempre acababa con su buen humor y hacia que se presentase de nuevo en su rostro la triste preocupacion de que trataba de librarse.

Por lo demas, habia una cosa muy notable, y es que cuando armábamos una disputa, por ágría que fuese, Mad. Deslaurieres y yo, nadie se mezclaba en ella, y el mismo señor Bonsenne, que en cualquiera otra ocasion me reprendia una palabra malsonante que se me escapase, no me hacia la menor observacion digese lo que quisiera, cuando se trataba de Mad. Deslaurieres. Parecia que entre ella y

Yo hubiese una lucha que nadie tuviera que ver sino nosotros dos.

¿Existia en efecto aquella lucha entre madama Deslaurieres y yo, ó no existia sino en mi mismo?

Eso es lo que yo era incapaz de juzgar en aquella época, porque ni aun percibia que no vivia sino para la muger de quien parecia huir. Cuando me habia separado de ella, las largas horas de la noche, que pasaba sin dormir, las ocupaba en recordar lo que me habia dicho y como lo habia dicho; entonces encontraba un sentido en las palabras que me habian parecido vacías y faltas de razon; entonces creia conocer que aquella muger peleaba contra una terrible desgracia; entonces me prometia mostrarme con ella mas indulgente, ó por lo menos, mas atento. Pero el dia siguiente apenas la veia, volvía á mi groseria y mi dureza.

Lo atrevido de las ideas de Caristia, sus teorías independientes, su lenguaje animado y lleno de exaltacion, reprimian en mi todas mis buenas disposiciones, y admiraba á madama Bonsenne, muger sencilla, que hablaba naturalmente, tenia ideas timidas y no pensaba si no como la habian dicho que pensase; me acercaba á Alicia, cuyos modales modestos y severos me ocultaban lo que tambien habia de atrevido y libre en sus opiniones. Madama Deslaurieres volvía á empezar sus chanzas, yo me encastillaba en mi silencio, y todo acababa, como el dia anterior, por alguna palabra cruel de mi parte

y alguna dolorosa mortificación de madama Deslaurieres.

Para demostrar hasta qué punto me veia impelido, á pesar mio, en aquella brutal guerra, es preciso que recuerde una circunstancia que tambien por otra parte contribuyó á decir mi suerte, aunque no parecia que debiese influir mucho en mis relaciones con Mad. Deslaurieres.

Algun tiempo despues de haber ocurrido todos los sucesos que acabo de referir, me recibió un dia M. Bonsenne con aire triste y descontento, y contra su costumbre parecia que temiese decirme lo que le tenia así. Yo se lo pregunté.

—Escucha, Miguel, me dijo: tu padre me ha encargado, como sabes, que vigile tu conducta.

—Pues es comision muy fácil de desempeñar, respondí, porque no recibo casi á nadie en mi casa, y apenas salgo de ella sino para venir á la de usted.

—Precisamente eso es lo que me parece muy mal, porque estando en tu casa todo el dia y viniendo aqui por la noche, no acabarás ciertamente tu carrera.

El estudio de leyes me fastidiaba á la verdad, pero sin repugnarme, y sino hubiese mediado nada que interrumpiese la costumbre que habia tomado de ir todos los dias á la clase, hubiera continuado, sin duda alguna como habia empezado; es decir, no con aficion, pero sin repugnancia. Mas sucedió que

por efecto de todos aquellos enredos en que me encontré mezclado, pasé cerca de un mes sin asistir á la clase: el dia que pensé volver lo dejé para el siguiente, aquel para el otro, y de dia en dia llegó uno en que no pensé mas en volver.

No es decir que hubiese tomado una resolucion decidida de no volver mas, pero no iba hoy porque no habia ido ayer, y no iba mañana porque habia dejado de ir hoy. Bien conocia que antes ó despues, esto habia de traer una violenta esplicacion con mi padre.... pero mi padre estaba tan lejos.... y ademas, yo vivia á mi gusto, y hubiera sentido mucho que cualquiera prevision desagradable, hubiera venido á perturbar las gratas ocupaciones á que me entregaba. Asi, pues, pasaba todo el dia, pintando ó tocando el piano, ó leyendo libros en que seguramente no se trataba de leyes.

Como he dicho ya, no habia tomado ningun partido decidido; faltaba á la clase como un niño que no piensa en otra cosa que en aquello que le entretiene, y acaso si M. Bonsenne me hubiese dicho á solas lo que acababa de decirme delante de madama Deslaurieres, le hubiese prometido satisfacer los deseos de mi padre haciéndome abogado. Pero aquella amonestacion aunque hecha con toda la precaucion de un hombre á quien repugna reprender, me ponía casi en el caso de un muchacho á quien se echa una reprimenda, y por un movimiento de vanidad mas rápido que el pensamiento que me obli-

gó á ello sin dejarme reflexionar, respondí á M. Bonsenne.

—¡Mi carrera de leyes! Oh! He renunciado completamente á ella.

—¿Cómo? exclamó M. Bonsenne. ¿Has renunciado al estudio de las leyes?

—Si, señor, respondí en tono seco, viendo que Mad. Deslaurieres me miraba como asombrada.

—Pues está bueno! dijo M. Bonsenne. ¿Y qué diablos piensas hacer?

—Pienso pintar.

Esta ha sido en efecto, la carrera que he seguido y tal la manera con que la elegí. No entraré ahora á esplicar si me ha hecho perseverar en ella su gusto apasionado, ó la obtinacion de mi carácter; lo cierto es que en aquel momento, sin discusion alguna conmigo mismo, sin reflexion, sin voluntad anteriormente formada, decidí de mi destino, ó mas bien, de mi profesion.

Mi repuesta dejó aturdido á M. Bonsenne, porque todavia hay muchas gentes que juzgan que un escribiente de un escribano ó un empleado subalterno de cualquiera oficina, son hombres que hacen mas papel en la sociedad que el mas célebre pintor, y de ese número era M. Bonsenne.

¿Piensas ser pintor, exclamó; tú, hijo de un hombre que puede llegar á ser ministro plenipotenciario ó embajador?

—Si por cierto, respondí; mejor quiero ser pintor mediano, que buen abogado.

—Y ¿qué es un pintor?

—¿Me pregunta Vd. que fué Rafael? exclamé. ¿Qué es David, que es Gros?

—Sé muy bien que son ó han sido pintores.... pero ¿qué han sacado de ello?

—Ser hombres ilustres, célebres.

—Ta, ta, ta... dijo M. Bonsenne; la gloria no es profesion. Lo que yo te pregunto es qué han sacado de ello.

La sencillez de la pregunta me admiró, y ví que madama Deslaurieres me contemplaba con una alegre sorpresa.

—¿Qué han sacado? dije á M. Bonsenne. Han sacado hacerse ricos, y algunos ha habido á quienes el emperador ha hecho barones.

—¡Gran cosa son los barones de Bonaparte! exclamó M. Bonsenne que miraba con horror todo cuanto era relativo á Napoleon.

Seguramente no tenia yo deseo de volverme atrás de lo que habia dicho, y puesto que una casualidad me habia hecho decidir una cuestion en que hubiera estado pensando seis meses si hubiese tenido que discutirla, queria aprovechar el atrevimiento que me habia dado la ocasion; mas á pesar de todo, me incomodó el verme, por decirlo asi, apoyado por madama Deslaurieres y respondí con bastante sequedad.

—Sepa Vd., señora, que no quiero ser pintor por ser rico, ni por ser baron; si llego á ser algo y corona mis trabajos un poco de gloria, jamás solicitaré unos títulos que desprecio; si alguna vez llego á tener habilidad y talento no los venderé por dinero.

Madama Deslaurieres no pudo imaginarse que hablaba contra ella respondiendo de este modo, pero creyó que lo que habia dicho del porvenir de una carrera semejante para explicársela á M. Bonsenne, habia ofendido mi delicadeza, y me dijo con un entusiasmo lleno de ternura:

—¡Talento! ¡Habilidad! Con tal modo de pensar no puede Vd. menos de tenerlos.

No respondí á madama Deslaurieres, y la disputa volvió á empezar con M. Bonsenne, siendo dura y violenta por su parte, y friamente brutal por la mia, hasta que cansado al fin de las observaciones que me hacia, me encerré en esta declaracion de mi voluntad suprema: «Quiero ser pintor y lo seré;» evitando de este modo responder á los argumentos de M. Bonsenne, el cual viendo que nada podia obtener de mi, ni siquiera una razon que justificase la resolucion que habia tomado, se incomodó completamente y dijo:

—¿Vd. quiere ser pintor, caballero? Pues lo será. Pero yo, en quien su padre de Vd. ha puesto su confianza, no quiero hacerme cómplice de ello aparentando que lo apruebo, y prevengo á Vd. que de hoy en adelante...

Antes que M. Bonsenne acabara su frase, ya me habia yo puesto de pié.

Alicia estaba pálida é inmóvil; madama Bonsenne bajaba la cabeza llorando, y madama Deslaurieres, que se estremecía con una dolorosa impaciencia, se levantó de repente como yo, y dando un golpe sobre la mesa exclamó:

—¡Asi ha matado Vd. á su hijo!

Al oír estas palabras enmudeció M. Bonsenne, sus ojos adquirieron la mirada vaga y sus lábios la sonrisa bestial que tanto me espantaron el día que nos encontramos en casa del comisario de policia.

—¡Qué has hecho! exclamó madama Bonsenne apoderándose de su marido, y llevandosele fuera de la sala.

Alicia alargó la mano á madama Deslaurieres, y la dijo:

—Tú sola tienes valor.

¿Podrá creerse lo que voy á decir? Yo, que hubiera debido dar las gracias á aquella mujer; yo, que á lo menos hubiera debido hacer justicia al movimiento generoso que la habia impulsado á hablar, digo con un tono doctoral:

—La amenaza que me hacia M. Bonsenne; no merecia el mal que se le ha hecho.

Por primera vez despues de bastante tiempo me dirigió Alicia aquella mirada profunda, incisiva, que me penetraba... Esperaba pues, algunas de aquellas reflexiones crueles que varias veces me habia

hecho, pero ella separó de mi los ojos con desprecio, y bajando la cabeza, dijo:

—¡Pobre Caristia!

Miré á Mad. Deslaurieres y vi que le corrian las lágrimas, por las megillas; sentí ya entonces mi groseria, pero no encontré ni una palabra con que remediarla ó escusarme, y como todos aquellos que carecen de ánimo para llevar adelante un buen movimiento, me encerré en mi primera brutalidad y volví la espalda á Mad. Deslaurieres.

No se pronunció ni una sola palabra en unos cuantos minutos, pero percibia los suspiros convulsivos que se escapaban del pecho de Mad. Deslaurieres. De repente se levantó esta y tomó su sombrero, mas Alicia corrió á ella para detenerla.

—No, no, decia Caristia, basta ya... Vivir asi, no... es demasiado...

Yo estaba conociendo de que tenia alguna parte en la causa de aquel movimiento desordenado de desesperacion, pero no era de los hombres que saben reparar un error con un afecto del corazon, y por tanto no hice mas que acercarme á Mad. Deslaurieres y decirla:

—Señora, sentiria mucho que lo que he dicho la hubiese á Vd. causado alguna incomodidad...

—No señor, no, respondió ella; no es Vd. sino que yo soy una loca y... no señor, Vd. nada ha dicho de que yo pueda quejarme.

—¡Qué animal tan infame es el hombre! Me dis-

gustó que aquella mujer no me hubiese dicho: «Si señor, me ha despedazado Vd. el corazón» y respondí con mucha sequedad.

—Me alegro mucho de no ser causa de los pesares de Vd.

Volvió á mirarme Alicia, y parecia que se preguntase á sí misma cómo podia un hombre ser tan duro y tan estúpido; mas de repente por uno de aquellos arranques prodigiosos que hacen que los espíritus meditadores se pongan en el medio mas oculto de una cuestion me dijo:

—¿Quiere Vd. darme su palabra de honor de que hará lo que yo le diga?

—Se la doy á Vd., respondí persuadido de la estremada delicadeza de Alicia en todas las cosas y escitado por el arrepentimiento de mi necedad.

—Pues bien, replicó ella; tráiganos Vd. mañana el cuadro que está pintado.

Al oír aquella peticion me puse encendido como la grana, y Mad. Deslaurieres casi interrumpió su dolor, tan descabellada y estravagante debió parecerle en aquel momento la proposicion de Alicia.

—No me es posible, respondí tartamudeando, porque no es mas que un boceto.

—Pues como un boceto le juzgaremos... á no ser que su vanidad de Vd....

—Oh! no; aseguro Vd. que no es eso...

—Pues ¿hay alguna otra cosa?

—Sí.

—Cuál es?

—Se la diré á Vd... mañana.

—Veo que le estorbo á Vd., caballero, dijo Mad. Deslaurieres, y me retiro.

—No, no, quédate; replicó Alicia, y dirigiéndose á mí, continuó:

—Tengo su palabra de Vd. Miguel, y no hay remedio, nos ha de traer el cuadro, ó manifestarnos la causa que se lo impide.

—Pues bien, lo diré contesté yo de mal humor. Como quiera que sea, si he sido indiscreto, lo he sido para mi solo, porque nadie ha visto aquel estudio... además pudiera acaso muy bien alegar una excusa... porque no teniendo modelos... he tratado de reproducir las facciones de las personas que veo con mas frecuencia... y si me he negado á traer ese bosquejo ha sido porque esta señora... tal vez se hubiera incomodado de ver... aunque no tengo la vanidad de haber hecho un retrato muy parecido...

Mientras yo decia esto en frases cortadas y á medio pronunciar.... ví que Caristia cogia convulsivamente la mano de Alicia, y que brillaba entre sus lágrimas una alegría celestial.

—Váyase Vd. váyase Vd. me dijo Alicia, de una manera tan perentoria que no dudé en obedecer.

Salí de la sala, pero por entre las rendijas de la puerta, que no acabé de cerrar, ví que madama Deslaurieres estrechó entre sus brazos á Alicia, diciendola en voz ahogada:

—Gracias, hermana, gracias. Oh! creí que me moria.

Sentí que volvía madama Bonsenne y me retiré de allí. Acababa de saber el secreto de aquella alma afligida, y la luz que había brillado á mis ojos me ilustró tanto acerca de mi mismo como acerca de madama Deslaurieres. En el orgullo y sobre tódo en la alegría que sentí al comprender la pasion de Caristia, penetré el sentido de aquella inquietud febril, de aquel tormento perpétuo que me hacia tan áspero, tan duro y tan desgraciado al mismo tiempo. Amaba á madama Deslaurieres; era la imágen que se hallaba siempre presente á mi alma; y cólera ó alegría, placer ó pena, recibia de ella todos los movimientos que me agitaban.

Volví á mi casa y en el primer instante del descubrimiento que acababa de hacer, acogí con gusto aquella revelacion del estado de mi alma; pero poco despues entró un exámen mas detenido de mis afectos, y empezó en otro terreno la misma resistencia que nutritivamente habia opuesto á la pasion que me dominaba sin que yo lo comprendiese.

¡Estraña situacion de mi alma! Cuando ignoraba mi amor, me resistia á la atraccion misteriosa que me llevaba hácia madama Deslaurieres, y cuando le conocí, la primera reflexion que hice acerca de mi pasion, me causó vergüenza: ¡Amar yo á una muger semejante!» me dije á mi mismo. Pero la segunda reflexion fué: ¿Y por qué hé de tratar á Caristia con

ese desprecio? ¿No sé de una manera indudable que todo lo que se ha dicho de ella ha sido mentira y calumnia? ¿No es digno de un corazón noble mostrar á una muger á quien han querido degradar de esa manera, tanto afecto y respeto como maldad han manifestado con ella sus enemigos?»

Una vez entablado este raciocinio, le continué con ardor y saqué de él todas las consecuencias posibles. Llegaba hasta el caso hipotético de que madama Deslaurieres quedase libre, y en tal caso marcado estaba el papel de un hombre fuerte y generoso; debía entregar con orgullo públicamente su mano y su nombre á aquella muger, vengándola así de sus calumniadores, y cubriendo su honor insultado con la pureza de la honra de un hombre de bien.

Así raciocinaba yo, y escitado por los ardientes apóstrofes que me dirigia á mí mismo, por las nobles teorías de una generosidad romántica, por el culto que naturalmente tributa la juventud á toda criatura oprimida, me exaltaba y me prestaba á mí mismo el valor y la fuerza que mi amor exigía, para cualquier ocasion en que pudiese hallarme.

¡Fuerza facticia! ¡Valor de un momento de embriaguez! Luego que pasaba la hora de aquellos largos monólogos, y me encontraba solo con mi amor, me incomodaba y casi le aborrecía, y á pesar de todos mis raciocinios, á pesar de la seguridad que tenía de la inocencia de madama Deslaurieres, volvía

á sentir el mismo pesar, me dominaba la misma repulsion, y me asediaba sin cesar la fatal frase: «¡Amar yo á una muger semejante!» La calumnia la habia tocado, la calumnia la habia empañado, y eso bastaba para mi.

Es cosa terrible de pensar; pero ni mi razon que hacia que me despreciase á mí mismo por culpar á Caristia de su desgracia, ni mi amor que hacia que no supiese mas que pensar en ella, nada podía vencer aquel espanto, aquella vergüenza que me causaba el amarla. Y no fué la lucha de un dia ó una hora, no; fué de todo el tiempo que duró aquella loca y funesta pasion. No podía vivir sin madama Deslaurieres: cuando pensaba que podia no encontrarla, me parecia que no tenia alma, me buscaba á mi mismo, como quien ha perdido el conocimiento de su existencia y á quien falta lo necesario para vivir... y cuando me veia junto á ella, todo era para mi motivo de pesar y descontento.

Si se le escapaba una palabra alegre, me decia á mi mismo, y á veces se lo decia tambien á ella: «En la posicion en que Vd. se halla, una palabra como esa basta para justificar á los malvados que la han perdido.» Si estaba triste, me incomodaba por ellos y la calumniaba interiormente pensando que estaba disgustada por la vida retirada que tenia que pasar... y esto se lo decia tambien á veces. Ella se habia entregado á mi, por decirlo asi, atada de pies y manos, y á una mujer á quien amaba, á

una mujer cuyos virtuosos combates y profunda desesperacion, me constaban de una manera tan evidente, á una mujer á quien por muchas razones hubiera debido consolar, me atreví á decirle cosas que no hubiera dicho á la mujer mas perdida, con que una sola vez me hubiera advertido que no necesitaba mis lecciones. Pero para que hasta cierto punto puedan comprenderse las crueles contradicciones de aquella pasion, es preciso que refiera como nos volvimos á ver despues que cada uno de nosotros estuvo seguro de la pasion del otro, gracias á la escena que habia pasado entre Caristia, Alicia y yo.

Trascurrieron algunos dias, sin que Mad. Deslaurieres volviese á casa de M. Bonsenne. Este no me habia vuelto á hablar del objeto de nuestra disputa, pero yo suponía que el cruel apóstrofe que le habia dirigido Mad. Deslaurieres le habia irritado contra ella y que esta seria la causa de su ausencia. Hubiera podido preguntárselo á Alicia desde luego, pero no pude decidirme á ello. Despues de haber manifestado que Caristia ocupaba sin cesar mi pensamiento, y temiendo que lo hubiese comprendido demasiado bien, me hubiera avergonzado de decir una palabra que pudiera demostrar completamente mi amor. Perdóneseme el que repita tantas veces hasta qué punto estaba en guardia contra mi mismo, porque no fué la mayor desgracia de mi vida, la que me ha hecho tan uraño, tan suspicaz, tan celoso. ¡Infeliz juventud la mia sumida desde su

principio en aquel lago de vicios! Yo creo haber salido de él desengañado, pero poderoso y dueño de mi mismo; acaso haya salido vicioso y esclavo de mi cólera contra todo el mundo. Oh! la mayor desgracia que puede haber es la de no tener un cabal conocimiento de lo que se hace, y dudar de todo hasta el punto de no reconocer el mal y el bien. No importa, he prometido decirlo todo y lo diré.

Iba todos los días á casa de M. Bonsenne, y algunos varias veces. Alicia no podía engañarse acerca del motivo de aquellas repetidas visitas, y además, cuando me hallaba á su lado inquieto, distraído, impaciente, y un campanillazo anunciaba que iba á entrar alguien, en la ansiedad con que fijaba mis miradas en la puerta, en la avidéz con que aplicaba el oído á los pasos de la persona que entraba, no podía menos de conocer que esperaba á alguien y ¿á quién podría aguardar allí sino á Caristia?

Entonces me miraba Alicia y esperaba que la digese una palabra, pero un orgullo insoportable me hacia encerrar dentro de mi mismo el despecho y la desesperacion que me causaba el verme engañado en mi esperanza. Me incomodaba con Alicia porque no me obligaba á que hablase, pero en este punto habia ella tomado una resolucion inviolable, solo una vez me pareció que algunas palabras generales que dijo se referian á mi necia vanidad y á mi manera de conducirme, se trataba de la interminable cuestion de amor tan infinita por la diversidad

de sus caractéres, y no sé como sucedió, pero de una cosa en otra se vino á parar en las pasiones que no se atreve á confesar el que las tiene, y Alicia dijo:

—Entre todas las cobardias, no conozco ninguna mas baja que la del amor cuando un hombre ha nacido cobarde y se esconde á la vista del peligro, obedece á su naturaleza, débil y vergonzosa sin duda, pero con la cual es consecuente. Cuando la educacion de un hombre le ha dotado de aquellos escrúpulos delicados que se alarman de todo, lo mismo de un descuido lijero que de una falta grave, y en virtud de esta delicadeza, escesiva si se quiere, se encieria en una sociedad exacta, correcta, escrupulosa como él mismo; hace bien, porque vá donde encuentra simpatias y se reúne con una sociedad correspondiente á su espíritu y á su corazon, dá lo mismo que exige y forme un contrato que quede ser feliz, porque está hecho de buena fé. Pero aquel en quien la delicadeza no es bastante exigente para determinar la eleccion de la mujer á quien ha de amar, si llega á querer á una mujer que ha cometido una falta ó á quien la ha atribuido, á una mujer degradada por sí misma ó por los malvados, que es peor, si ese hombre por una parte no tiene bastante fuerza para vencer su amor, ó huir de él, y por otra parte no tiene ánimo bastante para rechazar como una vana preocupacion ese minucioso respeto á las ideas de las gentes, si tiene la bárbara pretension

de conservar su amor y sus escrúpulos.

—Será bien desgraciada, dije interrumpiendo á Alicia, que acababa de pintarme en unos cuantos trozos.

—No por cierto, respondió ella con desden; será un cobarde.

Yo arrugué el entrecejo.

—Cobarde con respecto á sí mismo, añadió Alicia con viveza, y mas cobarde todavía para con la mujer á quien ha condenado á obtener su amor.

Eso es muy fácil de decir, Alicia.

Cobarde, con toda clase de cobardias, replicó ella con tristeza, porque se avergonzará de si mismo y no tendrá ánimo suficiente para separarse de aquello que le avergüenza; se avergonzaria de la mujer á quien ama y la abandonará á la faz del mundo, cobarde para con ella, porque pocas horas despues vendrá á poner á sus pies su arrepentimiento, la hará mil protestas, la asegurará de su respeto, la ofrecerá el manto de su proteccion, y mentirá en todo, pues en cuanto llegue una de esas mujeres cuyas risas y miradas saben insultar tan bien, se ocultará, nada verá, nada habrá visto, y si la infeliz que ha creído en él se atreve á quejarse, la echará en cara su desgracia, diciéndola: «que en su posicion no debe esperar sino cosas semejantes.»

Alicia se iba animando al hablar asi, y su exaltacion le daba una espresion admirable, de suerte que yo la escuchaba avergonzado y descontento de

conocer que tenia muchísima razon; de repente se volvió hácia mi con vivesa, y sin que yo pudiese decir que fuese un apóstrofe que se dirigiese á mi mas bien que al hombre ideal que habia pintado, exclamó:

— ¡Miserable! Si ama Vd. á una muger semejante y no tiene el valor que exige esa pasion, huya de ella, ponga entre ambos la distancia, el tiempo, los obstáculos mas invencibles. Mátela Vd. de una vez continuó con furor, porque sino lo hará morir con el suplicio mas largo y cruel que puede imaginarse; mátela Vd. de una vez, ó será un cobarde, el mas cobarde de los hombres. Entre un hombre que asesina de rodillas, con la cabeza inclinada hasta el suelo, pinchando con un alfiler en el corazon y pone en el escudo de sus armas amorosas los huesos de la infeliz á quien ha atormentado hasta matarla, y el hombre que toma un cuchillo ó le claba con fiereza en el corazon de la que no puede hacerle feliz y á quien no quiere sin embargo entregar á otro, matándola con la cabeza erguida, prefiere á este último y casi le estima, porque á lo menos no es cobarde.

Salí aquella noche de casa de M. Bonsenne espantado del porvenir de mi amor, y aplicándome con toda su dureza la lecion que Alicia habia dado á los hombres que desprecian sus propias pasiones y no saben sustraerse á ellas, tomaba la resolucion de huir de Mad. Deslaurieres y no volver mas á verla. Pero era verdaderamente, y mas lo que yo imaginaba

el cobarde que Alicia habia pintado; deseaba confesar mi amor, y en cuanto á las alarmas que le causaba, á la vergüenza que sentia, transigia conmigo mismo y me decia que aquello se pasaria; contaba con el tiempo, con las cualidades, con no sé que, para librarme de aquella funesta contradiccion y al fin de todo, cuando las palabras de Alicia se me presentaban á la imaginacion tan poderosas que no habia miedo de escapar de la condenacion que me imponian, me decia á mi mismo: «Pues bien, si ella sufre, sufriré yo tambien, y no haré mas que devolverla el mal que me cause.»

Después de una conclusion semejante, debia volver á casa de M. Bonsenne y volví en efecto: pasaron algunos dias como habian pasado las anteriores; de nada me hablaban y yo esperaba; sin embargo, mi orgullo y mi paciencia se iban ya acabando, cuando ocurrió un incidente, muy pequeño en la apariencia, pero que llegó á ser un suceso grave.

Un dia que iba yo á casa de M. Bonsenne, salia la criada al mismo tiempo, de manera que entré sin llamar á la campanilla, pues era como la de casa y no creyó la muchacha que fuese presiso avisar, ademas de que tampoco le di tiempo, pues entré inmediatamente en la sala.

Sin embargo, habia yo hablado en voz alta á la criada y tenia que atravesar la antesala la cual bastó para anunciar mi llegada; pero no dió tiempo para evitarla. Cuando abrí la puerta de la sala, ví que

Mad. Deslaurieres habia cogido á toda prisa su chal y su sombrero y se escapaba hácia el cuarto de Alicia, mas al verme se detuvo como avergonzada. Me llegó al corazon aquella fuga, porque al momento conocí que los demas dias habia sucedido lo mismo; que habia querido evitar encontrarse conmigo y que lo habia conseguido mejor.

—Perdone Vd. señora, la digo saludándola, pero no quisiera venir para hacer huir á Vd.

—Es el valor de las mugeres, me dijo Alicia en voz baja; y algo mas valdrian los hombres si le tuviesen.

Huia, pues, de mi, me tenia miedo, temia á mi amor y al imperio que sobre su alma ejercia.... Esto me inspiró un movimiento de vanidad tal, que debi parecer, sin duda, altamente ridículo.

—Quédese Vd., señora, dije á Mad. Deslaurieres, la cedo el sitio.

Ella me saludó con frialdad y volvió á sentarse en la silla de que se acababa de levantar. Me pareció que yo valia algo mas que aquello, y acercándome á ella con aquel aire de tiranuelo de que me avergonzaba cuando estaba en mi juicio, la dije:

—A la verdad, señora, habia temido que la generosidad con que Vd. tomó mi defensa la última vez que nos vimos, hubiese irritado á M. Bonsenne en términos que no hubiese Vd. vuelto por eso á su casa; ahora me alegro de ver que me asusté sin motivo...

No es posible pintar el ademán de sorpresa con que me miró Alicia, pero fué tal, que antes que abriese la boca conocí que habia traspasado los últimos límites de la estupidez, y me quedé cortado. Por primera vez ví que Alicia titubeaba entre la risa y la cólera, pero aquella alma dolorida cayó en su tristeza habitual y me dijo:

—¿Como! ¿Ha pensado Vd. eso y no ha dicho una palabra á mi padre, ni me ha hablado Vd. de ello siquiera! ¿Y ha venido Vd. á una casa todos los dias de donde creía que habian echado á Caristia por su causa! ¡Ah, Miguel!

Era imposible castigar mas severamente una necesidad; una palabra de franqueza me hubiera salvado, pero no pude resolverme á pronunciarla.

—A la verdad, dije á Alicia sin poder contenerme; abusa Vd. del privilegio que tienen las mugeres de poder decirlo todo.

—Sin embargo, ese privilegio no vale tanto como el que los hombres se toman de hacer lo que quieren... Pero dejemos eso, porque es meterme yo en cosas que no me corresponden... Caristia no piensa sin duda, que ha dicho Vd. ninguna cosa fea, puesto que me está haciendo señas para que le deje.

—Pero....

Se sonrió con una cólera desdeñosa, se encogió de hombros y salió de la sala.

Muy apurado me vi al quedarme solo con Mad. Deslaurieres, y ella no sabia tampoco que hacerse.

mas despues de un momento de silencio la dije:

—¡Válgame Dios, señora! tengo desgracia con Vd. No quisiera ofenderla jamás, y sucede con frecuencia que todas las palabras que tengo la honra de dirigirla á Vd. la parecen ofensivas.

—Es inútil que Vd. quiera excusarse, dijo Caristia con voz conmovida, yo no le he causado mal ninguno, ¿por qué habia Vd. de querer hacerme?

—Sin embargo, repliqué conmovido de su emocion; cuando he entrado en esta sala ha tratado Vd. de huir de mi. ¡Oh! ¡Cuánta razon tenia Alicia, y que bien me conocia cuando me pintó como hombre seco y duro delante de testigos, humilde y bajo cuando me encontraba á solas con la muger á quien no me atrevia á querer con la cabeza erguida! Hablaba de ese modo á Mad. Deslaurieres con el corazon trémulo y la voz agitada. Ella nada me respondió ni hizo mas que volver la cabeza.

—¡Y todos los dias ha hecho Vd. otro tanto! continué. Ví què se asomaban á sus ojos algunas lágrimas y repetí:

—Todos los dias ¿no es verdad?

—Es cierto; respondió con voz ahogada.

Y ¿por qué?

Se mantuvo en silencio, y yo insistí diciendo:

—No tema Vd. decírmelo, ¿por qué huia Vd. de mi?

—Por qué? repitió con acento desconsolado. ¡Dios mio! ¡Porque soy tan desgraciado!....

—¿Y porque Vd. padece, huye de los que la aman?

No quiso Caristia dar á esta palabra el sentido en que yo la decia, y respondió.

—No por cierto; vengo al lado de Alicia, de M. Bonsenne, de su esposa.... no huyo de ellos, no.

—¿Pues y yo?

—Vd! exclamó asombrada.

—Yo insistí; yo, que la amo á Vd....

—No, no, dijo ella con tristeza.

—Si, la amo, y Vd. bien lo sabe.

Si, bien sabe Vd. que la amo.

Al oír aquella repentina declaracion retrocedió con espanto Mad. Deslaurieres, y dijo:

—Oh! no es eso de lo que yo trato; no hablaba de su amor de Vd..... no, no, no me hable Vd. de amor.... Yo hablaba (y empezó á llorar) de un poco de amistad, de un poco de compasion respecto á un corazon desesperado.... Eso es todo lo que deseo.... no verme siempre y en todas partes menospreciada, y Vd. no me ama de ese modo.... No me ama lo bastante para compadecerse de mi.... por eso huyo de Vd.

—¡Mas sin duda me he mostrado muy brutal y grosero con Vd.

—Vd. no ha querido hacerlo, no ha pensado en ello.... Vea Vd. M. de Meylan.... soy tan desgraciada.... he sufrido tanto en la vida, que todo me lastima; pero de eso no tiene Vd. la culpa, y no le quiero mal por ello.

Se volvió á mi casa con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas y me dijo con el tono de un niño tímido:

—No me reconvenga Vd. porque huyo de nuevos dolores, porque tengo miedo de una palabra dura.

—Oh! no se las volveré á decir á Vd.... la consolaré como M. Bonsenne y Alicia.

—Ah! no, me dijo con impaciencia, Vd. nó es bueno.

—¿Por qué, señora? ¿porque quiero que Vd. me perdone?

—Yo ya le he perdonado á Vd.

—¿Porque no quiero que me trate Vd. como á un enemigo?

—No creo á Vd. enemigo mio.

—Oh! No; si hay alguna persona que ame á Vd. de veras, soy yo, yo.... esté Vd. segura de ello.

Se volvió hácia mi con tono arrebatado, y me dijo:

—Bien, Vd. me ama... lo creo... no me interrumpa Vd... lo creo, estoy segura... usted me ama... pues esa es mi mayor desgracia.

—¿Su desgracia de Vd!

—Sí, replicó; y oprimiéndose la frente con las manos, con una especie de contraccion dolorosa, añadió: Dios mio! si yo tuviese un hermano, un amigo... se lo diria todo.

Fijó en mi sus ojos ardientes y estraviados y dijo con voz tremenda:

— ¡Y si yo le amase á Vd!

— Usted! exclamé.

— Ah! demasiado lo sabe Vd. replicó ella...

Lo ha visto y se lo han dicho, y esa es la fuerza que tiene contra mi. Si, le amo á Vd. ¿porqué? No lo sé. Vd. jamás ha sido bueno para conmigo, ha dicho de mi cuanto mal ha podido decir... me ha hablado de un modo que estoy segura que no hablaría á ninguna otra muger... y sin embargo... le amo á Vd.

— Caristia! exclamé cogiéndola las manos.

— Oh! Déjeme Vd. acabar, yo se lo ruego, continuó ella:

¿A dónde nos conducirá esa pasión? Reflexionemos.

Si soy lo que las gentes han querido suponer, no merezco que Vd. me ame, y si he sido atrozmente calumniada, ¿quiere Vd. llevarme á que justifique todo lo que han dicho de mí? Si me queda alguna fuerza para vivir en el lodazal en que me han sumergido, es porque me sostiene la convicción de mi inocencia, y me da fuerzas... no me las quite Vd. Una querida es tan poca cosa en la existencia de un hombre, que sería poquísima la felicidad que eso le proporcionase á Vd. y á mi me haría un gran mal. Así, pues, no volverá Vd. á verme, ¿es verdad? Yo se lo suplico.

Madama Deslaurieres habia agotado sus fuerzas y pronunció las últimas palabras con voz casi mori-

bunda. Mas yo, que no escuchaba sino á mi pasión y que la apetecía tanto mas, cuanto que en cierto modo preveía las tormentas que habian de acompañarla, olvidando las advertencias de Alicia y los ruegos de Caristia, la dije que la amaba con respeto, con entusiasmo; que verla y oirla y vivir con su presencia y la esperanza, bastaria á mi corazón; que puesto que ella habia aprobado mi resolución de seguir la noble carrera de las artes, seria para mi la musa misteriosa y omnipotente que presidiria á mis trabajos, pues queria dedicarla mi gloria y consagrarla mis triunfos.

Ah! ¡Qué no la prometí en aquel momento!

¡Cuántos juramentos la hice para tranquilizarla! ¡Con cuántas lágrimas obtuve el perdón de mis durezas! ¡Qué porvenir tan halagüeño, tan consolador, presenté á sus ojos! Sin duda estuve elocuente..... mi amor habló bien y el suyo escuchó mejor. Me permitió que la amase, y se arriesgó ciega é imprudente, al torbellino de un amor culpable que quiere permanecer inocente; inquietud constante, amenazadores remordimientos, senda estrecha por la que camina una pobre muger sin atreverse á mirar mas allá del punto en que pone el pié, hasta que viene á chocar con un obstáculo que la hace caer para volver á levantarse ya perdida. Sin embargo, no debia ser ese el destino de Caristia. Desde el dia en que me permitió que la amase, y en tanto que los juramentos que la habia hecho estuvieron bas-

tante frescos para que me creyese en la obligacion de no faltar á ellos, fui para Caristia un amante respetuoso, un amigo cordial, un consolador delicado, segun ella deseaba. Pero llegó un dia en que la misma intimidad del alma produjo la familiaridad en los hábitos en que me dejó su mano, en que me permitió, acaso complaciéndose en ello que la mirase con atencion. Aquella hermosura que yo habia desconocido tenia espresiones de sencillez infantil tan encantadoras, arrebatos de pasion ardientes, momentos de pudor tan tímidos, tan modestos... que pedia yo al amor todo el amor, y... cosa infame! tirania vergonzosa! verdadera bajeza...! no solo combatia con mi amor, sino que echaba mano de los vicios, de los errores, de los crímenes de otro para derribar por tierra la desesperada resistencia de la muger que me amaba.

M. Deslaurieres habia marchado con paso ligero por la alegre carrera en que se rie de todo, haciendo servir los sentimientos mas honrados de materia á los retruécanos, á las agudezas y á los estribillos de las canciones burlescas. En el lenguaje de ciertas gentes los maridos de esta especie son buenos chicos, porque se achispan, hacen calaveradas... Muchos hombres han empezado asi, pero la mayor parte dejan esta vida desarreglada, ya cuando se casan, ya cuando llegan á tener un hijo que les dá un titulo que exige que un hombre se respete á si mismo; otros se casan y su naturaleza se separa por

si misma de aquellas escenas escandalosas; pero algunos persisten en ellas y se pierden completamente. Ya no se alegran sino se emborrachan; no hacen calaveradas insignificantes, sino se presentan en todas partes con mugeres perdidas; no privan á sus mugeres de algun dinero que gastan en francachelas, sino que dilapidan sus bienes y las arruinan.

Tal era M. Deslaurieres el dia que yo le conocí, y una vez puesto en aquel camino, debia recorrerle hasta el fin.

Ademas su punto de partida habia sido una vileza, pues el modo con que habia robado á Victor Bonsenne, la muger á quien amaba, no habia sido efecto de la resolucion de un corazon generoso, sino de un cálculo tanto mas innoble, cuanto que consideraba como vergonzosa la vida pasada de la muger á quien ofrecia su mano y su nombre, honrado entonces por la reputacion que le habia dado su padre; los cuatrocientos mil francos del dote de Caristia era lo que él deseaba, lo que habia conseguido, y lo que derrochaba en sucias orgías y vergonzosas amistades.

M. Bonsenne habia hecho que Caristia celebrase un contrato que debia atar las manos de un hombre honrado, pero nunca se puede atar bastante bien las de un ladron. M. Deslaurieres habia abusado de la firma de su muger y habia consumido ya mas de las tres cuartas partes de aquel caudal considerable.

Yo sabia todo esto, porque la misma Caristia me

lo confiaba como á un amigo, y en las vivas discusiones que entablábamos sobre este punto, me decia acaso mas de lo que quisiera; asi es que conocia el medio de que se valia su marido para despreciar sus consejos y sus exhortaciones. «Si te quejas á M. Bonsenne, la decia, si le dices la verdad, no seré yo quien lo pague, sino tú y él. ¿No estoy casado con una muger que se ha apropiado la partida de bautismo de una jóven que murió? Pues bien, probaré que no eres la que dices... y si es necesario probaré tambien quien eres.»

Cuando Caristia me contaba estas vergonzosas amenazas, trataba yo de vil, de infame, de miserable al que las hacia, y yo mismo, poco menos vil, poco menos miserable que él, me valia de aquellas infamias para preguntar á Caristia que fidelidad tenia que guardar á un hombre semejante, ó que respeto debia tener á unos deberes tan ignominiosamente desconocidos. La instaba, la suplicaba, la amenazaba con que huiria de ella... y cuando mas fuerte que yo, y mas fuerte que ella misma, me rechazaba desesperada, la atormentaba con el insulto mas cruel; me mostraba celoso y la reconvenia de que amaba á M. Deslaurieres.

—Si, esclamaba, la engaña á Vd., la insulta, la arruina, la amenaza... es un malvado, y sin embargo, Vd. le ama... si, le ama; las mugeres son Vds. asi, y si llegára un dia que la diese latigazos, puede que le quisiera usted todavia mas.

Oh! entonces la infeliz muger se entregaba á la mayor desesperacion; se mordía los lábios para que no dejasen pasar los gritos de su alma, ó si el dolor era superior á ella, deseaba morir para verse libre del tirano que era su marido y del tirano que no sabia ser su amante. Quería morir, pero resistia á mis instancias. Todavía me acuerdo de haberla visto de rodillas delante de mi, diciéndome, con las humildes caricias de la esclava á quien se ha pisoteado y trata de contestar á su señor:

—Miguel! Miguel! Compadézcase Vd. de mi. ¿Qué importa lo que es mi marido? ¿Acaso sus faltas harán que las mias no lo sean? Escúcheme Vd., Miguel; yo puedo ser de Vd., pero no soy de las pobres ciegas que no saben adonde van. El dia en que Vd. me haya insultado lo bastante para que me decida á merecer el insulto... ese dia empezará mi muerte, porque ese dia me despreciará Vd. Ah! no crea Vd. que esta será la frase vacía que todas las mugeres dirigen á su amante sin creerla, no; es la espresion de una cosa inevitable; Vd. me despreciará á pesar suyo y yo moriré en vista de ese desprecio. Pero ¡qué digo! usted casi me desprecia ya siendo inocente...

Entonces me conmovia aquella voz humilde, aquella mirada desesperada, aquel pecho despedazado por los sollozos; creia en su virtud y le pedia perdón. Mas luego llegaba la hora en que aquella misma virtud me animaba á triunfar, y despues ve-

nia un momento en que cansada de creer en ella volvia á mis sospechas y me preguntaba á mi mismo si el mundo calumniaba tan brutalmente. Cuando á fuerza de cólera llegaba á fijarme en el pensamiento de que todo aquello era una comedia de virtud despues de una vida de libertinage, me irritaba todavia mas aquella resistencia. En fin, de cualquiera manera que mi pensamiento se fijase en Caristia, deseaba vencer la resistencia que me oponia porque la amaba como se ama en la primera juventud, porque la veia en mis sueños, porque me estremecia al contacto de su mano, porque en medio de una concurrencia, la pluma de su sombrero, la punta de su chal, cualquiera cosa me decia es ella antes que mis ojos hubiesen podido reconocerla. La veia por decirlo asi, con el corazon.

Acaso hubiera tenido que sucumbir al fin en aquella série de violentos ataques, en que tenia que defenderse de mi y de si misma, si un suceso triste á que siguió otro suceso menos triste, pero de tanta gravedad, no hubiese venido á introducir un verdadero dolor en medio de aquella pasion que me absorbia completamente.

Un dia me trajo un ordenanza una carta del ministro de negocios estrangeros, en la cual me invitaba á que pasase inmediatamente al ministerio. Solo una desgracia ocurrida á mi padre podia hacer que me llamase el ministro, y asi es que corrí á verle. Yo era un jovencillo de bien poca importancia; y

sin embargo, los porteros estaban prevenidos y me hicieron entrar sin detencion en el despacho del ministro. Temblaba yo de lo que iba á decirme, y la manera con que me recibió no me dejó duda de mi desgracia, por lo cual le ahorré, por decirlo así, el trabajo de noticiármela, pues exclamé.

—¿Ha muerto mi padre?

—Si señor, contestó él.

La noticia era terrible y yo la recibí de lleno en el corazon, sin preparacion alguna y sin ninguna de las cosas que pudieran dulcificarla. No me extenderé en frases pomposas para explicar lo que sufrí; solo diré que entonces por primera vez en mi vida, supe cuán terrible y severo es tener que fijarse uno en sí mismo, como sucede en circunstancias fatales como lo que á mi me acontecia.

Mientras uno vive del dolor de las personas á quienes quiere, confiando en la existencia de esas personas y en la suya propia, es muchas veces ingrato, injusto y aun cruel con ellas. Lo reconoce, lo censura, pero las mas veces deja para el dia siguiente el cuidado de reparar el error de la vispera sin pensar que el dia siguiente no le pertenece, y eso fué lo que á mi me sucedió.

Acababa de pasar algunos meses sin pensar en mi padre, porque cada dia habia ido dejando para el siguiente el escribirle, siendo así que le habia prometido hacerlo todas las semanas; sin duda habia muerto en el desconsuelo de creer que su hijo se

habia olvidado, y entonces conoci que el remordimiento puede dar nueva fuerza al dolor. Mi primer grito fué una esclamacion de pesar por la pérdida que acababa de sufrir, el segundo una acusacion contra mi mismo, olvidé que me hallaba en presencia de un hombre á quien no conocia y cuya posicion social exigia de mi parte cierta reserva, aun en medio de las desgracias que me afligia, y manifesté en voz alta las reconvenciones que sentia en el corazon contra mi propia conducta. El ministro me escuchó con la calma y paciencia de un hombre de mundo, y cuando se calmó algun tanto mi primera emocion, cuando empecé á disculparme de haber dado aquella expansion á mi dolor y á mi arrepentimiento, me habló de esta manera:

—Puesto que Vd. reconoce y confiesa que desde que se marchó su padre, no ha sido lo que debiera ser, honre Vd. su memoria con una resolucion digna del buen nombre que le ha dejado. Sé que vive Vd. en una sociedad que no es muy conveniente para nadie, y sí peligrosísima para un jóven como Vd.

No comprendí bien á que aludia el ministro, y como las fatales intrigas en que á pesar mio me habia encontrado justificaban demasiado sus palabras, le respondí con tono sumiso:

—Puede Vd. creer que la casualidad es quien me ha llevado á ella.

—Lo sé, me respondió con una bondad paternal; mas sin embargo, permítame Vd. que le diga que

hay personas de esa misma sociedad, á quien Vd. continúa tratando con mucho gusto.

—Como no sea á la del sugeto á quien mi padre me dejó recomendado, no voy á ninguna casa.

—Pero en esa casa, segun me han dicho, vé Vd. con frecuencia á un tal M. Deslaurieres, hombre lleno de vicios y deudas, cuyo ejemplo puede ser muy fatal para Vd.

—Ruego á Vd. que crea que le veo lo menos que me es posible, respondí.

El ministro se sonrió y me dijo:

—Pero vé Vd. todo lo mas que puede á Mad. Deslaurieres.

A pesar de la obstinaeion de mi carácter, era demasiado jóven y me hallaba en presencia de un hombre que ocupaba un puesto demasiado elevado para que no me turbase aquella especie de acusacion. Me puse colorada y el ministro continuó:

—Es una muger de malas costumbres, y lo que es peor de reputacion perdida.

—Ha sido calumniada, exclamé yo; infamemente calumniada.

El ministro volvió á sonreirse y replicó:

Estas son cosas que un hombre de mi edad no se mete á discutir con un jóven enamorado. Pero dejemos eso; la proposicion que voy á hacer á Vd. si la acepta, cortará todos los peligros de un trato semejante y toda discusion que pudiera suscitarse sobre ese punto. Conozco á Vd. mas de lo que piensa, y

sé que reúne cualidades con las cuales puede llegar á ser un jóven brillante. Cualquiera que sean sus opiniones de Vd. acerca del gobierno, este aprecia á los hombres en su justo valor y trata de atraérselos; la muerte nos ha privado de recompensar dignamente los servicios de su padre de Vd.; y yo he creído que debia pagarlos ofreciéndolos á Vd. medios para que siga la carrera que él tan dignamente ha recorrido. Esponiéndose al riesgo de la lejana mision que le hemos confiado; ha encontrado una muerte honrosa, y puesto que el servicio del rey ha privado á Vd. de su mejor protector y su primer amigo, el rey quiere reemplazarle, encargándose de su porvenir de Vd. Me lisonjeo de que no titubeará para aceptar sus beneficios.

Yo era muy liberal y me gloriaba de mis opiniones de oposicion, pero no es indiferente nunca á un jóven verse por primera vez en su vida tenido por algo; en una region tan elevada como la de la política. Mi vanidad fué pues, superior á mis escrúpulos y respondi que me confundia tantas bondades y que haria todos los esfuerzos imaginables para merecerlas.

—Pues bien, repuso el ministro; tiene usted dos meses para arreglar todos los negocios de la herencia de su padre, y no olvide que pasado este tiempo queda Vd. á disposicion del gobierno. Ya vé Vd. que el rey desea reunir á los hombres de bien de todos los partidos y que no se necesita tener un nom-

bre ilustre para que se recompensen en el hijo los servicios del padre. M. Deslaurieres es el mejor ejemplo de las disposiciones de S. M., pues lo que le ha protegido hasta el dia contra una destitucion de que está muy amenazado y que al fin llegará á verificarse, no es otra cosa que el nombre de su padre, que murió en Waterloo, combatiendo por el triunfo de Bonaparte.

Añadió el ministro algunos consejos llenos de bondad, acerca de la conducta que yo debia seguir, y me separé de él, prometiéndole que no tardaria en volverle á ver.

Si he de decir la verdad hasta mucho tiempo despues no recordé las palabras de aquella conversacion, pues la noticia de la muerte de mi padre y la propuesta que se me hacia, apenas me habian dejado tiempo para comprender lo que me habia dicho respecto á mis relaciones personales con M. y madama Deslaurieres. Mas adelante fué cuando recordé con disgusto de mi corazon las palabras del ministro; es una muger de malas costumbres, y mas adelante fué tambien cuando recordé que M. Deslaurieres se hallaba amenazado de una próxima destitucion.

No escribo estos recuerdos para presentarme como un héroe de novela, ni para disculparme si he hecho mal, ni para glorificarme si he hecho bien; los escribo únicamente para esplicarme y para dar á conocer á los que todavia se interesen por mi, co-

no he llegado á ser lo que soy, manifestándoles lo que antes he sido.

Cuando volví á casa de M. Bonsenne le referí mi desgracia; mas fuese por vergüenza de pensar en otra cosa que en la muerte de mi padre y confiar las esperanzas que el ministro habia mezclado con la mala noticia que me dió, fuese rubor de haberlas aceptado despues de haberme manifestado tantas veces enemigo mortal del gobierno, lo cierto es que nada le dije acerca de este punto.

Pasaron asi ocho dias, durante los cuales apenas vi á madama Deslaurieres, cuyos consuelos me pareció que carecian de ternura, pues no fuí capaz de comprender las palabras que me dijo y que ocultaban el silencio que guardó conmigo.

Llore Vd. á su padre, me dijo, no porque ha muerto, sino porque Vd. me ha perdido. No soy yo la que quisiera consolar á Vd. de esta pérdida.

Pero deseo acabar cuanto antes esta narracion, porque el hombre es una miserable criatura, y despues de haber tenido ánimo para referir todas las infamias de que habia sido confidente, me falta ahora cuando estoy en el caso de manifestar mis propios vicios.

Quince dias despues de haber sabido la muerte de mi padre, volví á ver al ministro, no espontáneamente, sino en virtud de una nueva carta que me escribió, y en esta nueva conferencia acepté todas las proposiciones que me hizo.

El pesar de separarme de madama Deslaurieres cedió por un momento en mi corazon al convencimiento que habia adquirido de la inutilidad de mis esfuerzos para vencer su resistencia, y este convencimiento dictó mi decision acaso mas que mi voluntad. Mas sea lo que quiera de los sentimientos que me dirigieron en aquel momento, lo cierto es que yo habia resuelto abandonarla y no tenia valor bastante para decirle cual era la causa porque lo deseaba.

Pero ¿no será mejor que refiera la causa que pasó entre ella y yo, que no trate de explicar sentimientos tan inciertos, tan contrarios, tan inexplicables?

Una vez tomado aquel partido me tuve por desgraciado, y eché la culpa á los que me habian inducido á tomarle, y no contento con eso, casi detesté á madama Deslaurieres, de quien me aconsejaba que huyese.

Un dia que fui á verla y que yo estaba triste y descontento, la encontré á ella tambien llorosa; lejos de afligirme su tristeza no hizo sino irritarme, porque cuando uno sufre le parece que en los demas es una pretension insoportable el sufrimiento. Madama Deslaurieres valia mucho mas que yo, y asi es que enjugó sus lágrimas y notando el tono triste y breve de mis palabras trató de informarse de lo que tenia.

—Tengo, la dije, que no puedo vivir asi mas

tiempo... tengo... que estoy solo en el mundo, que nadie se interesa en él por mí, que estoy desesperada.

Caristia estaba acostumbrada á las extravagantes salidas de mi carácter, y sabia muy bien que casi siempre procedian de alguna causa que no queria confesar.

—Dios mio! ¿Qué le ha sucedido á Vd? Volvió á preguntarme.

—¿Es necesario que me haya sucedido alguna cosa mas que la desgracia que he sufrido?

—No por cierto, pero para haber escitado su dolor de Vd. de una manera tan viva, me parecia..... temí...

—¡Válgame Dios! exclamé yo. Tiene Vd. de mi una opinion muy singular. Porque consigo algunas veces dominar la violencia del dolor que sufro, se imagina que nada siento; y cuando cansado de luchar conmigo mismo dejo de ver mi desesperacion, me acusa Vd. de arrebatado y extravagante.

Madama Deslaurieres me miró tristemente y bajó la cabeza sin responder; yo tambien me mantuve un momento en silencio, y al fin le rompí diciendo furioso:

—¡Y llama Vd. á eso amar! cuando tengo el corazon despedazo, cuando soy el hombre mas infeliz, no encuentra Vd. siquiera una palabra para consolarme! Oh! Crea usted que quisiera mejor haber muerto ó estar muy lejos de aqui que vivir como vivo.

Madama Deslaurieres no me respondió tampoco y me pareció que su pensamiento se alejaba de mi para fijarse en ella misma. Sus miradas se perdieron en el espacio y percibí que murmuraba entre dientes estas palabras: «¡Y se queja!» y su mano, apoyándose sobre el corazón, apoyaba el sentido de aquella palabra: «¡se queja!» quería ella decir; y no piensa en mi que soy tan desgraciada!

La comprendí y me incomodé contra ella, mas eso no debe causar admiración. Acababa de resolverme á abandonar á aquella muger que me amaba tanto; ¿no habia de querer que pagase ella mi falta?

—Perdone Vd. la dije con indiferencia, que la incomode con mis lamentos; conozco que eso la fastidia, pero acaso no esté léjos el día en que dejará Vd. de oírlos.

Caristia empezó á llorar.

—No tardará mucho el día, continué yo, en que no volverá Vd. á verme.

Caristia ocultó el rostro entre las manos, y yo la dije encolerizado:

—Pero ¿Vd. quiere que me vaya? Pues me iré.

—Mejor seria para entrambos; respondió con voz moribunda.

Esa era la palabra que tanto deseaba y habia buscado, porque era la que debia absolverme de la resolución que habia tomado.

—Está bien, exclamé; marcharé puesto que Vd. lo quiere y es quien me lo ha mandado.

Levantóse entonces por uno de aquellos movimientos violentos, contra los cuales procuraba envano luchar, y cediendo á la fuerza de imaginacion y el dolor que experimentaba exclamó fuera de sí:

—¡Es espantoso sufrir de este modo! Váyase Vd., si, váyase Vd. y déjeme morir sola. Vd. nada siente! Vd. nada vé! Es Vd. desgraciado, dice, y yo... yo estoy deshonrada! ¡Yo tengo un marido desgraciado! No hace una hora que ha venido á decirme que le han separado de su empleo; no hace una hora que me ha confesado que todo mi caudal se ha perdido; no hace una hora que me ha acusado de que mi mala conducta le han inducido al vicio, no hace una hora que me ha dicho que el escándalo que yo daba y la debilidad con que él lo sufría han sido la causa de su destitucion y de nuestra completa ruina; no hace una hora que me ha echado en cara que Vd. es mi amante; y cuando siento despedazarse mi corazon bajo el peso de tantas injurias y de tantas desgracias, y perderse mi cabeza á la vista de tantas infamias y miserias ¡viene Vd. á decirme que es desgraciado! ¡Y me injuria porque lloro! ¡Y me dice que le echo de mi presencia!

—Oh! Caristia, Caristia! exclamé tratando de calmarla; he hecho mal, perdóname, he sido un insensato.

—Ah! por lo que veo en los demas, contestó separándome, podría muy bien pensar que su resolu-

cion de Vd. estaba tomada, que quiere marcharse, y que necesitaba como todos la mentirosa excusa de poder decir que yo le he impelido á ello.

Confieso que aquel golpe me llegó derechamente al corazon; conocí todo el horror de la indigna comedia que estaba representando, y pedí sinceramente perdon á aquella á quien habia ofendido tan cruelmente, se le pedí á la verdad con nobleza porque me entregué a su arbitrio, confesándola que lo habia adivinado, y despues cuando sus lágrimas hubieron calmado su cólera la dije:

=¡Si supieras cuanto he tenido que sufrir para resolver á separarme de tí! Te he prometido mas de lo que puedo cumplir; te he ofrecido vivir á tu lado, respetar tus escrúpulos, aceptar tus negativos; pues bien, es un esfuerzo de que conozco que no soy capaz. Llegará un dia en que no pueda defenderte de mi sino rechazándote como á un malvado; he querido respetar tu amor y el mio, y me he decidido á partir.

Caristia me escuchaba con los ojos alzados al cielo y dirigiendo á Dios una oracion mental para rogarle que la auxiliase en aquella ocasion decisiva, yo la miraba entretanto y nunca me habia parecido tan hermosa. En fin, bajó hácia mí, que me hallaba de rodillas delante de ella, sus lindos ojos animados por una llama celestial, y me dijo:

—Si, marche Vd., Miguel, váyase Vd., yo se lo suplico. Yo tambien necesito esa ausencia para re-

cobrar un poco de valor. Ahora comprendo que la desgracia llega á veces á un punto tal que miramos el mismo mal como un consuelo. ¿Quién sabe, añadió fijando en mis ojos sus ardientes miradas, si llegaría un momento en que yo cediese?

Quise estrecharla entre mis brazos, mas ella se separó con viveza y continuó diciéndome:

—Porque al fin, sufrir siempre, siempre, siempre es demasiado, para que al fin no quiera una tener el derecho de poder decir: lo he merecido.

—Y si se halla la felicidad! exclamé.

—No, no, replicó. Quiero que Vd. se vaya... es preciso... y ¡quién sabe si entonces le dejaría marchar!

Diciendo esto se alejó, y creí que mi suerte se había fijado para siempre.

Pero se estaba preparando otro acontecimiento, no menos grave, y tal que titubearia en contarle sino le hubiesen presenciado testigos que viven todavía, y que podrian declarar la verdad en caso necesario.

Como he dicho ya, M. Deslaurieres habia sido separado de su destino, despues de haber derrochado la mayor parte del dote de su muger; pero todavía la quedaba lo suficiente para vivir, si se hubie-ra conformado con vivir modestamente. En la posición en que se encontraba era poco menos que imposible que M. Bonsenne no interviniese en sus negocios y tratase de arrancarle los restos de la ri-

queza de Caristia, pero precisamente esos restos eran los que queria coger M. Deslaurieres, é hizo lo que voy á referir porque la verdad exige que lo diga.

De todas las cosas que me incomodan no hay ninguna que deteste mas que ver lo innoble mezclado con lo ridículo la tragedia que acababa en una necesidad. Pero ¿para qué tomo todavia estas precauciones? El hecho tal como pasó, es el siguiente:

Una noche me hizo despertar un movimiento estraordinario, algunos gritos, el ruido de puertas, que se abrian y cerraban y campanillazos que sonaban en toda la casa. Abrí una ventana y vi que se movian luces en la habitacion de Mad. Deslaurieres observé tambien que su criada atravesaba el patio y subia corriendo mi escalera y salí á la puerta creyendo que venia á buscarme; pero la criada no hizo mas que pasar á mi lado y decirme con rapidez.

—Voy á buscar al médico, porque mi ama está envenenada.

Me quedé espantado al oír aquella terrible nueva y corrí como un loco á casa de M. Deslaurieres, con la duda que se me habia ofrecido á la imaginacion de si seria un crimen ó un suicidio. ¿Habria querido el miserable que habia perdido á Caristia completar todo su crimen, ó seria ella misma la que cansada de padecer, arrojaba la carga de la vida?

Quando llegué, encontré á Mad. Deslaurieres

acostada en su cama, y entregada á los dolores mas agudos. Su marido estaba de pié junto á ella, con el rostro encolerizado, y oí que la decia brutalmente:

—¡Infeliz! ¿Confesarás al fin tus crímenes? ¿Confesarás que me has engañado en tu vida, diez, veinte, treinta veces?

Con grande asombro mio, ví tambien allí á Morinlaid y otro compañero de M. Deslaurieres en sus orgías, á quien no conocia yo. Deslaurieres me vió entrar y exclamó con mayor violencia todavia.

—No quieres decir la verdad, y sin embargo, aqui está tu amante actual, que se atreve á venir á mi casa sin duda, porque ha sabido que acababa de castigarte.

Y volviéndose á mi añadió:

—Salga Vd. al momento de mi casa, caballero.

—No, Miguel, quédese Vd. dijo Caristia; quédese Vd. para poder dar testimonio de mis últimas palabras. Me ha envenenado Vd., prosiguió dirigiéndose á su marido, porque ha supuesto que he faltado á mis deberes, y ahora para justificarse de su crimen, quiere Vd. hacerme confesar que he sido culpada. Pues yo declaro delante de los hombres que me escuchan, delante de Dios que me juzgará bien pronto, y en presencia de la muerte y de la eternidad, que jamás he faltado al respeto que le debia, jamás he cometido una falta de que usted pueda reconvenirme.

En este momento entró el doctor Bequillet, y corrió hácia el lecho de la paciente, en tanto que yo examinaba á M. Deslaurieres, en cuyo rostro solo se percibia la espresion de un furioso despecho. Empezó á marchar de prisa por la sala, y oí que dijo entre dientes al pasar cerca de Morinlaid y de su compañero:

—Decididamente, parece que no lo soy.

Entretanto el doctor preguntaba á Mad. Deslaurieres, que se negaba á responderle y hablaba de enviar á buscar algunos medicamentos. De pronto le separó de la cama M. Deslaurieres, y le dijo en tono seco:

—Todo eso es inútil, doctor; la comedia se representó ya. Esta señora está tan envenenada como Vd. ó como yo; un poco de jalapa es la que lo ha hecho todo.

Nos quedamos admirados de la impudencia con que aquél hombre confesaba una accion inaudita, mas él nos miró al médico y á mí riéndose, y dijo:

—Ha sido ocurriencia ¿no es verdad? ¿qué quiere Vd? Yo deseaba saber lo que debia pensar y ahora ya sé que soy un marido muy feliz. Solo me falta pedir á esta señora que me perdone la prueba...

No quiero pasar de aqui, ni manchar este papel con las groseras espresiones de que se valió Deslaurieres; solo diré que fueron tales, que hasta sus mismos compañeros, con ser tan innobles é infames, se avergonzaron de ellas y le sacaron de allí. Habia

llegado á aquel punto en que el vicio embriaga y escita á vengarse de la bajeza de una accion por la innoble ridiculez con que se la presenta. Yo habia salido á la sala y dejado al doctor con madama Deslaurieres.

Al cabo de cierto tiempo quise volver á verla, y el doctor salió á la sala á buscarme.

—¿Todavía está Vd. aqui? me dijo. ¿Cómo se atreve Vd. á querer ver á Mad. Deslaurieres?

—Porque padece... porque está enferma...

—Está enferma... está enferma, repitió el doctor con impaciencia. Vive Dios, que si, que está mala, pero Vd. nada tiene que hacer aquí.

—A lo menos que sepa, le dije, que no me he marchado hasta que Vd. me ha tranquilizado acerca de su estado.

Es imposible ser mas estúpido que yo. Creo que si me hubiera atrevido á hacerlo, el doctor me hubiese dado de palos; mas al fin me cogió por un brazo y me echó de la casa diciéndome:

—Si supiese que estaba Vd. aqui se moriria de vergüenza.

Estaba ya al pié de la escalera y todavía no lo habia comprendido. Amaba demasiado á Mad. Deslaurieres para no haber considerado como un crimen la innoble burla de que acababa de ser víctima y no habia pensado que la desgracia pudiese tener dolores ridículos que un amante no debe presenciar.

M. Deslaurieres acababa de hacer á su muger

acaso mas mal que todo el que le habia hecho hasta entonces. Despues de haberla abandonado á la calumnia, y de haberla espuesto á la risa y á la burla de dos pillos, me parecia estar oyendo sus groseras chanzas sobre el movimiento de los criados, los cuidados del doctor y las posturas trágicas de M. Miguel Meylan, todo porque habian dado á Mad. Deslaurieres un poco de jalapa.

Cuando Alicia me habló de la bajeza de un hombre que atormenta á una mujer y la mata á fuerza de pesares, se olvidó de poner todavía mas abajo que este al hombre que la ahoga en el fango.

El dia siguiente recibí un billete de Carístia que contenia estas palabras: «No venga usted á verme.»

Fuí, pues, á casa de M. Bonsenne, á quien habia ella prevenido, el cual me dijo que Deslaurieres no habia vuelto á su casa y me esplicó el secreto de aquella innoble bufonada.

M. Deslaurieres, separado de su destino y reducido á los restos del dote de su muger, habia pensado que seria prudente apropiárselos; y habiendo llegado, segun parece, á oídos de M. de Favreuse la amenaza que continuamente la estaba haciendo de que revelaria el secreto de su nacimiento, el conde le envió á decir que le cortaria las orejas si se tomaba la libertad de decir una sola palabra que se pareciese á una revelacion. Ademas, segun parecia de la correspondencia que tenia Victor en su

cartera, M. Deslaurieres no podia suponer que le habian engañado, y si habia un crimen ó un delito, en la manera con que se habia acreditado el estado de Caristia para casarse, su marido era el primer cómplice.

No le quedaba al miserable mas que un solo medio de obligar á su muger á que le cediese los restos de su riqueza, y este medio era hacerla víctima de un escándalo personal.

Aunque M. Deslaurieres habia manifestado en varias ocasiones la importancia que daba á la fidelidad que se le debia, yo no creo que uniese á ella las grandes ideas de honor que á veces deciden de la vida de toda una familia. Por otra parte, aunque él podia saber mejor que nadie que su muger habia sido víctima de una maquinacion, y que la habian entregado de propósito á los dientes de la calumnia, creo que no estaba completamente seguro de ello, porque no podia pensar el bien, el que vivia siempre entre pícaros que por una hora de placer, hubieran vendido á su padre, á su marido y á sus hijos; él que vivia en una bacanal continua de libertinage, en que cada cual apenas podia contar con los dedos sus aventuras de la semana, se decia *in petto* que no era posible que hubiese una muger que estando abandonada como la suya, no cediese en fin á las tentaciones del amor, y sobre todo á las tentaciones, mucho mas seductoras de la vergüenza: y obligado á reconocer que ninguna de aquellas

á quienes habian querido honrar con su deshonra, habia tenido el placer fijo en mi persona su última esperanza.

La frecuencia con que yo visitaba á Mad. Deslaurieres y mis arrebatos, mas que mis ternezas, le habian hecho formar una idea casi segura de la superioridad de mi amor, y conocia lo bastante á los hombres para saber que no maltratan á una muger hasta que nada tienen que conseguir de ella. Nos habia acechado mucho á Caristia y á mi, y como la inocencia es la mayor habilidad no habia podido descubrir sino muchas conversaciones, algunas que-rellas violentas, y las paces que se les seguian; mas esto, en su opinion, era demasiado para no ocultarlo todo. En consecuencia, tomó su partido, y no habiendo podido descubrir directamente el crimen, especuló sobre una declaracion y preparó la confesion de su muger, llevando testigos, cuyas declaraciones debian servir de base á una acusacion, de resultados de la cual pensaba posesionarse de lo poco que le quedaba á Mad. Deslaurieres.

Ya se ha visto cual fué el desenlace tan burlesco como innoble de aquella vergonzosa combinacion.

Esto me dijo M. Bonsenne, participándome la resolucion que Caristia habia tomado de salir de Paris y retirarse al campo, no solo por no encontrarse con su marido, sino tambien, (me dijo M. Bonsenne) para evitar otros pesares. Estas palabras me

dieron á conocer que en la nueva posicion en que la dejaba el abandono de su marido, deseaba Caristia ponerse á un mismo tiempo á cubierto de la calumnia y de la persecucion de mi amor.

Traté de verla, mas me digeron que ya habia marchado; pregunté á donde habia ido, pero M. Bonsenne no quiso decírmelo.

Inútil es que diga la cólera que me causó aquella negativa, pero ¿por qué cólera mas bien que dolor? Porque conocía que Caristia se me escapaba, porque no veia en aquella fuga una prueba de indiferencia, sino una precaucion contra la cual yo nada podia.

Quise aparentar orgullo, y por espacio de muchos dias guardé el mas profundo silencio acerca de Mad. Deslaurieres, pero al fin mi pesar fué mas fuerte que mi vanidad.

Mas tambien me engaño cuando digo esto, porque no tuve la franqueza de manifestar mi desesperacion, y tomé un sesgo para llegar á mi fin. Una noche indiqué á Mad. Bonsenne y á Alicia que iba á salir de Francia muy pronto. Alicia me felicitó por ello, y habiéndose entablado la conversacion sobre este objeto, la terminé con una frase que llevaba preparada diciendo:

—Lo que sentiré mucho al marchar, es el no haber podido despedirme de Mad. Deslaurieres.

Examiné el efecto que producía esta insinuacion, mas cuando vi que Alicia permanecía inmóvil,

y cediendo al fin mi carácter miserable al dolor que experimentaba, la rogué en voz baja que tratase de conseguir para mi aquella última visita.

=Será una locura, me contestó, porque se la concederá á Vd. y Vd. no es bastante generoso para perdonarla el que haya huido, de modo que se separará de ella dejándola un pesar mas. Sin embargo, la diré que Vd. desea verla; es tan desgraciada que no quiero privarla de la alegría de ese último dolor.

Dos dias despues sabia yo que Caristia estaba retirada en Fleury, y que habitaba en una casita pequeña, cuyo jardin daba al bosque. Aquella misma noche me esperaba.

Salí al oscurecer, y valiéndome de las señas que me habian dado llegué á la puerta del jardin, que debia hallar entreabierta, mas sea que me hubiesen faltado á la palabra, sea que fuese por un olvido, estaba cerrada. Esperé cerca de una hora, paseándome por la calle de árboles á que daba la puerta, y aunque era de noche, la luna alumbraba lo bastante para que pudiese percibir que un hombre que pasó á lo largo de la pared del jardin examinó aquella puerta y aun la empujó para asegurarse de que estaba cerrada.

Yo me hallaba á treinta ó cuarenta pasos y al ver á aquel hombre tuve tiempo para retirarme detrás de un árbol grueso de modo que él no pudiese verme. Vi que escuchaba, aplicando el oido á la

puerta, y como podia ser un malhechor iba ya á acercarme, cuando él se alejó con rapidez haciendo un gesto que podia interpretarse de dos maneras diferentes. O era la espresion de un hombre que toma un partido violento, ó la del que renuncia á un proyecto que acaba de conocer que no puede llevarse á cabo. Acérqueme, pues, á la puerta resuelto á no separarme de allí, y sintiendo una estraña inquietud que hizo callar al mal humor que me causaba el esperar tanto tiempo.

Madama Deslaurieres me habia enviado á decir con Alicia que vendria ella misma á abrirme la puerta, pero que no podia hacerlo sino despues que se hubiesen recogido todas las gentes de la casa. Esperaba pues, contando los minutos y escuchando con la mayor ánsia, cuando me pareció que oia ruido lejano de voces en la casa, que estaba separada del bosque por un jardin bastante grande; despues, golpes repetidos que daban á una puerta, luego el ruido de una vidriera que se rompía, gritos mayores, y por fin dos tiros de armas de fuego.

Me hallaba junto á aquella puerta cerrada y al pié de una pared bastante alta; traté de escalarla, pero no pude; los gritos seguian y era preciso que rodease mas de la mitad del pueblecillo para llegar á la puerta de la casa que daba á la calle principal.

Me dirigí allá con rapidez, pero no habia andado cien pasos cuando oí gritar detrás de mí al asesino, al asesino; no hice caso y seguí mi carrera.

Al llegar á la entrada del bosque, que llaman el parque de Fleury sentí que me agarraba un guarda, y no queria de ningun modo soltarme. En vano protestaba mi inocencia, en vano le esplicaba que me dirigia á la casa donde sin duda se habia cometido algun crimen, se obstinó en tenerme preso, y auxiliado por otro compañero suyo, que habiendo oido los gritos y visto que yo corria, habia gritado: al asesino, me condujo á casa del maire, que se hallaba en la de Mad. Deslaurieres, donde en efecto se habia cometido un crimen.

La criada que nos lo dijo nos habló de un caballero á quien habia encontrado con ella su marido, y aun indicó que ella y el tal caballero habian sido muertos por el marido. Al oirlo perdí la cabeza; por primera vez preveí una desgracia de que tal vez yo solo habia sido causa, y pedí que me llevaran á la casa.

Cuando llegué me hicieron entrar en una sala del piso bajo, donde estaba M. Deslaurieres, sentado en una silla, y atado de pies y manos. Hallábase sumamente pálido, con el cabello en desórden y erizado en la cabeza, y los ojos desencajados, que parecia que no viesen nada de cuanto la rodeaba; sin embargo, cuando entré se fijaron en mi con una espresion de asombro que en breve tomó otro carácter mas feroz.

—Ahí está! exclamó con voz ronca y furiosa. Bien decia yo que estaba aqui, ese es á quien yo he

querido matar.... ese, ese es el amante de mi muger.

—Quiso arrojarse á mi como para despedazarme con sus dientes, pero en aquel momento entró el magistrado y preguntó quien era yo y la causa por que me habian preso. M. Deslaurieres no me dió tiempo para responderle, pues empezó á gritar de nuevo:

—Ese es.... ese es á quien yo he querido matar.... ese es el amante de mi muger....

Al oír aquella declaracion mudó completamente el tono de magistrado con respecto á mi, y me mandó que le siguiera.

Pasamos á otro cuarto en que yo creia encontrar á Caristia, y me estremecí al ver en el suelo manchas de sangre, un cirujano y una muger cuidando á un herido á quien yo no veia. Me dirigí hácia la cama llamando á Caristia, mas no era ella sino M. Bonsenne. Me reconoció y me alargó la mano, pero no pudo hablarme, porque una bala de pistola le habia desecho la mandíbula, y ví en el aspecto abatido del facultativo que no tenia esperanza alguna de salvar al herido.

Hice algunas preguntas, mas el magistrado no tuvo á bien responderme y pregunté al cirujano si no podria hablar á Mad. Deslaurieres. El cirujano respondió que aunque la herida de la señora no era muy peligrosa, era sin embargo lo bastante para que no fuese prudente consolar en aquel momento la fatiga de mi interrogatorio.

Entonces se volvió el maire hácia mi y me dijo:
=Por lo que puedo colegir de lo que he oido y de las noticias que me han dado, Vd. se halla inocente de los crímenes que se han cometido aquí; pero las personas á quienes he interrogado ha repetido demasiadas veces el nombre de Vd. para que pueda yo dispensarme de conservarle en calidad de detenido.

Quise protestar contra aquel nuevo arresto, pero no podia invocar en mi favor el testimonio de nadie, y por el modo con que me habló el magistrado conocí que el de Mad. Deslaurieres, aun cuando hubiera podido darle, no me serviria de nada. Me resolví, pues, á pasar preso aquella noche, mucho mas atormentado por la suerte de Caristia que por la mia propia, aunque el médico dijo que su vida no peligraba de ningun modo.

Se separó de mi el magistrado por un momento, y quise preguntar al doctor, pero estaba demasiado ocupado con su enfermo para responder; además no hubiera tenido tiempo, pues casi en el mismo momento entraron dos gendarmes que me rogaron, como los gendarmes ruegan, que les siguiese inmediatamente.

Me llevaron á una casa de bastante mala apariencia, que servia de cárcel provisional, y me entregaron en mano de una especie de alcaide, el cual me hizo subir por una mala escalera á un desvan en que habia dos puertas contiguas que daban entrada

á dos cuartos separados por un tabique bastante delgado. Rogué al tal hombre que me dejase luz, pero me la negó, no por cumplir con su deber, sino por que me dijo que no tenia mas que un candelero y ese le habia dado al otro. Yo le pregunté quien era el otro, y me respondió:

—Toma! El primero que han traído su compañero de Vd. sin duda.

Y sin querer darme mas esplicaciones cerró la puerta, cuya solidez hubiera hecho honor á una cárcel en regla.

—Quedé pues, solo y en medio de la oscuridad, convencido de que me hallaba encerrado al lado de M. Deslaurieres, y pensando en cuales podrian haber sido las circunstancias que hubiesen ocasionado el crimen de que habia sido víctima M. Bonsenne. Lo poco que habia visto y oído me condujo á pensar que M. Deslaurieres habria tenido noticia de la cita que me habia dado su muger; que cuando vino á escuchar á la puerta del jardin fué para cerciorarse de que yo habia entrado; y al alejarse haciendo el gesto que me habia chocado, fué cuando se decidió á llevar á cabo el funesto designio que habia concebido. Despues supe que esta suposicion era en su mayor parte exacta y averigué tambien cosas que eran entonces inesplicables para mi, como el estar cerrada la puerta á pesar de lo que Caristia me habia prometido, y el hallarse en la casa M. Bonsenne.

Aquella noche, admirado este de ver que no iba

á la suya como tenia de costumbre, preguntó á su muger y á su hija si sabian el motivo de mi ausencia, y Alicia, se contentó con responder:

—Creo que no vendrá esta noche.

Una mirada que madama Bonsenne dirigió á Alicia dió á esta respuesta un sentido mas estenso que el que tenia por sí misma, y monsieur Bonsenne preguntó á una y otra con viveza. La manera cortada con que ellas le respondieron, le hizo insistir mas y mas, y madama Bonsenne, que no sabia resistir á la violencia de su marido, acabó por confesar la verdad.

—¿Sabeis lo que habeis hecho? exclamó M. Bonsenne.

¿Sabeis que Deslaurieres ha descubierto al fin el paradero á que su muger se ha retirado, que pasa los dias recorriendo las inmediaciones de Fleury, y que si encuentra á Miguel puede suceder una desgracia?

En aquel mismo instante marchó á Fleury, á donde llegó antes que yo, y á pesar de los ruegos de madama Deslaurieres, á pesar del juramento que hacia de que no volveria á verme, aunque le propuso que se hallase presente á nuestra última entrevista, no quiso absolutamente consentir en que entrase yo en la casa, y él mismo cerró la puerta del jardin pocos momentos antes que llegase yo.

Por desgracia, como él habia previsto muy bien, M. Deslaurieres andaba dando vueltas al rededor de

la casa de su muger; habia visto entreabierta la puerta del jardin, y sospechando el motivo de aquella precaucion, se habia alejado, y ocultándose en una de las calles de árboles que vienen á dar al camino de Paris, no tardó en verme pasar. Entonces concibió la idea de su venganza; entró en la posada, donde habia tomado un cuarto, y pidiendo una botella de aguardiente, en la cual encontró el valor necesario para el cumplimiento de su plan, volvió á salir con un par de pistolas, y en la caja de una de las cuales habia escrito por una de aquellas extravagancias propias de una cabeza ya perdida cierta famosa leyenda que habia parodiado á su manera, poniendo; último *ratio maritorum*.

A pesar de la embriaguez y del delirio á que debia estar entregado, tuvo sin embargo, la precaucion de cerciorarse de que ya habia entrado en la casa, lo cual creyó indudable cuando despues de haber visto abierta la puerta la encontró cerrada. Entonces se presentó en casa de su muger; atropelló brutalmente á la criada que salió á abrirle, atravesó un patiecillo que habia antes de las habitaciones y se acercó á las persianas de una ventana del cuarto de Caristia, á las cuales dió los golpes que habian llegado hasta mis oidos.

M. Bonsenñe conoció la voz de Deslaurieres, y queriendo evitar el escándalo de sus gritos y de los insultos que proferia, abrió la madera y en seguida la persiana. Mas apenas lo hizo, Deslaurieres, á

quien cegaban la embriaguez y la cólera, hizo fuego á la persona que se presentó á su vista, y derribó á M. Bonsenne, herido en la cabeza. Madama Deslaurieres se acercó al momento y recibió el segundo tiro que la atravesó el brazo. Todo esto duraria algun minuto y seguramente monsieur Deslaurieres hubiera podido escaparse con la mayor facilidad si hubiera querido; pero luego que cometió el crimen se sentó tranquilamente á la puerta de la casa y dijo á los que habian acudido al ruido:

—Pueden Vds. ir á buscar ál maire para que estienda las primeras diligencias.

Se dejó pues, asegurar hasta la llegada del maire sin oponer la menor resistencia: solo cuando llegó el magistrado supo que su venganza había equivocado la víctima; y entonces fueron tales sus arrebatos, que se vieron en la necesidad de atarle de piés y manos.

Entretanto, yo me hallaba preso, ignorando todas estas cosas, y escuchando con la mayor atención por ver si percibiria algo que me asegurase de que en efecto era M. Deslaurieres el que estaba preso en el cuarto inmediato.

Sea que yo no hubiese examinado bien el tabique de separacion ó que él hubiese movido su luz de suerte que viniese á alumbrar un punto que hasta entonces habia estado en la oscuridad, ello es que al cabo de cierto tiempo descubrí una rendija á la cual apliqué un ojo, y reconocí en efecto á M. Des-

laurieres sentado y vuelto de espaldas hácia mi, teniendo en frente de si la pared enteramente desnuda. Sobre la cabeza de M. Deslaurieres, como ocho ó nueve piés del suelo, me pareció que habia una claraboya con su reja, y me cercioré de que no me engañaba, viendo que en mi cuarto habia otra absolutamente igual.

M. Deslaurieres levantaba á cada momento la cabeza hácia aquella claraboya como para calcular bien la altura á que se hallaba, y cada vez que lo hacia noté que se agitaba con un movimiento rápido y uniforme. Trataba yo de comprender el motivo de aquella especie de ejercicio cuando de repente ví que estendia los brazos y sacudia las manos, y era que acababa de rozar la cuerda con que tenia atadas las manos, y aunque parecia que huyese de hacer ningun ruido, no pudo menos de lanzar un suspiro de satisfaccion. Luego que se vió con las manos libres desató la cuerda de los piés y se levantó.

Dificilmente podia yo seguirle en sus movimientos, porque la rendija del tabique era tan pequeña, que apenas me dejaba descubrir un espacio de cuatro pies de ancho y siete ú ocho de alto. M. Deslaurieres desapareció á mi vista en uno de los rincones de su prision, y estuve largo rato sin ver otra cosa que la silla vacia puesta debajo de la ventanilla. Entonces me retiré de mi puesto de observacion, suponiendo que M. Deslaurieres habria encontrado algun sitio cómodo para descansar, mas un ruido li-

gero me hizo volver á mirar de nuevo y le ví de pié sobre la silla, con los brazos levantados y á lo que pude juzgar tanteando los hierros de la reja para ver si podia intentar una evasion.

La luz alumbraba mal y yo distinguia claramente lo que M. Deslaurieres hacia pero sí me pareció que tardaba mucho en intentar la escalada que habia proyectado; de repente bajó los brazos, dió una fuerte patada á la silla en que estaba subido, y quedó su cuerpo colgado de la cuerda que habia atado á los hierros de la reja, y agitándose con las primeras convulsiones de la muerte.

Dí un terrible grito, empecé á dar golpes á la puerta con los puños cerrados, llamé, grité, pero pasaron mas de dos minutos antes que la voz áspera del carcelero gritase desde abajo.

--¿Quieren Vds. callar ó subo y les hago que callen?

No es posible figurarse cuantas amenazas, ruegos, y gritos tuve que emplear para decidir á aquel hombre á que subiese; al fin le ví que subia muy despacio la escalera y pude decirle en el momento en que metia la llave en la cerradura de mi cuarto:

=Despáchese Vd., el preso inmediato acaba de ahorcarse.

El carcelero sacó la llave de mi puerta, sin abrirla, y la metió en la otra; abrió y cuando yo creí que corriese á descolgar al infeliz que todavia se agitaba en las últimas convulsiones, le ví decir con mucha calma:

—Calla! Pues es verdad. Voy a participárselo al maire.

En vano llamé, en vano dí gritos, no me respondió palabra y se marchó. Yo seguí mirando por la rendija, viendo como se debilitaban los movimientos convulsivos producidos por los padecimientos de M. Deslaurieres.

Aborrecia y despreciaba á aquel hombre que habia colmado la medida de los vicios, y acababa de cometer dos crímenes que podían costar la vida al único amigo que me quedaba y á la sola mujer que habia amado; sin embargo, no puedo espresar el horror que me causaba el ver aquella agonía que le agitaba sin poderle dar ningun auxilio; mas tal era el espantoso atractivo de aquel espectáculo de muerte, que no podia separar mis ojos de él buscando en cualquiera resto de movimiento, la esperanza de que no llegaria tarde á socorrerle. No se cuanto tiempo duraria aquella especie de vértigo que me tenia fijo en mi sitio, mas al fin oi subir con rapidez la escalera; entró un hombre en la prision de Deslaurieres, cortó la cuerda y el cuerpo cayó al suelo, mas en aquel mismo instante me faltaron las fuerzas y cai yo tambien como desmayado.

XXXIII.

Las consecuencias de aquellos sucesos fueron tantas y tan graves, que seria muy dificil que las refiriese todas aqui. La primera y la mas importante fué la de quedár libre Caristia, pero todavía me estremezo de pensar á que costa, y por decirlo asi, bajo que terrible condicion.

La muerte de M. Deslaurieres hizo mucho ruido. M. Bonsenne no sobrevino á su herida sino el tiempo necesario para escribir las esplicaciones que antes he dado, y de las cuales aparecíamos plenamente justificados Mad. Deslaurieres y yo.

Los interrogatorios judiciales, las declaraciones de los criados de casa de Caristia y las de los vecinos, demostraron tambien hasta la evidencia que

yo no habia tenido parte alguna en aquel suceso; pero el mundo murmurador no se conviene con tan fáciles verdades. ¿Cómo era, decian, que me hallaba en aquel sitio á hora semejante? Si M. Deslaurieres habia sospechado que debia estar aquella noche en casa de su mujer, ¿no seria probablemente porque habia ido la víspera y todos los dias anteriores? Y ¿quién era capaz de asegurar que yo no me hallaba dentro y á la voz de M. Deslaurieres me habria escapado por la puerta del jardin? Unos decian que estaba esperando á que marchase M. Bonsenne para entrar; otros no se detenian en el buen camino de las suposiciones calumniosas, y aseguraban que tenian motivos poderosos para creer que M. Bonsenne era demasiado complaciente y habia recibido un castigo justo. ¿Qué se yo cuantas cosas mentaron con aquel motivo? ¿No se necesitarian muchos volúmenes para referir la mitad de las cosas que se dicen en ocho dias sobre cualquier objeto en los salones de Paris?

El resultado fué que entre las mujeres perdidas, Mad. Deslaurieres fué la mas perdida de todas, y no hubo elegante de corbata blanca, que no dijese con frases retóricas, que despues de haberse revolcado en el cieno habia venido á bañarse en sangre. Por lo que hace á mi, los mas indulgentes me tuvieron por un necio, otros predigieron que mi porvenir corresponderia á mi presente, y hubo entre los que me atacaban y los que me defendian verdaderas apues-

tas, sobre si rompería con la miserable criatura á quien llamaban Mad. Deslaurieres, ó si continuaria sus relaciones con ella. Pero en honra de todos los que hablaron de mi, debo decir que no hubo uno que me despreciase bastante para creerme capaz de casarme con mi cómplice.

Sin embargo, una mano moribunda, me habia escrito: «Si eres hombre honrado debes consagrarse tus bienes y tu nombre á la desgraciada á quien has acabado de perder.» Aquella mano era la de M. Bonsenne y la voz de Alicia, esa voz que la desgracia habia hecho severa y verdadera como una voz divina, me habia mostrado tambien como un deber mio aquel casamiento.

En fin, yo mismo atreviéndome por primera vez á tomar el partido de mi corazon y de mi felicidad contra el mundo y sus hablillas, me propuse que Caristia fuese mi mujer, se lo dije y se lo juré. Mas ella, como espantada de la fatalidad que la perseguia, se negaba abiertamente.

Al fin la acusé tanto de frialdad, de ingratitud y de indiferencias, que aceptó con terror aquella promesa, como si fuese una amenaza de muerte. Ah! ella conocia mejor que yo la sociedad y la vida: me conocia á mí mejor que yo mismo, y en los padecimientos que habia tenido, preveia lo que restaba que sufrir.

Ante Vd. señora, para quien escribo estas páginas, me acuso francamente de ello para que me co-

nozca bien. ¡Si supiese Vd. á qué existencia tan fatal condené á la pobre mujer el día que la obligué á que aceptase la honra de llevar mi nombre! Sospechas celosas, dudas perpétuas, alusiones incesantes á la posicion que habia perdido, reconvenciones mal disfrazadas sobre el sacrificio que yo hacia; todo esto la atormentaba y la desgarraba el corazon, pues yo se lo mostraba con medias palabras, con alusiones, con reticencias, detrás de las cuales me parapetaba para negar mis crueldades cuando la veía ya demasiado desesperada.

Yo tambien por mi parte era desgraciado; porque todos los rumores y hablillas que he referido antes, resonaban por lo bajo á mi rededor. Tambien á mi llegaban con medias palabras, con reticencias, y por el infame camino cuyo influjo se siente por mas que quiera negarse, por el de las cartas anónimas; ya me hablaban de la desvergonzada querida de Victor Bonsenne, de Molinos y de Morinlaid; ya me felicitaban por mi próxima union con la viuda del ahorcado; ya me recordaban las burlescas circunstancias del falso envenenamiento, porque los malos lo saben todo y todo lo dicen.

Lo que yo padecia es imposible describirlo; sin embargo, la rebelion natural que me anima en todo, me decidió y levanté el pendon contra todo el mundo. Mi resolucion estaba tomada y perseveraré en ella, pero como se persevera en la desgracia. Referir á usted todos los tormentos, toda la desesperacion,

todas las irresoluciones, todas las agitaciones de un año entero de lucha, seria querer pintar una larga y perpétua tormenta agitando sin cesar á un corazón sin acabar con él del todo.

Al fin, señora, llegó el dia fatal (y permitame usted que pase muy de prisa sobre él) en que debia verificarse el casamiento; ambos éramos libres, yo huérfano y ella viuda; ningun obstáculo legal se habia opuesto á nuestra union, y nada nos hacia creer que las gentes se acordasen ya de nosotros; en fin, yo creia haberlo preparado todo con el mayor secreto. ¡Pobre insensato! ¡Querer celebrar un casamiento y ocultarle! ¡Dar la mano á una muger á quien no se cree conveniente presentar en sociedad con la cabeza erguida!

Hallábase todo dispuesto en un pueblecito de los alrededores de Paris, y la ceremonia debia verificarse por la mañana muy temprano. Salimos de casa poco menos que á escondidas, y llegamos á la puerta del ayuntamiento; mas ¡oh sorpresa y terror inconcebible! Estaba rodeado de carruages, á cuyas puertecillas asomaban varias cabezas de curiosos. En una ví á Mad. de Frobental; en otra á Justina, que segun supe despues, se llamaba Mad. Molinos; mas allá á Mad. Smith que habia conseguido vencer la obstinacion de M. de Favreuse, y tenia el nombre de aquel intrépido viejo, á un lado M. de Saint-Marc y su esposa moviendo sobre las rodillas una hermosa niña; en fin, riéndose y hablando en voz

muy alta en un coche descubierto á Fanny Guillotin, á quien llamaban marquesa de Pavía, y tenia derecho á darse ese título.

Para mí fué aquello la aparicion de otros tantos espectros insolentes que venian á lanzarme al rostro sus risas y sus insultos. Se apoderó de mí un estremecimiento mortal, un extraño vértigo hizo gerir á mi rededor todos aquellos rostros ansiosos y llenos de curiosidad; dirigí la vista á todas partes, y encontré al fin la tranquila y resuelta mirada de Caristia, que alargándome la mano me dijo:

—Vamos ¿viene Vd.?

No puedo decir lo que pasó en mi corazón. Así huye el soldado en la batalla delante de todo el ejército, que le mira y avergüenza de su infancia; así se hace un hombre bajo y cobarde, pero sentí una cosa mas fuerte que yo, que me oprimió el corazón. Retiré mi mano, y mas cobarde que el soldado que huye del enemigo en presencia de todo el ejército, me alejé de allí gritando:

—No; nunca... nunca...

¿Deberé llevar aun mas allá esta narracion? ¿Deberé decir á Vd. todo el mal que he causado? Si.

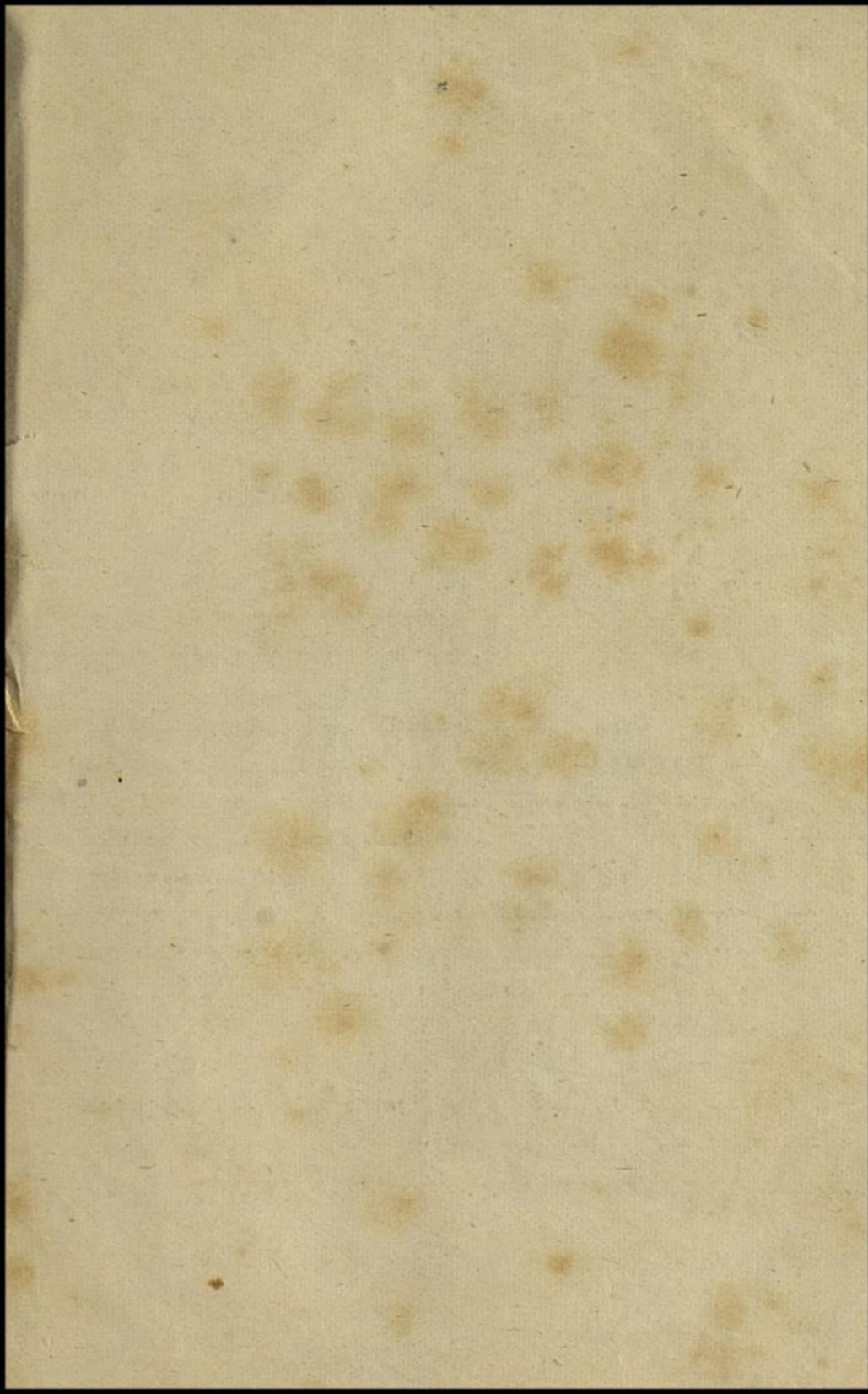
Aquel mismo dia por la tarde, cuando todavia me preguntaba yo á mi mismo si lo que habia visto y hecho era la verdad ó un sueño espantoso, recibí un billete que no me dejó la menor duda acerca de mi vileza. Era de Mad. Deslaurieres y decia así:

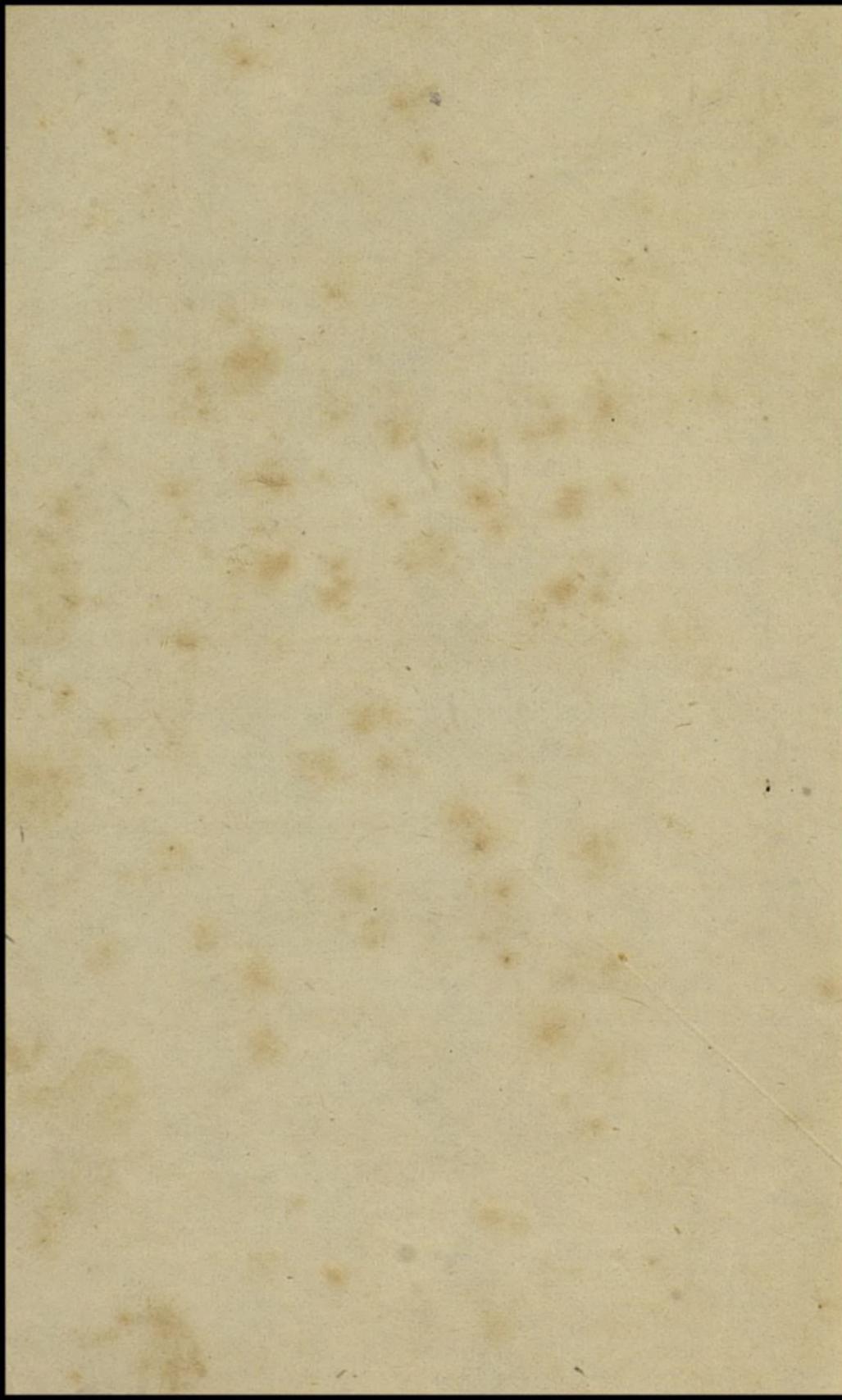
«Miguel: he querido saber de una vez y para

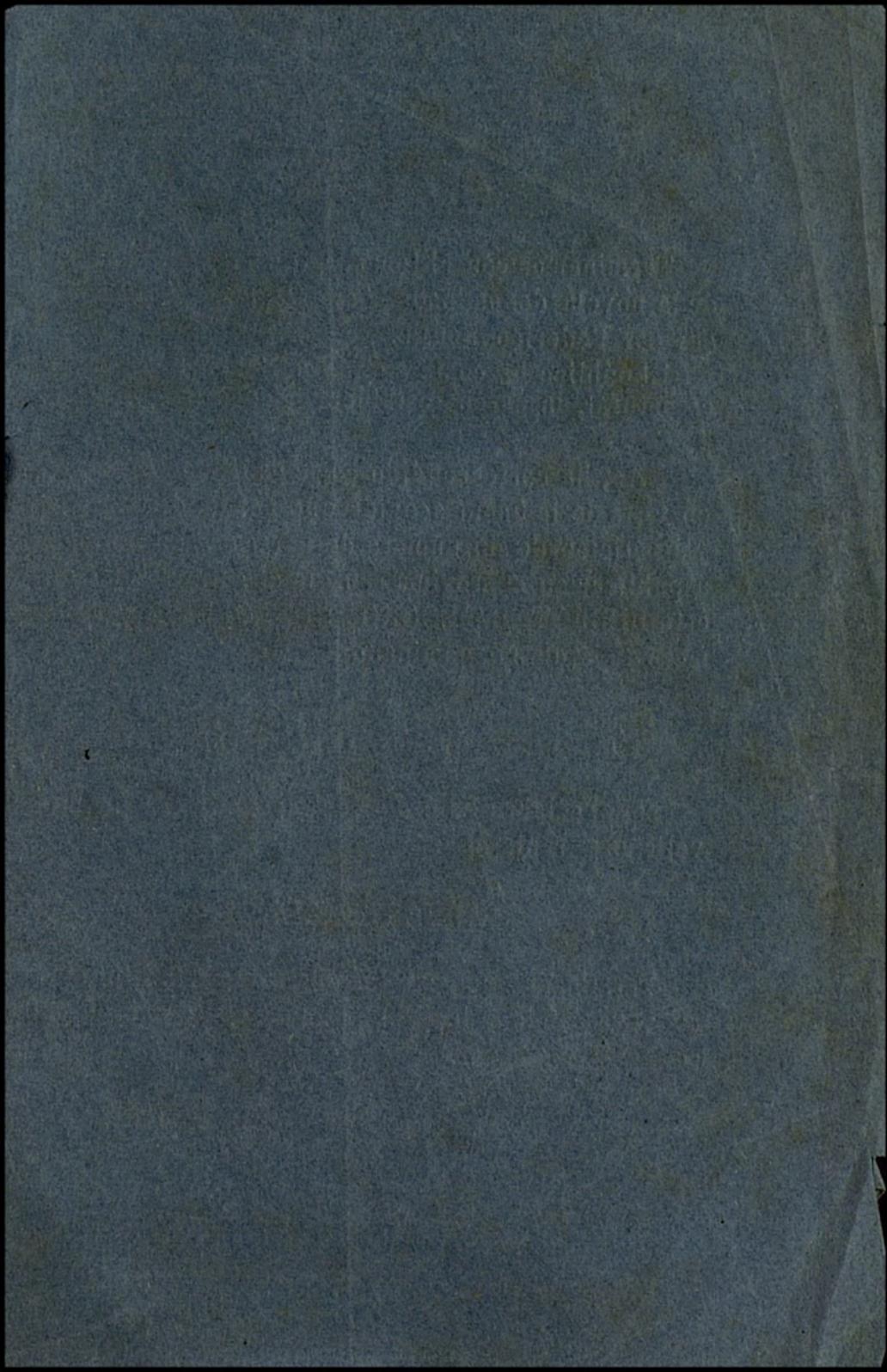
siempre, si tenia Vd. el valor necesario para el sacrificio que hacia, y he invitado á todas las personas que ha visto Vd. esta mañana. Ni una sola ha hecho venir, porque Vd. sabia el secreto de cada una de ellas, y temblaban de usted. La prueba ha sido terrible y ha decidido de mi. Adios Miguel; ¡El cielo libre de su amor de Vd. á una muger que no tenga, como yo, ánimo suficiente para morir!»

Apenas leí este billete, avergonzado, arrepentido, desesperado, corrí á casa de Caristia. Alicia velaba á la puerta de la alcoba en que reposaba muerta en el lecho nuncial que yo la habia preparado, y me arrojó con un gesto de alli, no como se arroja á un furioso que ha hecho una muerte, sino como se hace salir á un lacayo que se introduce en un puesto que no le corresponde.

Conozco que merecia muy bien aquel desprecio, señora; mas ahora, que ha leído Vd. ya esta historia, sabe por qué razon defendí en la tertulia de Mad. de Bonsenne á esa Mad. de Facio, á quien ni siquiera conozco; ahora ya sabe Vd. por qué traté como al hombre mas vil al que dejaba caer con tanta facilidad la saliba empozoñada de la maledicencia sobre la reputacion de una muger. ¿Sabe Vd. despues de lo que acaba de leer si aquella mordacidad seria una calumnia? ¿Podria Vd. decir que aquel hombre que creia hacer una burla no cometia un asesinato?







AVISO.

Terminamos con el tomo séptimo la publicación de la novela denominada *Los Dramas Desconocidos* por Federico Soulié.

El público ha comprendido perfectamente como es natural, la marcha establecida en esta BIBLIOTECA.

Este, ha correspondido como podíamos desear y en vista de la buena acogida que nos ha dispensado y á petición de sin número de persona, empezamos á publicar en la próxima semana el octavo tomo de esta BIBLIOTECA ECONOMICA POPULAR y primero de la obra denominado

EL BÀRBERO DE PARIS

por el célebre Paul de Kock, príncipe de los novelistas extranjeros.

ADVERTENCIA.

Terminada que sean las obras que esta Biblioteca vaya dando á luz, los precios se alteran en un real mas por tomos.

EL EDITOR.